

CAPÍTULO SIETE

Llegué al lugar en el que luz no había.¹⁰³³

Donde no hay luz pasan cosas¹⁰³⁴.

Metió la cabeza en el cuarto negro y, sin distinguir nada, sintió el peso de lo que en aquel lugar había sucedido. Una densidad de sacristía vieja, donde los ropajes ceremoniales habían sido hilados en el comienzo mismo de los tiempos y donde las paredes habían absorbido, durante siglos, los gritos de monaguillos, huérfanos y expósitos. El dolor y la caridad. La muerte arrumbada. La podredumbre abriéndose paso entre pecados inenarrables.¹⁰³⁵

Le “angustiaba el hecho de que quienes vivieron aquellos episodios de terror y sufrimiento inconcebibles dejasen este mundo y con ellos se perdiera el testimonio de la magnitud de lo que realmente había sucedido.”¹⁰³⁶

Hay que estar muy poco versado en historia de España para ignorar la suerte que hemos tenido los contemporáneos de la época actual. Quien albergue dudas al respecto que eche un vistazo atrás.¹⁰³⁷

El acoso inquisitorial a Loyola en Alcalá, Salamanca y París, más la sentencia que le prohibía predicar, continúa siendo la base paródica de la estancia de don Quijote en su casa antes de iniciar la segunda salida, ahora con Sancho, en correspondencia con la presencia de los primeros compañeros que comenzaron a seguir permanentemente a Loyola.

PROCESO EN SALAMANCA

Escabulléndose de Alcalá, Loyola se dirige a Salamanca con la intención de proseguir los estudios y, sobre todo, predicar. Lo que no imaginaba es que el largo brazo de la Inquisición volvería rápidamente a alcanzarle y a repetir la misma persecución y la

¹⁰³³ Dante 2005: 33.

¹⁰³⁴ Darbishire 2012.

¹⁰³⁵ Carrasco 2013: 202.

¹⁰³⁶ Castilla del Pino 2004: 125.

¹⁰³⁷ Aramburu 2011.

misma sentencia porque, al poco de encontrarse allí, acompañado de su fiel “compañero Calixto, ambos llaman de nuevo la atención por sus extrañas ropas de peregrinos astrosos y por el carácter inspirado de su apostolado”¹⁰³⁸.

Conozcamos, aprovechando el desarrollo paralelo realizado por el autor de la Vida, la doble versión de los hechos, las enormes diferencias existentes entre el capítulo siete del Relato y la interpretación, unos veinte años después, de esos mismos acontecimientos (*Vida I, XV*) según Ribadeneyra.

RELATO	VIDA
<p>Confesábase en Salamanca con un fraile de santo Domingo en san Esteban; y habiendo 10 ó 12 días que era allegado, le dijo un día el confesor: <<Los Padres de la casa os querían hablar >>; y él dijo: <<En nombre de Dios >>. <<Pues, dijo el confesor, será bueno que os vengáis acá a comer el domingo; mas de una cosa os aviso, que ellos querrán saber de vos muchas cosas >>. Y así el domingo <u>vino con Calixto</u>;</p>	<p><i>Después que llegó a Salamanca, comenzó a ocuparse, como solía, en <u>despertar los corazones de la gente al amor y temor de Dios. Íbase a confesar a menudo con un padre religioso de Santo Domingo de aquel insigne monesterio de San Esteban, y a pocos días díjole una vez su confesor que le hacía saber que los frailes de aquella casa tenían gran deseo de oírle y hablarle; al cual nuestro Ignacio respondió que iría de buena gana, cada y cuando que se lo mandase. Pues venid (dice el confesor) el domingo a comer con nosotros; mas venid apercebido, porque mis frailes querrán informarse de muchas cosas de vos y os harán hartas preguntas. Fue el día señalado con un compañero</u></i></p>

Según el Relato, se confesaba con un fraile dominico, o sea, Loyola había escogido como confesor, como director espiritual, a un fraile de la misma orden (la más identificada con la Inquisición) protagonista de su persecución en Alcalá.

Si a esa intrépida osadía se le añaden los pocos días que, según se especifica, llevaba en Salamanca, el Relato despierta la sospecha de que alguien, probablemente el confesor, ha cotilleado con los frailes sobre la vida y andanzas de Loyola y su compañero Calixto en la ciudad. Algo, por otra parte, lógico entonces, sobre todo teniendo en cuenta las dimensiones de las ciudades, los antecedentes de los dos compañeros y la estrafalaria pinta que, como veremos enseguida, lucía, especialmente, Calixto.

En ese contexto, y con la escueta información sobre el confesor, debe comprenderse la sorpresa de Loyola (“En nombre de Dios”), la tal vez irónica extrañeza ante el anuncio del interés de los frailes por hablarle y, sobre todo, preguntarle muchas cosas.

Así debió entenderlo Ribadeneyra, según se deduce de las balsámicas palabras con las que inicia la narración de esos mismos hechos, atenuados, de entrada, con una información, ausente en el Relato, con la que trata de justificar el interés de los dominicos por hablar con él: andaba ‘*despertando los corazones de la gente*’, o sea, en la ciudad ya había rumores de sus andanzas espirituales, se hablaba de las cosas que hacía.

El único protagonista del Relato, el confesor dominico, queda diluido como uno más entre ‘la gente’ y, además, pierde la categoría de ‘director espiritual’ (“*Íbase a confesar a menudo*”) gracias a la sutil locución adverbial (“*a menudo*”) con la que Ribadeneyra

¹⁰³⁸ Bataillon 1979: 214.

sugiere astutamente, y en contra del Relato, que el fraile dominico era solo uno entre los distintos confesores; está tratando de borrar la idea, tan grata a él en otras ocasiones, de ‘confesor único’, de ‘padre espiritual’ sobre el que recae la acusación de sospecha de violación del secreto de confesión latente en el Relato y que, enseguida, volverá a sugerirse.

La restante información de la Vida discurre en la misma línea conciliadora, pelotilla (“*aquel insigne monasterio*”) y falsaria, pues transmuta la intencionalidad hostil de la invitación de los dominicos en un acto enaltecedor (“*tenían gran deseo de oírle y hablarle*”) y la ‘obligatoriedad’ de Loyola de asistir, comunicada en el Relato con una aséptica afirmación (“*así el domingo vino con Calixto*”), en una rotunda manifestación del temperamento sumiso y obediente del primer Loyola (“*iría de buena gana, cada y cuando que se lo mandase*”)

No menos calculado e interesado resulta el olvido del nombre de Calixto y del resto de los compañeros que aparecerán más abajo. Ribadeneyra, siempre tan prolijo con cualquier dato que favorezca el nombre del fundador, suprime a todas esas personas porque, poco después, abandonarán a Loyola, lo cual, para el autor de la Vida supone, como se comentó, un desprestigio y un mal ejemplo para novicios y demás simpatizantes de la Compañía.

Pero sigamos con el famoso almuerzo, con la envenenada invitación de los dominicos, y la sobremesa

RELATO	VIDA
<p>y después de comer, el soprior, en ausencia del prior, con el confesor, y creo yo que con otro fraile, se fueron con ellos en una capilla, y el soprior con <u>buena afabilidad</u> empezó a decir cuán <u>buenas nuevas</u> tenían de su vida y costumbres, que <u>andaban predicando a la apostólica</u>; y que <u>holgarían de saber destas cosas más particularmente</u>. Y así comenzó a preguntar <u>qué es lo que habían estudiado</u>. Y el peregrino respondió: <<Entre todos nosotros el que más ha estudiado soy yo >>, y le dio claramente cuenta de lo poco que había estudiado, y con cuán poco fundamento.</p>	<p><i>y después de haber comido los llevaron a una capilla, donde se hallaron con ellos el confesor y otros dos frailes, de los cuales uno era el vicario que gobernaba el monesterio en ausencia del prior. El cual, mirando con rostro alegre a nuestro padre, le dijo con palabras blandas y graves: mucho consuelo me da cuando oigo decir del ejemplo grande que dais con vuestra santa vida, y que no solamente os preciáis de ser bueno para vos, sino también procuráis que lo sean los demás, y que a imitación de los apóstoles andáis por todas partes enseñando a los hombres el camino del cielo. Y no soy yo solo el que desto me gozo, que también les cabe parte desta alegría a nuestros frailes; mas, para que ella sea mayor y más cumplida, deseamos oír de vos mismo algunas destas cosas que se dicen. Y lo primero que nos digáis ¿qué facultad es la vuestra, y en qué estudios os habéis criado, y qué género de letras son las que habéis profesado? El padre con simplicidad y llaneza dijo la verdad de sus pocos estudios.</i></p>

De nuevo el Relato es conciso y sugerente. Junto al soprior aparece la inquietante figura del confesor, la persona que, en potencia, más debía saber y comprender las actuaciones de Loyola en Salamanca, pero que ahora se encuentra frente a él en posición dominante, inquisitiva pues, a pesar de la “buena afabilidad” con que se le comunican las “buenas nuevas” que tenían sobre ellos y sus predicaciones, a pesar del amable preámbulo con el que se inicia la reunión, también la mágica prosa del Relato emite atisbos de hipocresía, inmediatamente confirmados con el principio de un claro y poco amistoso interrogatorio en el que contrasta, de entrada, la umbrosa disposición de los ya informados frailes (“comenzó a preguntar qué es lo que habían estudiado”), frente a la abierta y sincera respuesta del peregrino: “le dio claramente cuenta de lo poco que había estudiado, y con cuán poco fundamento”.

Ribadeneyra, con intención de suavizar la situación, exagera al máximo la ‘buena’ disposición, la recarga empalagosamente de detalles afables (*rostro alegre, palabras blandas y graves, mucho consuelo, me gozo, alegría, etc.*) y falsos piropos (*ejemplo grande, santa vida, bueno, enseñando, etc.*), a la vez que disminuye la tensión transformando el mecanismo inquisitorial (“comenzó a preguntar”) en una amistosa reunión (“*deseamos oír de vos mismo*”), en una cordial charlita de sobremesa. Son palabras melifluas, empalagosas, de almibarado catequista que, como los dominicos, juega al disimulo para anular la fuerte tensión, la evidente mala fe que se desprende de la lectura objetiva del Relato, especialmente del siguiente fragmento

RELATO	VIDA
<p>Pues luego ¿qué es lo que <u>predicáis</u>? Nosotros, dice el peregrino, <u>no predicamos</u>, sino con algunos familiarmente hablamos cosas de Dios, como después de comer con algunas personas que nos llaman. Mas, dice el fraile, <<¿de qué cosas de Dios habláis? que eso es lo que queríamos saber >>. <<Hablamos, dice el peregrino, cuándo de una virtud, cuándo de otra, y esto alabando; cuándo de un vicio, cuándo de otro, y reprehendiendo >>. <<Vosotros no sois letrados, dice el fraile, y habláis de virtudes y de vicios; y desto ninguno puede hablar sino en una de dos maneras: o por letras, o por el Espíritu santo. No por letras; ergo por Espíritu santo >>.</p>	<p><i>Pues ¿por qué (dijo él) con tan poco estudio y con solas las primeras letras de gramática os ponéis a <u>predicar</u>? Mis compañeros y yo (dijo Ignacio) <u>no predicamos</u>, padre, sino, cuando se ofrece alguna buena ocasión, hablamos familiarmente lo que alcanzamos de las cosas de Dios. Y ¿qué cosas de Dios son esas que decís? que eso es lo que sumamente deseamos saber. Nosotros (dice) algunas veces hablamos de la dignidad y excelencia de la virtud, y otras de la fealdad y torpeza de los vicios, <u>procurando traer a los que nos oyen a lo bueno, y apartarlos cuanto podemos de lo malo</u>. Vosotros (dijo el vicario) <u>sois unos simples idiotas y hombres sin letras</u> (como vos mismo confesáis); pues ¿cómo podéis hablar seguramente de las virtudes y de los vicios? De las cuales cosas nadie puede tratar con seguridad si no es con teología y doctrina, <u>o alcanzada por estudio, o revelada por Dios</u>.</i></p>

Aun abusando de su peculiar relleno, en este caso la Vida viene a decir, en principio, lo mismo que el Relato; pero a mitad del fragmento el panorama cambia, pues la animadversión, la trampa silogística que en el Relato se presenta progresivamente y con absoluta claridad, vuelve a ser tergiversada por Ribadeneyra al introducir una serie de

elementos que, aunque no ocultan la información, sí la distorsionan al eliminar la manifiesta intencionalidad de los dominicos de embrollar a Loyola, de hacerle pronunciar la frase con la que podría quedar encausado definitivamente: que su ‘doctrina’ se fundamentaba en un conocimiento infundido por el “Espíritu santo”, nombre todavía no pronunciado en la Vida.

El esquema de celada silogística, tan nítidamente apreciado en el Relato, se rompe con un cariñoso exabrupto (“*sois unos simples idiotas*”) que redundante en la actitud paternalista y bienintencionada de los frailes, cuyos malos propósitos quedan diluidos entre la exuberancia de una prosa hinchada para camuflar el severo efecto crítico del taxativo Relato.

La diferencia de matices resulta incuestionable en la referencia al interrogador. Según el Relato es un simple y deslegitimado fraile (“dice el fraile”), según la Vida el vicario (“*dijo el vicario*”), cargo con rango y, por tanto, autorizado para la realización del interrogatorio, de forma que las pruebas de irregularidades y abusos procesales puntualmente recogidas en el Relato, desaparecen con los sutiles cambios de la Vida.

RELATO	VIDA
<p>Aquí estuvo el peregrino <u>un poco sobre sí, no le pareciendo bien</u> aquella manera de argumentar; y después de haber callado un poco, <u>dijo que no era menester hablar más destas materias</u>. <u>Instando el fraile: <<Pues agora que hay tantos errores de Erasmo y de tantos otros, que han engañado al mundo ¿no queréis declarar lo que decís? >></u>. El peregrino dijo: <<Padre, yo no diré más de lo que he dicho, si no fuese delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello >>.</p>	<p><i>De manera que, <u>pues no la habéis alcanzado por estudio, señal es que os la ha infundido inmediatamente el Espíritu Santo</u>. Y esto es lo que deseamos saber cómo ha sido, y que nos digáis qué revelaciones son estas del Espíritu Santo. Detúvose aquí un poco nuestro Ignacio <u>mirando en aquella sutil y para él nueva manera de argumentar</u>. Y después de haber estado un rato en grave y recogido silencio, dijo: - Basta, padre; no es menester pasar más adelante. Y aunque el vicario todavía le quiso concluir con la pregunta del Espíritu Santo, y <u>le apretó con vehemencia que le diese respuesta, no le dio otra sino esta: - Yo, padre, no diré más, si no fuere por mandado de superior a quien tenga obligación de obedecer</u>. -Buenos estamos (dice el padre); tenemos el mundo <u>lleno de errores</u> y brotan cada día nuevas herejías y doctrinas ponzoñosas, ¿y vos no queréis declararnos lo que andáis enseñando?</i></p>

Loyola es consciente de que se encuentra en un convento, que carecen de autoridad para realizar el malintencionado interrogatorio al que le están sometiendo, no obstante, condescendiente, ha ido respondiendo sinceramente, hasta que, cabreado ante el truculento silogismo, pierde un poco la compostura (‘estuvo...un poco sobre sí’) y decide guardar silencio, negarse a responder.

Ribadeneyra no oculta la verdad, pero elimina la indignada reacción anterior y amortigua la crueldad de los hechos atiborrándolos de palabras que, aunque vienen a decir lo mismo, producen otro efecto. Por supuesto, suprime la inquietante mención de Erasmo y proclama la postura ultraortodoxa de la nueva Compañía abundando en una

jerga integrista (“*brotan cada día nuevas herejías y dotrinas ponzoñosas*” “*tenemos el mundo lleno de errores*”) con la que justifica los actos coercitivos denunciados en el Relato.

Todavía en 1947, el jesuita Larrañaga continuaba realizando extraños comentarios sobre estos pasajes. Refiriéndose, concretamente, a la negativa de Loyola a no decir más “si no fuese delante de mis superiores, que me pueden obligar a ello”, comenta: “Era hombre demasiado serio y humilde para que se pusiera a hacer ostentación de los dones de Dios recibidos en su alma.”¹⁰³⁹

¿Humildad? ¿Ostentación? ¿Olvidó Larrañaga que el silogismo de los dominicos solo pretendía ‘cazarlo’ en el reconocimiento de un saber infuso? ¿No fue el pánico a un proceso inquisitorial por alumbradismo o herejía lo que instó, sabiamente, a Loyola a guardar silencio, a no hablar de ‘dones recibidos’?

Los jesuitas siguen empeñados, como el resto de las órdenes católicas, no en reconocer la verdad, sino en atemperarla, en ocultar la forma y el fondo del terrible holocausto, racial e ideológico, en el que Loyola habría desaparecido si en esos momentos no hubiera actuado con cautela y temor.

Sobre el siguiente fragmento del Relato, Ribadeneyra no recoge ni un solo detalle

RELATO	VIDA
<p>Antes desto había demandado por qué venía Calixto así vestido, el cual traía un sayo corto y un grande sombrero en la cabeza, y un bordón en la mano, y unos botines cuasi hasta media pierna; y por ser muy grande, parecía más deforme: El peregrino le contó cómo habían sido presos en Alcalá, y les habían mandado vestir de estudiantes; y aquel su compañero, por los grandes calores, había dado su loba a un pobre clérigo. Aquí dijo el fraile como entre dientes, dando señas que no le placía: <<Charitas incipit a se ipsa >>.</p>	

Ni la extravagante vestimenta, ni el llamativo aspecto, ni siquiera el nombre de Calixto aparecen mencionados, tampoco la máxima latina (la caridad empieza por sí mismo) dicha, “como entre dientes”, por el fraile y con la que el Relato opone, una vez más, la actitud abierta y generosa de los humildes imitadores de Cristo, frente a la intransigencia y soberbia del fraile murmurando entre dientes.

Ribadeneyra no quiere que esos actos rebeldes, ni la crítica a la autoridad que conllevan, aparezcan en la biografía, ni sirvan de ejemplo para los presentes y futuros jesuitas, ni sean un mal recuerdo para los dominicos. Lo mismo se aprecia en la continuación

RELATO	VIDA
<p>Pues tornando a la historia, <u>no pudiendo el soprior sacar otra palabra</u> del peregrino sino aquella, dice: << Pues quedaos aquí, que bien haremos con que</p>	<p><i>pues aguardadme aquí un poco, que presto os haremos decir la verdad. Quédanse él y su compañero en la capilla, y vanse los frailes y mandan cerrar las</i></p>

¹⁰³⁹ Loyola 1947: 7: 287.

<p>lo digáis todo >>. Y así se van todos los frailes <u>con alguna prisa</u>. Preguntando primero el peregrino si querrían que quedasen en aquella capilla, o adónde querrían que quedase, respondió el soprior, que quedasen en la capilla. Luego los frailes hicieron cerrar todas las puertas, <u>y negociaron, según parece, con los jueces</u>.</p>	<p><i>puertas del monesterio; y de ahí a un poco, los pasaron a una celda.</i></p>
--	--

En el Relato se incide en la actitud firme y valiente de quien, en época de tanta intolerancia, se niega a contestar (“no pudiendo el soprior sacar otra palabra”) y, además, altaneramente, pregunta a los frailes dónde “querrían que quedasen”. También se recoge la iracunda prisa que estos se dan en salir y cerrar las puertas, gestos que concluyen con la tremenda acusación de cohecho entre frailes y jueces, algo excepcional en los momentos históricos en que se escribe el Relato y de lo que Loyola fue tan consciente como tímidamente señala Mauricio Costa: “Sostengo que Ignacio, al escribir la Autobiografía, no se limitó a relatar simplemente hechos pasados como podría hacerlo un historiador positivista, sino que, a la luz de toda su experiencia posterior a los hechos narrados y de toda la vida de la naciente Compañía, los interpreta como palabra para los hijos de la Compañía; por tanto como signos portadores de verdad útil para la vida misma de la Orden”¹⁰⁴⁰.

La información de Ribadeneyra, aunque ¡mucho más breve!, tiende, sobre todo, a descargar de malignidad la actuación de los frailes, a suavizar actitudes por ambos lados, callando, por supuesto, la denuncia de cohecho y, por lo tanto, contravinando la expresa voluntad crítica que supone el verdadero relato de los acontecimientos, narrados con tal veracidad para que los futuros “hijos de la Compañía” lo entiendan “como signos portadores de verdad útil para la vida misma de la Orden”, actualmente tan alejada de esos ‘signos’ como cercana a los de Ribadeneyra.

La misma actitud crítica y reivindicativa de Loyola se aprecia en los siguientes fragmentos

RELATO	VIDA
<p>Todavía los dos estuvieron en el monasterio <u>3 días sin que nada se les hablase de parte de la justicia</u>, comiendo en el refectorio con los frailes. Y cuasi siempre estaba llena su cámara de frailes, que venían a verles; y el peregrino siempre hablaba de lo que solía; de modo que <u>entre ellos había ya como división</u>, habiendo muchos que se mostraban afectados.</p>	<p><i><u>Tres días</u> estuvo en aquel <u>sagrado convento con grandísimo consuelo de su ánima</u>. Comía en refectorio con los frailes, y muchos dellos venían a visitarle y a oírle a su celda, que casi estaba llena de frailes; a los cuales él hablaba con mucha libertad y eficacia de las cosas divinas como era su costumbre; y muchos dellos aprobaban y defendían su manera de vivir y enseñar. Y así <u>el monasterio se partió como en bandos</u>, aprobando unos y reprobando otros lo que oían de su doctrina.</i></p>

¹⁰⁴⁰ Gonçalves 1990: 60: 132-133.

Mientras que en el Relato se resalta la irregularidad jurídica (“3 días sin que nada se les hablase de parte de la justicia”), en la Vida, aunque se aporta el dato de los tres días de prisión, se omite la información sobre la ilegalidad, sustituida por un halagador cumplido (“*sagrado convento*”) y un imaginario y resignado “*grandísimo consuelo*”. Después, en ambos textos, queda recogida la ‘división’ entre los frailes del convento, los ‘*bandos*’ o grupos de opinión generados por los hechos. Retengamos ese detalle y la forma como lo recoge Ribadeneyra (“*se partió como en bandos*”)

RELATO	VIDA
<p>Al cabo de los <u>3 días</u> vino un notario y llevóles a la cárcel. Y <u>no los pusieron con los malhechores en bajo</u>, mas en un aposento alto, adonde, por ser cosa vieja y deshabitada, <u>había mucha suciedad</u>. Y pusieronlos entrambos juntos en una misma cadena, cada uno por su pie; y la cadena estaba apegada a un poste que estaba en medio de la casa, y sería larga de 10 o 13 palmos; y cada vez que uno quería hacer alguna cosa, <u>era menester que el otro le acompañase</u>. Y toda aquella noche estuvieron <u>en vigilia</u>.</p>	<p><i>En este espacio de tiempo, aquellos padres religiosos, con <u>buen celo</u>, movidos de la libertad con que hablaba y del concurso de <u>la gente que le oía y del rumor que de sus cosas ya tan sonadas había en la ciudad (el cual casi nunca se mide al justo con la verdad)</u>, y viendo los <u>tiempos tan sospechosos y peligrosos, temiendo que <u>so capa de santidad</u> no se escondiese <u>algún mal</u> que después no se pudiese tan fácilmente atajar, <u>dieron parte de lo que pasaba al provisor del obispo</u>. El cual, <u>al cabo de los tres días</u>, envió al monesterio su alguacil, y él llevó nuestro Ignacio a la cárcel con su compañero; mas no los pusieron abajo, adonde estaban los otros <u>presos por comunes delitos</u>, sino en lo más alto de un aposento, apartado, viejo, medio caído, muy sucio y <u>de mal olor</u>. Allí ataron a una gruesa cadena, larga de <u>doce o trece palmos</u>, a los dos presos, metiéndoles un pie a cada uno en ella tan estrechamente, que no podía apartarse el uno del otro para ninguna cosa. Y desta suerte pasaron toda aquella noche, <u>velando y haciendo oración</u>.</u></i></p>

De nuevo el Relato recuerda los tres días de ilegal retención y menciona la presencia de un notario como paso previo al encarcelamiento. Del monasterio, eclesiástico, le trasladan directamente por connivencia al poder civil (“Al cabo de los 3 días vino un notario y llevóles a la cárcel”), razón por la que Ribadeneyra modifica la información y la sustituye por otra más lícita en la que la responsabilidad de la denuncia y detención recae sobre el obispo (“*dieron parte de lo que pasaba al provisor del obispo. El cual, al cabo de los tres días, envió al monesterio su alguacil, y él llevó nuestro Ignacio a la cárcel*”).

Son datos que hoy pueden parecer irrelevantes, pero testigos de que entonces una simple blasfemia o un adulterio podían conducir a una persona a galeras o al brasero.

Por eso, donde realmente se explaya Ribadeneyra es en la larga y exculpatoria justificación del correcto comportamiento, del ‘*buen celo*’, de los dominicos. Ribadeneyra no está escribiendo una biografía, sino una versión con miras diplomáticas,

a la que añade detalles tan pintureros como la recreación en el mal estado del aposento, al que dota hasta de “*mal olor*”, o la absurda rectificación de los palmos de la cadena (“de 10 o 13 palmos” / “*larga de doce o trece palmos*”), tal vez para que no pasen la noche tan juntos, o el último añadido (“*haciendo oración*”) con el que, según Larrañaga viene a recordarnos “la noche de San Pablo y de Silas en la cárcel de Filipos durante el segundo viaje apostólico”¹⁰⁴¹.

Probablemente, Loyola y su compañero pasaron toda la noche orando, aunque en el Relato no se especifica, pero Ribadeneyra no duda en agregarlo como una tesela más para el currículum hagiográfico en el que trabaja.

En fin, como el propio Cervantes nos irá invitando a profundizar continuamente sobre las diferencias y matices de los dos textos, dejemos aquí el cotejo entre las fuentes pues, aunque todavía ofrecen variada información sobre los acontecimientos de Loyola en Salamanca, la mayoría de esos datos no serán objeto de la parodia hasta después del capítulo quince de la novela.

En resumen, en Alcalá se acusa a Loyola y sus compañeros, aunque sin pruebas (“no se hallaba ningún error en su doctrina ni en su vida”), de alumbrados y se les amenaza con hacer carnicería en ellos. Se hace “pesquisa y proceso de su vida” y, aun sin condenarles, les obligan a vestir de otra forma. Después los encarcelan, sin acusación ni orden, y permanecen 17 días en prisión “sin que le examinasen ni él supiese la causa dello”. Y posteriormente, con falsas excusas, se les vuelve a encarcelar otros 42 días y se les prohíbe predicar.

En Salamanca se repiten las mismas irregularidades procesales. Son apresados por unos religiosos que los entregan a la justicia y los encarcelan sin acusación determinada. Se apunta, igualmente, una clara denuncia de cohecho, pues los dominicos, mientras los tuvieron detenidos ilícitamente en el convento y en la cárcel, “negociaron, según parece, con los jueces”.

Pero, además, el Relato recoge las malas artes, las artimañas dialécticas utilizadas por los frailes en los interrogatorios, pero no para obtener la verdad, sino para comprometerles, adulándoles hipócritamente con una fingida admiración que la concisa prosa de Gonçalves va convirtiendo en una burda estrategia para confundir y motivar la apertura del proceso.

Queda muy clara la insidiosa estratagema, denunciada en el Relato como “aquella manera de argumentar”, y la quijotesca indignación de Loyola perdiendo por un momento los estribos (“Aquí estuvo el peregrino un poco sobre sí”) e, insistimos, recogiendo en el Relato, treinta años después, esa gran cantidad de información reveladora de las múltiples irregularidades jurídicas y procesales cometidas en nombre de la Iglesia y la Justicia.

En conjunto, los capítulos VI y VII del Relato, donde prácticamente no se emiten juicios de valor, contienen un meticuloso repaso del hostigamiento eclesiástico e inquisitorial a los que el grupo fue sometido. Ninguna etapa de la vida de Loyola se describe en el Relato con tanto lujo de detalles, “tan minuciosamente”¹⁰⁴²; se especifican años, días, nombres de inquisidores, incluso frases concretas entre comillas. En función del tiempo narrado son, con diferencia, los capítulos más extensos y, también, los más importantes, pues en ellos, al detallar las irregularidades procesales cometidas por jueces y religiosos impunemente amparados en un poder omnímodo, se ponen en evidencia los injustos procedimientos inquisitoriales.

¹⁰⁴¹ Loyola 1947: 12: 292.

¹⁰⁴² Loyola 1947: 11: 292.

Loyola podía imaginar, en ese año 1555 en que se escribe el Relato, las consecuencias, pero bien por respeto a la verdad, -aunque silencia, incluso niega¹⁰⁴³, las posibles lecturas de Erasmo-, o tal vez por razones de martirologio, hizo que estos capítulos fueran la parte más meticulosa de la autobiografía.

Actitud, por otra parte, un tanto contradictoria, pues los jesuitas, presionados, ya habían aceptado en esa época cargos inquisitoriales en algunas provincias¹⁰⁴⁴, y el Memorial de Gonçalves recoge cantidad de detalles que demuestran cómo poco a poco la Compañía, sobre todo desde la confirmación en 1540, perdió progresivamente algunos de sus aspectos más revolucionarios¹⁰⁴⁵.

En definitiva, los capítulos seis y siete del Relato se entrecruzan en el trasfondo de la novela porque ambos son prácticamente lo mismo: una persecución inquisitorial con irregularidades procesales, un encarcelamiento, una injusta sentencia y una huida. La trama resulta, prácticamente, la misma, solo cambia el decorado, que puede ser Alcalá, Salamanca o, más adelante, París.

Vayamos, pues, con tales antecedentes, al inicio del capítulo siete.

AQUÍ, AQUÍ

Cuando por aburrimiento y cansancio del cura Pero Pérez va a darse por finiquitado el escrutinio de la biblioteca condenando al fuego los muchos libros aún pendientes de examinar, en ese preciso instante (“Estando en esto”) despertó don Quijote

Estando en esto, comenzó a dar voces don Quijote, diciendo:

-¡Aquí, aquí, valerosos caballeros, aquí **es menester** mostrar la fuerza de vuestros valerosos brazos, que los cortesanos llevan lo mejor del torneo!

El capítulo 7 se inicia con esas disparatadas voces de don Quijote recién despertado. Cervantes juega con la dualidad dormido-despierto para recordar, como en el capítulo anterior, la situación de Loyola encarcelado, sin libertad de movimiento y, además, dormido, inhabilitado para predicar o ejercer labores de apostolado.

Por eso las voces incoherentes y enigmáticas de don Quijote parecen las de un sonámbulo situado en medio de un torneo entre dos bandos de caballeros.

Son palabras confusas, ininteligibles, lógicos desvaríos de un hombre con la cabeza perdida y aturdido tras largas horas de sueño, aunque también, ateniéndonos al dicho de que solo los locos, y algunos borrachos, dicen la verdad, podrían interpretarse como una ocurrente forma urdida por Cervantes para burlar la censura y evocar el momento en que Loyola fue ilegalmente retenido en el convento de san Esteban.

Una parte de los frailes se mostró a su favor, la otra en contra, tal como aparece recogido en el Relato (“entre ellos había ya como división”) y en la Vida (“el

¹⁰⁴³ “El mismo me contó [recuerda Gonçalves] que, cuando estudiaba en Alcalá, le aconsejaron muchas personas [...] que leyese por el *Manual del caballero cristiano*, de Erasmo; pero no lo quiso hacer, porque ya entonces había oído reprender a este autor a algunos predicadores y personas de autoridad; y a los que se lo recomendaban respondía que no faltarían otros libros, de cuyos autores nadie tuviese que hablar mal, y esos eran los que él quería leer” Gonçalves 1992: 98: 93.

¹⁰⁴⁴ “Los jesuitas, por su parte, sirvieron a la Inquisición como predicadores, confesores de reos, examinadores de bibliotecas y libros” González Novalín 1992: 301.

¹⁰⁴⁵ “El Padre mandó que se llevase de casa los Savonarolas que habían traído los novicios; no porque sea malo el autor, sino por ser cosa en que se pone duda, según me dijo Polanco” “San Ignacio ya había prohibido a sus súbditos la lectura de las obras de Savonarola, al menos desde el año 1550; incluso en 1553 mandó quemar los libros de Savonarola que se hallaban en casa (Cf.Chron.III,24). Tal actitud contraria a este autor la mantendrá hasta su muerte” Gonçalves 1992: 173.

monasterio se partió como en bandos, aprobando unos y reprobando otros lo que oían de su doctrina”).

Sirva esa frase (“*se partió como en bandos*”) como primera pista para entender el posible sentido de las inconexas voces de don Quijote, la idea de división, de bandos enfrentados.

Él mismo se siente paladín de los "valerosos" y exhorta a los suyos a la reunificación de fuerzas (“aquí, aquí”) para la batalla, pues el bando contrario, denominado “los cortesanos”, ha tomado ventaja al final del torneo.

Una alegoría muy cervantina aplicable, como veremos enseguida, a la situación de Loyola en Salamanca, pero que permite también una lectura todavía más genérica pues, curiosamente, por esos mismos días de 1527 en que Loyola está siendo acosado por sospechas de alumbradismo, venían celebrándose en el Palacio de la Inquisición de Valladolid “las juntas de los teólogos convocadas para calificar los 21 artículos denunciados en la obra literaria de Erasmo [...] Parece exacta la información de Sandoval cuando escribe sobre estas juntas: <<Jueves a veinte y siete de junio se comenzaron a juntar treinta y dos famosos Letrados Teólogos para calificar ciertas proposiciones que Erasmo tenía en sus obras, al cual favorecían muchos, pero más eran los que le impugnaban”¹⁰⁴⁶. Larrañaga presenta una doble lista, de dieciséis reputados teólogos cada una, “de los dos bandos en lucha”¹⁰⁴⁷, erasmistas y antierasmistas, algo similar, pero a menor escala, a lo ocurrido en san Esteban con la división de los frailes en sendos bandos.

Con esas dos ideas, la más próxima asociada al convento dominico y la más general a la junta de teólogos de Valladolid, o al conjunto de España, deben relacionarse las palabras de don Quijote alusivas a los bandos de caballeros valerosos o cortesanos.

Tras dichas voces, interviene el narrador para informar de las consecuencias inmediatas del despertar de don Quijote

Por acudir a este ruido y estruendo, no se **pasó adelante** con el escrutinio de los demás libros que quedaban, y así se cree que **fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos**, La Carolea y León de España, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis de Ávila, que sin duda debían de estar entre los que quedaban, y quizá si el cura los viera no pasaran por tan **rigurosa sentencia**

Según Clemencín, “No hay obra alguna de este título en castellano. D. Luis de Ávila, que es el autor que nombra Cervantes, compuso no los hechos del Emperador, título que anunciaría una historia completa de aquel Príncipe, sino los comentarios de la guerra que hizo contra los protestantes de Alemania, obra seria y en prosa, de que no era oportuno hablar en el escrutinio, donde no se trataba sino de libros poéticos de entretenimiento.”¹⁰⁴⁸

Clemencín se aferra a un criterio general, establecido al principio del escrutinio por personajes, no por Cervantes, para atacarle pues, inmediatamente lo acusa, con su habitual arrogancia, de vulgar negligente: “El Carlo famoso, poema escrito en 50 cantos por D. Luis Zapata, e impreso en Valencia el año de 1566, reúne las tres circunstancias de tratar de los hechos del Emperador, de ser libro de entretenimiento, y de estar en verso. Este fue el que según todas las apariencias indicó Cervantes, expresando el argumento y no el título, y **equivocando con su acostumbrada negligencia** el apellido del autor.”

Habrà que estudiar detenidamente el contenido de esos libros porque el primero (“los comentarios de la guerra que hizo contra los protestantes de Alemania”) parece muy

¹⁰⁴⁶ Loyola 1947: 8: 288-9.

¹⁰⁴⁷ Loyola 1947: 8: 290.

¹⁰⁴⁸ Clemencín 1833.

apropiado como música de fondo de este escrutinio del que, pese a clemencines, queda mucho por investigar.

El caso es que los libros son condenados al fuego “sin ser vistos ni oídos”, una expresión con la que el narrador utiliza de nuevo, como en el anterior capítulo, jerga procesal para explicar las prisas de los autores del escrutinio por acabar con su solidario cometido. Aunque, también, dicha expresión vuelve a propiciar la salida a flote del lenguaje profundo para llamar a las cosas por su nombre y poder denunciar, abiertamente, otra de las irregularidades procesales características del auto de fe: “la indefensión o la condena en rebeldía”¹⁰⁴⁹, procedimiento bastante común en un sistema judicial inhumano y paranoico que atendía más al ruido mediático, a la venganza ideológica y a la diferencia, que a la realidad.

Recordemos el sádico empecinamiento de la Inquisición con la familia del humanista Luis Vives, cuyas peripecias “han quedado como el más visible testimonio de la tragedia de la comunidad de conversos valencianos. Tras muchos años de increíble ocultación, hoy nadie niega que la ausencia de Vives de Valencia se debió al miedo a la Inquisición que, como ha analizado Angelina García, hizo estragos en su familia: su madre sería detenida por primera vez a los catorce años, su abuela materna, Esperanza Valeriola, sería quemada junto a su padre, Luis Vives Valeriola, en el auto del 9 de septiembre de 1524, donde además fueron quemadas otras seis personas, familiares del filósofo, tíos, primos, amigos”¹⁰⁵⁰. Incluso la madre, muerta en 1507, fue desenterrada y sus restos quemados en estatua.

¿Se comprende ahora la ironía y el dolor que puede ocultar la frase “fueron al fuego, sin ser vistos ni oídos” al entrar en relación con la frase final “quizá si el cura los viera no pasaran por tan rigurosa sentencia”?

Fue, concretamente, Carlos V, el aludido “Emperador”, quien por esos años de 1524 impulsó una represión, especialmente sobre los conversos, “mucho más dura de lo que siempre se ha dicho. No contamos con cifras fiables de procesados en los años anteriores a 1547, pero no es difícil deducir que la maquinaria procesal de la Inquisición no se ralentiza, sino todo lo contrario. El problema converso sigue presente hasta 1530”¹⁰⁵¹.

Por otra parte, el narrador no habla ahora como testigo ocular o fidedigno trasmisor de los hechos, sino que plantea la existencia, y por tanto condena, de determinados libros como una posibilidad (“así se cree” “debían de estar”). Libros que, por su contenido, no debían ser quemados pero que la inercia e inoperancia del equipo censor, conduce a un trágico final cuya verdadera dimensión solo se comprende al ponerlos en relación con las personas a las que representan.

En ese sentido debe entenderse la redundante expresión “ruido y estruendo” con la que se inicia la intervención del narrador pues, al gran ruido, en la acepción que suele emplear Ribadeneyra de ‘escándalo’ o ‘murmuración’¹⁰⁵², han respondido los ‘inquisidores’ con la actitud de fuego a discreción

VIDA	QUIJOTE
<i>le acusaron delante del Inquisidor; de lo cual hubo gran ruido en París, porque muchos decían que aquellos extremos no podían parar en bien, otros que como</i>	Por acudir a este ruido y estruendo

¹⁰⁴⁹ Quijote 1998: 3: 88.

¹⁰⁵⁰ García Cárcel- Moreno Martínez 2001: 209.

¹⁰⁵¹ García Cárcel- Moreno Martínez 2001: 54.

¹⁰⁵² “le acusaron delante del Inquisidor; de lo cual hubo gran ruido en París” (Vida II, II)

La acusación de herejía en París relaciona y enlaza los capítulos y su simbología, pues dicha acusación se sostiene sobre el ‘ruido’, sobre la fama de ‘herético’, de persona perseguida con la que Loyola llega a París, donde enseguida entra en contacto con estudiantes españoles, hijos de familias nobles residentes en la capital francesa y que también podían estar informados sobre la historia del famoso caballero vasco, peregrino por el mundo y procesado y absuelto en Alcalá y Salamanca.

Para seguir manteniendo viva la doble opción de lectura y la conexión con los sucesos de París, el narrador añade el término “sentencia” asociado al adjetivo “rigurosa”, expresión idéntica a la utilizada por Ribadeneira en la descripción de otra injusticia cometida contra Loyola en París (“*se había de ejecutar esta **rigurosa sentencia***”) que habrá ocasión de comentar ampliamente en el capítulo ocho.

Dicha anécdota de París finalizó de forma beneficiosa para Loyola al ser escuchado por el doctor Govea, encargado de efectuar el castigo. La “*rigurosa sentencia*” no llegó a ejecutarse porque a Loyola se le escuchó, quizás por eso el narrador concluye que los libros citados tal vez se habrían salvado si el cura los hubiera visto (“quizá si el cura los viera no pasaran por tan **rigurosa sentencia**”)

En definitiva, el capítulo siete, a diferencia del signo opresor imperante en el anterior, se abre con cierta correlación de fuerzas. No es que don Quijote ponga fin al deseo de sus amigos de acabar con toda la biblioteca, sino que su simple despertar les inquieta.

REVESES Y ABRAZOS

Quando llegaron a don Quijote, ya él estaba levantado de la cama y proseguía en sus voces y en sus desatinos, dando **cuchilladas y reveses a todas partes**, estando tan **despierto** como si nunca hubiera dormido. Abrazáronse con él y **por fuerza le volvieron** al lecho; y después que hubo sosegado un poco, volviéndose a hablar con el cura le dijo

Don Quijote despierta con un insistente “Aquí, aquí... aquí” con el que reclama la atención sobre algo que solo él, como alucinando, parece percibir. Así lo hallan familiares y amigos cuando, tras acelerar la quema del resto de los libros, acuden al dormitorio.

Lo encuentran levantado y en condiciones síquicas deplorables pues “proseguía en sus voces y en sus desatinos”, comportándose como un verdadero loco, “dando cuchilladas y reveses a todas partes” y, añade el narrador, “estando tan **despierto** como si nunca hubiera dormido”, innecesaria apreciación cuyo objetivo no es calibrar su grado de lucidez, sino conectar, simbólicamente, la enérgica y agresiva actividad de don Quijote con las circunstancias que rodearon los encuentros de Loyola con la Inquisición.

Precisamente, Ribadeneira suele utilizar el verbo ‘despertar’ para explicar el trabajo de regeneración, la labor de apostolado llevada a cabo por Loyola en Salamanca

*Después que llegó a Salamanca, comenzó a ocuparse, como solía, en **despertar los corazones de la gente al amor y temor de Dios** (Vida I, XV).*

Y un poco más abajo, en ese mismo capítulo núcleo de la parodia, Ribadeneira insiste en cómo Loyola, a pesar de permanecer en prisión, continúa con su controvertida labor apostólica

*Allí donde estaba preso no dejaba sus ejercicios acostumbrados, ni de hablar con libertad, ensalzando la virtud y reprendiendo los vicios y **despertando los corazones de los hombres al menosprecio del mundo***

Tras el sueño y la inactividad de don Quijote, paralela a los primeros días del secuestro de Loyola en Salamanca, ahora aparece despierto y atacando (“dando cuchilladas y

reveses a todas partes”), como si nunca hubiera dormido, porque también Loyola reanudó en la cárcel su apostolado¹⁰⁵³.

Lo corrobora el referente “todas partes”, pues remite al mismo capítulo de la Vida, al momento en el que los dominicos, antes de intentar atraparlo con el malicioso silogismo, ensalzan hipócritamente su labor apostólica

y que a imitación de los apóstoles andáis por todas partes enseñando a los hombres el camino del cielo.

Igual que Loyola enseña “*por todas partes*” una doctrina evangélica crítica con el vivir regalado de los eclesiásticos, don Quijote lanza “cuchilladas y reveses a todas partes”.

No olvidemos que se encuentra en su casa, rodeado del aparato represivo que acaba de quemar la biblioteca e intenta reconducirlo por cauces anteriores a la ‘locura’, una alegoría de la reacción activa de Loyola ante una Inquisición que le prohíbe predicar, que trata de devolverle a la inactividad religiosa en la que se encontraba antes de la ‘locura’.

Igual que los dominicos acosan y encarcelan a Loyola ante la negativa a renunciar a sus propósitos e ideas, don Quijote es conducido de nuevo a la cama por la fuerza

Abrazáronse con él y por fuerza le volvieron al lecho; y después que hubo sosegado un poco, volviéndose a hablar con el cura le dijo

El ‘abrazo’ del capítulo cinco, símbolo del encarcelamiento de Loyola en Alcalá, vuelve a repetirse ahora para escenificar la reclusión en la cárcel de Salamanca.

AVENTUREROS Y CORTESANOS

Desde esas circunstancias de Loyola injustamente encarcelado, comienzan a vislumbrarse las enigmáticas palabras dirigidas por don Quijote al cura

-Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es gran mengua de los que nos llamamos Doce Pares dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo a los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes.

Invadido “por las mutaciones delirantes de falsa identidad”¹⁰⁵⁴, don Quijote se cree ahora uno “de los compañeros de Carlomagno”¹⁰⁵⁵ y, como tal, se dirige al arzobispo Turpín, que era uno de ellos, lamentándose del abandono, o del poco entusiasmo (“tan sin más ni más”), con que su bando, denominado también “los aventureros”, se deja “llevar la vitoria”.

Según López Estrada, en los torneos caballerescos había dos bandos, los mantenedores o asentados, que eran los del lugar y “exponían el cartel y las condiciones de la lucha deportiva”, y los aventureros, “los que se enfrentaban con dichos mantenedores”¹⁰⁵⁶.

Don Quijote se queja de una derrota que considera injusta porque, en los tres días antecedentes, su bando había “ganado el prez”, la estima que “se simbolizaba en el premio que los jueces de campo concedían a los vencedores”¹⁰⁵⁷.

Con los datos anteriores ya puede intuirse la esencia de la parodia y comprenderse el oscuro lenguaje de don Quijote, porque su respuesta se encuentra ingeniosamente relacionada con los tres días de prisión de Loyola en san Esteban y la división, en dos bandos, que se produjo en el convento. Volvamos a recordar ambos fragmentos

¹⁰⁵³ “Al otro día, como se supo en la ciudad de su prisión, les mandaron a la cárcel en qué durmiesen, y todo el necesario abundantemente; y siempre venían muchos a visitalles, y el peregrino continuaba sus ejercicios de hablar de Dios etc.” (R, 67)

¹⁰⁵⁴ Alonso-Fernández 2005: 9.

¹⁰⁵⁵ Quijote 1998: 7: 88.

¹⁰⁵⁶ López Estrada 1953: 176.

¹⁰⁵⁷ Quijote 1998: 8: 88.

RELATO	VIDA
<p>Todavía los dos estuvieron en el monasterio 3 días sin que nada se les hablase de parte de la justicia, comiendo en el refectorio con los frailes. Y <u>cuasi siempre estaba llena su cámara de frailes, que venían a verles; y el peregrino siempre hablaba de lo que solía; de modo que entre ellos había ya como división, habiendo muchos que se mostraban afectados.</u></p>	<p><i>Tres días estuvo en aquel sagrado convento con grandísimo consuelo de su ánima. Comía en refectorio con los frailes, y muchos dellos venían a visitarle y a oírle a su celda, que casi estaba llena de frailes; a los cuales él hablaba con mucha libertad y eficacia de las cosas divinas como era su costumbre; y muchos dellos aprobaban y defendían su manera de vivir y enseñar. Y así el monasterio se partió como en bandos, aprobando unos y reprobando otros lo que oían de su doctrina.</i></p>

Durante los tres días de secuestro en el convento, Loyola “siempre hablaba de lo que solía”. Pero ¿de qué hablaba? Según el Relato, él y sus compañeros “andaban predicando a la apostólica”, prácticamente lo mismo que se dice en la Vida: “*a imitación de los apóstoles andáis por todas partes enseñando a los hombres el camino del cielo*”.

Aparecen en ambos fragmentos los dos referentes claves de la parodia. En primer lugar la expresión ‘tres días’ repetida en los tres textos y, en segundo, la presencia, también en los tres textos, de un concepto asociado al número doce

RELATO	VIDA	QUIJOTE
estuvieron en el monasterio 3 días	<i>Tres días estuvo en aquel sagrado convento</i>	en los tres días antecedentes
andaban predicando a la <u>apostólica</u>	<i>a imitación de los <u>apóstoles</u> andáis por todas partes</i>	es gran mengua de los que nos llamamos <u>Doce Pares</u>

Recapitulemos, pues, las palabras de don Quijote porque, como alter ego de Loyola, se ha identificado con los caballeros aventureros, aquellos que, por propia voluntad y aventurando su persona¹⁰⁵⁸, se enfrentaban a los ‘mantenedores’, símbolo en este caso de los inmovilistas frailes de san Esteban, contrarios a la corriente evangélica, o erasmista, personificada en Loyola.

La diferencia ideológica, la pertenencia a uno de los dos bandos es la razón por la que don Quijote acumula “en sí la personalidad de los compañeros de Carlomagno”¹⁰⁵⁹, pero no por identificación con ellos, sino como pretexto formal para aludir con el símbolo “Doce Pares” a los ‘doce caballeros iguales en nobleza y en valor’¹⁰⁶⁰ con que, metafóricamente, podríamos referirnos al conjunto de los doce ‘apóstoles’ con cuya doctrina han sido comparados, en san Esteban, Loyola y sus compañeros.

Por otra parte, en el hecho de que don Quijote haya denominado al bando contrario “los caballeros cortesanos” se aprecia cierto tono peyorativo, cierta acritud contra quienes, ideológica o socialmente, caen, o permanecen, en estado de mediocridad, o también, por

¹⁰⁵⁸ "aventurero es el caballero, escudero, hidalgo, paje que acude a las empresas por propia voluntad, y en ellas se empeña y aventura su persona" López Estrada 1953: 212.

¹⁰⁵⁹ Cervantes 1998: 7: 88.

¹⁰⁶⁰ Covarrubias 1993.

extensión, contra aquellos religiosos que, debiendo vivir en la humildad y pobreza propias de su profesión, se arriman al poder y a la riqueza. Lo explica perfectamente Ryan a propósito de un comentario de uno de los primeros compañeros de Loyola: “Nadal dudaba de que Borja fuese capaz de renunciar verdaderamente a su identidad temporal y, en una carta de marzo de 1551, incluyó tanto a Borja como a Araoz entre los españoles a los que se refería al escribir: <<He estado muy ocupado con los cortesanos>>”¹⁰⁶¹.

Queda, pues, muy clara con esta última apreciación, la identidad de los dos bandos a los que tan sutilmente ha aludido don Quijote. Son los mismos bandos que, como vimos un poco más arriba, se encontraron en las juntas de teólogos convocadas en Valladolid en 1527 para denunciar o defender la obra de Erasmo.

No muy lejos de tan teológico torneo, se encontraba Loyola secuestrado en Salamanca, sospechoso, según el soprior, de haber caído en los errores de Erasmo o en otros (“agora que hay tantos errores de Erasmo y de tantos otros”) y en el centro de la soterrada disputa, entre erasmistas y antierasmistas, que también debía lidiarse en el convento de san Esteban.

El símbolo de los dos bandos ideológicamente diferenciados y en continúa contienda alcanza proporciones trágicas en la península ibérica, de hecho ese es el meollo de estos dos capítulos en los que un grupo, ideológicamente muy bien caracterizado por Cervantes, quema la biblioteca de una persona que, alegóricamente, representa todo lo contrario.

El humo emergiendo de la casa de don Quijote ya ascendía por Valladolid en 1527 y sus gases ennegrecieron la península hasta más allá de la segunda mitad del siglo XX. Solo hay que saltar de Cervantes a Goya y, después, al Valle de los Caídos, para comprender el dolor y la hondura de las disparatadas y febriles palabras del recién despertado don Quijote que volvemos a recordar

-Por cierto, señor arzobispo Turpín, que es gran mengua de los que nos llamamos Doce Pares dejar tan sin más ni más llevar la vitoria deste torneo a los caballeros cortesanos, habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes.

¿Por qué se queja don Quijote de dejarse llevar “sin más ni más”, sin reparo ni consideración, sin ninguna razón, la victoria?

Porque Loyola, tanto en Alcalá como en Salamanca y a pesar de no haberle encontrado error en la doctrina ni en el libro de los Ejercicios, fue condenado a no hablar “de cosas de la fe dentro de 4 años que hubiesen más estudiado”.

Fue un ataque frontal a su labor de apostolado. Pretendía seguir estudiando, pero sin abandonar el objetivo primordial de predicar, así que, ante la prohibición de no poder hacerlo en tres y cuatro años, decidió alejarse de Alcalá y recurrir “al arzobispo de Toledo, Fonseca, y poner la cosa en sus manos”

Y así determinó de irse al arzobispo de Toledo don Alonso de Fonseca que a la sazón estaba en Valladolid y pasar por lo que él le mandase hacer. Partieron él y sus compañeros para Valladolid vestidos de estudiantes (como habemos dicho). Acogióle el arzobispo humanísimamente y viéndole inclinado a ir a la universidad de Salamanca, le dio dineros para el camino y le ofreció todo favor y amparo, si dél o de los suyos se quisiese valer en Salamanca. (Vida I, XIV)

El resto de las enigmáticas frases de don Quijote (“Por cierto, señor arzobispo Turpín...”) toma por fin sentido con esta nueva información, pues el “arzobispo Turpín” ante quien el caballero se lamenta es, como indica la coincidencia del cargo de

¹⁰⁶¹ Ryan 2008: 124.

‘arzobispo’, más la letra T con que se inician ambos nombres, más las seis letras que contienen (T.O.L.E.D.O – T.U.R.P.I.N), un trasunto del “arzobispo de Toledo” escuchando las quejas de Loyola, su impotencia al tener que acatar, “sin más ni más”, sin reparo ni consideración, sin lógica, la injusta sentencia prohibiéndole predicar. De ahí que don Quijote muestre su decepción

habiendo nosotros los aventureros ganado el prez en los tres días antecedentes
Frase con la que se completa la fantástica parodia del procesamiento a Loyola y su situación en la cárcel

venían muchos a visitalle; y hacía lo mismo que libre, de hacer doctrina y dar ejercicios. (R, 60)

Era tiempo de estío y tenía una manera de carcelería algo libre, y así pudieron acudir a él muchos para oírle, a los cuales él enseñaba la doctrina cristiana y cosas de nuestro Señor, y les daba los ejercicios espirituales, de la misma manera y con el mismo fervor de cuando estaba del todo libre. (Vida I, XIV)

Aunque permanece en la cárcel, Loyola es visitado con libertad y prosigue con su labor de apostolado. No solo cuenta con el apoyo popular, con la estimación del público, con “el prez”, sino con la aceptación tácita de la autoridad permitiéndole visitas en las que sigue adoctrinando. Esa permisividad y la falta de cargos le hicieron albergar la esperanza de que serían absueltos. Sin embargo, la sentencia, aunque no les condenaba, sí les prohibía ejercer apostolado, de ahí que don Quijote se sienta decepcionado, pues a pesar de haber ganado “el prez”, ha sido realmente derrotado, tal como corrobora la alentadora respuesta del cura

-Calle vuestra merced, señor compadre -dijo el cura-, que Dios será servido que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde se gane mañana; y atienda vuestra merced a su salud por agora, que me parece que debe de estar demasadamente cansado, si ya no es que está malferido

El cura, tras aconsejar silencio y resignación (“Calle vuestra merced”), se comporta con don Quijote como un buen amigo (le llama compadre), animándole a que mire ante todo por la salud, tal como debió hacer el arzobispo de Toledo con Loyola, pues no le resolvió el problema, no pudo revocar la sentencia, pero le animó y trató “*humanísimamente*” y “*le dio dineros para el camino y le ofreció todo favor y amparo*”. El cura pronuncia, además, una misteriosa y agorera frase (“Dios será servido que la suerte se mude y que lo que hoy se pierde se gane mañana”) también inspirada en la Vida y relacionada con uno de los temas de fondo, los Ejercicios

Y aunque es cosa muy probada y manifiesta en todo el mundo el fruto que ha traído por todas partes el uso destos sagrados Ejercicios a la república cristiana ir con todo eso tocaré algunas cosas de las muchas que se podrían decir de su provecho y utilidad. Primeramente, al uso de los Ejercicios se debe la institución y fundación de nuestra Compañía, pues fue nuestro Señor servido que por ellos casi todos los padres que fueron los primeros compañeros de nuestro B. Padre y los que lo ayudaron a fundar la Compañía, los despertase él tanto y convidase al deseo de la perfección y al menosprecio del mundo. (Vida I, VIII)

El libro de los *Ejercicios Espirituales*, que en la época de los procesos de Alcalá y Salamanca fue examinado y remirado con la intención de obtener alguna prueba de herejía, no solo salió triunfante, sino que se convirtió, según Ribadeneyra, en un arma muy eficaz para la Compañía y el resto de los católicos. A ese triunfo (con el referente “Dios será servido”) alude la enigmática frase del cura cuando pronostica “que lo que hoy se pierde se gane mañana”, porque Loyola y sus compañeros han ganado, según el

Relato, la libertad e, injustamente, perdido el derecho a ejercitarla, pero aquellas derrotas son ya, según la Vida, victorias, “*frutos*”, que el tiempo ha favorecido.

VIDA	QUIJOTE
<u>arzobispo de Toledo</u>	<u>arzobispo Turpín</u>
<i>T-O-L-E-D-O</i> (6 letras)	<i>T-U-R-P-Í-N</i> (6 letras)
<u>fue nuestro Señor servido que</u>	<u>Dios será servido que</u>

No es casual que el cura llame “compadre” a don Quijote, pues le considera su ahijado, pero no por sacarle de pila, sino por ser padrino “en los torneos y justas y desafíos”¹⁰⁶², las mismas funciones ejercidas por el arzobispo de Toledo con Loyola: “El arzobispo de Toledo, Fonseca, mecenas del erasmismo, ha tomado a Iñigo bajo su protección y le manda venir a Salamanca”¹⁰⁶³.

En resumen, las dos incomprensibles frases de don Quijote, consideradas absurdas y propias de un demente, son por el contrario muy lógicas dentro del lenguaje profundo. Por un lado solicita, en consonancia con los tres días de prisión en san Esteban y con el apoyo de los frailes que se han puesto de su parte, una reagrupación del bando de los aventureros con el objetivo de frenar la presión ejercida sobre ellos por la Inquisición (“los cortesanos llevan lo mejor del torneo”). Por otro, comunica al cura, símbolo reversible que en esta ocasión cumple las funciones del arzobispo de Toledo, su decepción por la victoria de los cortesanos y, por tanto, la derrota del bando de Loyola cuando, a pesar de contar con el apoyo de la gente y lograr una sentencia absolutoria, se les condena a no predicar. Por eso el cura-arzobispo le aconseja resignación y que atienda a su salud porque, además de cansado, debe estar incluso “malferido”

-Ferido no -dijo don Quijote-, pero molido y quebrantado, no hay duda en ello, porque aquel bastardo de don Roldán me ha molido a palos con el tronco de una encina, y todo de **envidia**, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías. Mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán si en levantándome deste lecho no me lo pagare, a pesar de todos sus encantamentos; y por agora tráiganme de yantar, que sé que es lo que más me hará al caso, y quédese lo del vengarme a mi cargo.

Siguiendo en la misma línea de apropiarse de personalidades ajenas, don Quijote se identifica ahora con Reinaldos de Montalbán, pero no porque desee abandonar su nuevo y ya desarrollado ‘yo’, sino para asociar, momentáneamente, su actual situación de convaleciente por defender la belleza de su dama (paliza del mozo de los mercaderes), con otra semejante nacida de la rivalidad entre dos viejos amigos librescos, Roldán y Reinaldos de Montalbán, cuando se combatieron crudamente por los amores de Angélica, “como se refiere en el libro primero del *Orlando* de Boyardo.”¹⁰⁶⁴

De nuevo don Quijote acude a la literatura caballeresca para acomodar su estado al de los libros, y concluye con una enigmática frase en la que culpa a Roldán de haber actuado por envidia de su valiente actitud al hacerle frente (“todo de **envidia**, porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías”)

Pero ¿no es prácticamente eso lo que le ocurre a Loyola en Alcalá, Salamanca y París por defender, frente a los ortodoxos, la nueva doctrina evangélica? ¿No es la envidia de su valiente actitud y de su fama lo que mueve a los inquisidores a perseguirle y

¹⁰⁶² Covarrubias 1993.

¹⁰⁶³ Bataillon 1979: 214.

¹⁰⁶⁴ Clemencín 1833.

encarcelarle? ¿No es la desnudez de la verdad lo que realmente aterroriza a quienes, cargados de fuerza y ropaje, se exhiben como sus únicos defensores?

El mismo Ribadeneyra sugiere que Loyola fue perseguido, en París, por envidia

*estaba tan encendido y abrasado con el fuego del amor divino su ánimo, que, doquiera que llegaba, fácilmente se emprendía en los corazones de los otros el mismo fuego que en el suyo ardía. Pero, como la **envidia** suele ir siempre ladrando tras la virtud, a las llamas de este fuego se seguía el humo de la contradicción.*

Aunque Ribadeneyra suele acusar confusamente, sin precisar cuando no le interesa, ahora, gracias al Relato, podemos deducir que, so pretexto de fuegos, corazones y ladridos, viene a decir que la labor apostólica de Loyola, su virtud y capacidad de persuasión, calaban tanto en la gente que provocaba la envidia de los demás eclesiásticos, que veían en él al religioso ejemplar que ellos nunca llegarían a ser, porque el envidioso, aunque no le falte de nada, odia al envidiado “por no poder ser como él”¹⁰⁶⁵.

De nuevo Cervantes acopla magistralmente a lo caballeresco el trasfondo de la Vida, personifica en Roldán y en Reinaldos de Montalbán el acoso de los eclesiásticos a Loyola, también, como Reinaldo y don Quijote, perseguido por envidia, “porque ve que **yo solo soy** el opuesto de sus valentías”, frase magistralmente reciclada por Cervantes (y con la que alude, precisa y elegantemente, al ancestral y universal disparate de la envidia entre congéneres) partiendo de la páfida conversación del “vicario” tratando de embaucar afectivamente a Loyola con una falsa admiración que también hacía extensiva al resto de los frailes

*Y no **soy yo solo** el que desto me gozo, que también les cabe parte desta **alegría** a nuestros frailes;*

Dando un giro a la expresión “soy yo solo”, Cervantes transforma la respuesta de don Quijote en un alegato contra la envidia de los dominicos y, al mismo tiempo, contra la hipócrita y reparadora versión de la Vida

VIDA	QUIJOTE
<i>Y no soy yo solo el que desto me gozo</i>	porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías

Don Quijote continúa obcecado con el tema de Reinaldos (“Mas no me llamaría yo Reinaldos de Montalbán si en levantándome deste lecho no me lo pagare”). Según Clemencín, de la enemistad y “contiendas entre Roldán y Reinaldos se hace mención en el romance viejo del Conde Dirlos, y en el de la embajada que el Marqués de Mantua envió al Emperador Carlomagno sobre la muerte de Valdovinos, donde dándose cuenta al Emperador de que el Marqués venía acompañado de sus parientes y amigos, se dice:

Entre ellos viene Reinaldos
el Señor de Montalbane,
el cual está puesto en bandos
con tu sobrino Rodalne.”¹⁰⁶⁶

En el romance se encuentra el tema de los ‘bandos’ al que don Quijote ha hecho mención previamente para aludir, simbólicamente, a la división entre católicos creada por Loyola dondequiera que predicaba la doctrina, el verdadero leimotiv subyacente en los capítulos seis y siete del Relato y la novela.

¹⁰⁶⁵ Castilla del Pino 2005: 227.

¹⁰⁶⁶ Clemencín 1833.

Por otro lado, siguiendo la lógica de la narración y tras el largo sueño en que don Quijote ha permanecido sumido durante el capítulo sexto, ahora solicita comida (“por ahora tráiganme de yantar”) pues, como él mismo explica, “es lo que más me hará al caso”.

Vuelve a dar la sensación, como en el capítulo cinco, de que pide comida no porque tenga hambre, sino para cumplir, como en la venta, con todos los detalles básicos de las fuentes paródicas, concretamente con la capciosa invitación a comer de los dominicos de Salamanca (“*venid -dice el confesor- el domingo a **comer** con nosotros*”), el ardid utilizado para atraer y encerrar a Loyola; por eso comer es lo que “más me hará al caso” ahora, así como volver a dormirse después de la comida, en correspondencia con la nueva prisión

Hicieronlo así: diéronle de **comer**, y quedóse otra vez dormido, y ellos, **admirados** de su locura.

La frase del narrador mantiene, gracias a los referentes, la posibilidad de la doble lectura, el paso de la parodia de Alcalá a la de Salamanca, con la comida en el convento, la detención y, por último, la admiración que, según Ribadeneira, causaban sus respuestas

*Llegado a su presencia el preso, le preguntaron muchas cosas, no solo de las que en el libro se contenían, sino de otras cuestiones de teología, muy recónditas y exquisitas, como de la santísima Trinidad, del misterio de la Encarnación y del santísimo Sacramento del altar. A lo cual todo (protestando primero con modestia que era hombre sin letras) respondió tan sabia y gravemente, que más les daba materia de **admiración** que ocasión de reprehensión alguna.*

En el Relato no aparece ningún detalle sobre dicha admiración, al contrario, en él se aprecia que los interrogatorios de los jueces eclesiásticos a Loyola van claramente dirigidos a pillarle, y que él llega a cansarles tanto con su verborrea teológica “que no tuvieron ganas de demandarle más”.

Ribadeneira se inventa, pues, una “*admiración*” con la que modifica y atempera la versión del Relato, ensalzando ampliamente a Loyola y, al mismo tiempo, satisfaciendo a los dominicos a costa, como siempre, de la verdad histórica.

Por eso Cervantes relaciona la admiración hacia don Quijote con su locura, pues también los dominicos debían considerar como ‘locura’ las actuaciones de Loyola.

VIDA	QUIJOTE
<i>como la envidia suele ir siempre ladrando tras la virtud</i>	todo de envidia , porque ve que yo solo soy el opuesto de sus valentías
<i>les daba materia de admiración</i>	quedóse <u>otra vez dormido</u> , y ellos, admirados de su locura
<i>venid (dice el confesor) el domingo a comer con nosotros</i>	diéronle de comer , y quedóse <u>otra vez dormido</u>

EXTERMINIO FINAL

Don Quijote se encuentra, pues, otra vez dormido, acorde con la nueva prisión de Loyola en Salamanca donde, según el Relato, tras ser interrogado por el superior, él y su compañero Calixto fueron ilegalmente retenidos en el monasterio y, después, conducidos a la cárcel, donde permanecieron mientras los jueces eclesiásticos les interrogaban y examinaban el libro de los Ejercicios. A los veintidós días les dejaron libre pero con la prohibición de definir sobre pecado mortal y venial hasta pasados cuatro años que hubiesen más estudiado.

Este nuevo episodio represivo, sobre las personas y los libros, descrito en el Relato y la Vida supone la continuación, en la novela, del escrutinio-quema de la biblioteca mientras don Quijote permanece otra vez dormido

Aquella noche quemó y abrasó el ama cuantos libros había en el corral y en toda la casa, y tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos; mas no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador, y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores.

Sin molestarse en identificarlos, todos los libros arden. Se siente aquí, detrás del narrador, la voz viva de Cervantes, una opinión, casi al margen de la novela, que se cuele como un grito, como la denuncia de quien contempló el soberbio disparate de aniquilar no esta concreta biblioteca, sino el inestimable legado cultural de toda una nación, de siglos y siglos de civilizaciones¹⁰⁶⁷.

Los dos verbos sinónimos (“quemó y abrasó”) con los que el narrador subraya sus intenciones anfibológicas, estaban fuertemente asociados, en la época, a las condenas en la hoguera. En su segunda acepción, Covarrubias anota: “Quemar, pena de hereges”, prácticamente lo mismo que ‘abrasar’, que remite a ‘Brasa’ y donde se lee: “De brasa se dixo abrasar lo mesmo que quemar [...] Brasero se llama el campo o lugar donde queman los relaxados por el Santo Oficio”.

Pero, además, las intenciones deícticas se acompañan de una dilatación del campo de acción de los censores que afecta a la totalidad de la casa (“cuantos libros había en el corral y en toda la casa”), utilizada aquí como sinécdoque de región, nación o, incluso, de un espacio supranacional pues, hasta ahora, no se ha recibido información alguna sobre la probable existencia de libros en otro lugar que el aposento de Alonso Quijano.

Por otra parte, la frase contradice o anula el trabajo anterior del escrutinio pues, al especificarse que el ama quemó “cuantos libros había en el corral y en toda la casa”, se nos dice, literalmente, que no se salvó ninguno, que la furia contra los libros desató un incontenible deseo de acabar definitivamente con todos.

La idea aparece reforzada por la desoladora frase (“tales debieron de arder que merecían guardarse en perpetuos archivos”) con la que vuelve a sugerirse el exterminio total de los libros-cuerpos mucho más allá de la biblioteca del hidalgo.

Solo una crítica miope e interesada puede constreñir la intencionalidad del texto a los libros de caballerías, en vez de asociar el símbolo a los miles y miles de tesoros bibliográficos quemados, por ejemplo, por Cisneros en Virrambla, o con las miles de

¹⁰⁶⁷ Francisco Jiménez de Cisneros quema más de 80.000 volúmenes árabes en la plaza de Vivarambla de Granada. “Solamente perdona los textos de carácter médico o científico, para incorporarlos a su biblioteca de Alcalá. Para dar una idea de la terrible sensación de pérdida que esto representó, permítanme citar de una *qasida* anónima de 1501, una carta-poema enviada al sultán Otomano Bayazid II, solicitando su intervención en España:

<<41. transgredió (el sujeto aquí es el rey Fernando) las capitulaciones con que nos había engañado y nos convertimos al cristianismo por la fuerza, con dureza y severidad,

42. quemando los libros que teníamos y mezclándolos con excrementos e inmundicias.

43. Todos los libros que trataban de asuntos de nuestra religión fueron presa del fuego entre la mofa y la irrisión.

44. No dejaron ni un solo libro que perteneciera a un musulmán, ni un solo tomo con quien uno pudiera refugiarse en soledad y leer.

Entonces, inmediatamente después del detallado relato de la quema de libros musulmanes (y debe notarse la triple repetición: <<quemando los libros...; todos los libros...; no dejaron ni un solo libro), en lenguaje paralelo, pero de forma mucho más condensada, el relato de la quema de cuerpos musulmanes:

45. Aquel que ayunaba o rezaba y esto llegaba a saberse, iba a parar a las llamas...” Dopicó 2003: 124-125.

víctimas inocentes abrasadas en base a quiméricos dogmas de raza y de fe durante más de un siglo.

Los pocos datos salvados del barrido sistemático realizado durante los dos siglos siguientes al holocausto no dejan lugar a dudas, y deben entenderse como la punta de un iceberg vaciado por la carcoma humana de las bibliotecas: “A partir de marzo de 1552, la Inquisición dispuso que los libros heréticos fueran quemados en público. Se ordenó quemar unos 27 libros en una ceremonia que tuvo lugar en Valladolid en enero de 1558. A mediados de siglo los españoles recurrieron a la quema de libros porque era el método más sencillo de librarse del material infractor. Una enorme cantidad de obras fue así destruida. <<Por siete o ocho veces hemos quemado aquí en casa montones de libros>>, informó un jesuita que actuaba en el Santo Oficio de Barcelona en 1559. En 1561 un oficial en Sevilla preguntó qué se debía hacer con los numerosos libros que había reunido. Entre ellos había un buen número de libros de horas, dijo, que podían ser fácilmente expurgados. <<Quemarlos>>, respondió la Inquisición. ¿Y las Biblias? <<Quemarlas.>> ¿Y los libros de medicina, muchos con contenido supersticioso? <<Quemarlos.>> No siempre se aplicaba esta drástica solución. Posteriormente, cuando el tribunal había confeccionado un nuevo sistema de expurgación que sustituía a la condena, los libros se guardaban en un almacén y, por lo general, no se destruían [...] El mayor daño, como en cualquier otro sistema de censura, era el que sufría el libro mismo. Algunos libros desaparecieron del todo y no siempre por culpa de los inquisidores. En un informe redactado para ellos al final del siglo XVI se afirma que: <<muchos por no llevar sus libros a los inquisidores queman no solo los prohibidos y que se mandan expurgar pero aun los buenos y muy seguros, o los dan de balde o los venden por muy poco precio. Y de esta manera infinitos ni se examinan ni corrigen, sino se pierden con el tiempo sin aprovecharse nadie de ellos, de lo que se sigue gran daño a sus dueños y, lo que es de más estima, el daño de la pérdida de tantos buenos libros>> [...] Un capellán de Felipe II, Bartolomé de Valverde, criticaba la poca calidad de los censores: “la mayor parte son hombres de nada, que no saben una palabra ni de griego ni de hebreo, y que no tienen ni juicio ni capacidad. Lo peor es que no reciben nada por leer innumerables libros, de suerte que para descargarse de una labor que no les apetece, toman el partido más fácil y que les confiere un aire de profundidad: declaran que hay que suprimirlos”¹⁰⁶⁸.

Intolerancia y desidia de la que el narrador de la novela solo acusa a la Iglesia (“no lo permitió su suerte y la pereza del escrutinador”) por haber caído en ese abandono intelectual y humano tan contrario al cristianismo. ¿O es que no transmiten el ama, la sobrina, el barbero y el cura, la misma sensación de falta de calidad, de incultura y apatía que los censores criticados por el capellán de Felipe II? ¿No resulta todo el escrutinio, con su infinidad de matices, una más que patente alegoría de la terrible realidad de la sociedad española?

Con un refrán (“y así se cumplió el refrán en ellos de que pagan a las veces justos por pecadores”), con una ambigua frase moldeada por la religión y el tiempo, finaliza el narrador su desoladora información, pero lo hace atacando, ampliando ilimitadamente la dimensión de una frase hecha que, aplicada al escrutinio, significa, irónicamente, que todos los libros, sin distinción entre justos o pecadores, según la moral católica, fueron quemados. Pero también el refrán, aplicado al trasfondo, adquiere otra dimensión más particularizada, la del injusto proceder contra Loyola como cabeza de turco de otros movimientos heterodoxos, pues “en ellos”, en quienes la Inquisición no encontró rastro

¹⁰⁶⁸ Kamen 1999: 113-122.

alguno de herejía, se "cumplió el refrán", pues fueron injustamente atacados y reprimidos.

EMPAREDADOS

Uno de los remedios que el cura y el barbero dieron por entonces para el mal de su amigo fue que le murasen y tapiasen el aposento de los libros, porque cuando se levantase no los hallase (quizá quitando la causa cesaría el efeto), y que dijese que un encantador se los había llevado, y el aposento y todo; y así fue hecho con mucha presteza. De allí a dos días se levantó don Quijote, y lo primero que hizo fue ir a ver sus libros; y como no hallaba el aposento donde le había dejado, andaba de una en otra parte buscándole. Llegaba adonde solía tener la puerta, y tentábala con las manos, y volvía y revolvía los ojos por todo, sin decir palabra; pero al cabo de una buena pieza preguntó a su ama que hacia qué parte estaba el aposento de sus libros. El ama, que ya estaba bien advertida de lo que debía responder, le dijo:

El narrador alude a la locura de don Quijote como “el mal de su amigo”, eufemismo con el que, además de evitar nombrar la enfermedad, se busca el paralelismo con la forma utilizada por Ribadeneyra para no sustantivar los problemas teológicos que condujeron a Loyola a la cárcel

Llegó la fama desto a los Inquisidores de Toledo, los cuales, como prudentes, temiendo desta novedad en tiempo tan sospechoso, y queriendo, como cuidadosos, remediar el mal, si alguno hubiese.

Astutamente, Cervantes separa “los remedios” de su complemento, “el mal”, pero queda claro el significado y la cáustica intencionalidad crítica contra un Ribadeneyra que siempre, cuando le interesa, evita llamar a las cosas por su nombre, además de envolverlas en una serie de excusas y justificaciones con el propósito de hacer la pelota a los inquisidores

VIDA	QUIJOTE
<i>queriendo, como cuidadosos, <u>remediar el mal</u>, si alguno hubiese</i>	Uno de los <u>remedios</u> que el cura y el barbero dieron por entonces para <u>el mal</u> de su amigo

La estrategia urdida entre el cura y el barbero consistió en tapiar la puerta de la biblioteca ("murasen y tapiasen el aposento de los libros"), una idea un tanto descabellada porque ¿qué sentido puede tener a estas alturas tapar la puerta del aposento tan reforzadamente (“murasen y tapiasen”) cuando, según la información anterior, no queda ni un solo libro en toda la casa? Si las estanterías estaban vacías ¿no podía justificarse la falta de libros con el mismo argumento del encantador?

Con ese tipo de absurdas preguntas ante un texto de ficción solo pretendo resaltar la falta de lógica con que actúan los personajes para inducirnos a pensar en otras posibilidades, en que, tal vez, lo significativo vuelva a ser la mecánica, el procedimiento, la metáfora sobre la terrible y soterrada realidad de una época en que se tomaba la decisión de enterrar a las bibliotecas, y a la gente, con la esperanza de un tiempo mejor.

Debió ser una práctica lo suficientemente usual como para que todavía sigan apareciendo bibliotecas muradas, vivos ejemplos del trabajo simbólico que acaban de realizar los representantes de la represión. De nuevo Cervantes juega ‘al revés te lo digo para que me entiendas’, porque ninguno de los libros citados en el escrutinio necesitaba ocultarse. Son los inencontrables, aquellos de cuya existencia ni siquiera

podía hablarse, los que aparecen, por transposición, en nuestra mente, como prueba el ejemplo de una biblioteca murada descubierta en Extremadura en 1992.

BARCARROTA COMO SÍMBOLO

Con la totalidad de los libros quemados y el aposento tapiado, finaliza el episodio del escrutinio, unos hechos simbólicos que, al margen del trasfondo de los procesos a Loyola, resultan un tanto sospechosos pues, a pesar de la metáfora inquisitorial del escrutinio, no se ha nombrado ni un solo autor, ni siquiera un libro, de los muchos incluidos como prohibidos en los sucesivos índices de la Inquisición, algo que no cuadra ni con el pensamiento y la ideología transgresora del don Quijote que emerge de la novela, ni con la de su autor, probablemente porque, como hemos dicho, Cervantes utiliza los libros de caballerías, y algunos de poesía, como sinécdoque de los innombrables, de los que debieron quedar enterrados, muchas veces junto a sus dueños, en el aposento imaginario de una España sepulta.

Debe tenerse en cuenta que la ampliación sucesiva del número de libros prohibidos de los diversos Índices debió generar una duda permanente sobre la legalidad de la más mínima biblioteca, lo cual provocaba una profunda inseguridad, e incluso aversión, a un objeto transformable en potencial delator y acusador de un delito penado incluso con la hoguera.

Sirva de ejemplo de ese obsesivo hostigamiento a los libros, así como de la heroica lucha de quienes arriesgaron la vida por su salvación, el fortuito descubrimiento (agosto de 1992) de un significativo grupo de libros emparedados que, en cierto sentido, siguieron, en esa época, la misma trayectoria que los supuestos e innominados libros de Alonso Quijano.

Me refiero a la Biblioteca de Barcarrota, nombre con el que “se conoce el conjunto de los diez libros impresos y un manuscrito del siglo XVI hallado emparedado” por “el albañil Antonio Pérez”¹⁰⁶⁹ en esa población de la provincia de Badajoz durante las obras de reforma de una vivienda.

“Los libros encontrados pueden situarse en un arco temporal que va desde 1525 a 1554 y tienen en común su carácter heterodoxo, su condición de textos comprometedores por sus contenidos o por su autoría, y son obras mayoritariamente incluidas en los índices inquisitoriales de libros prohibidos en la época”¹⁰⁷⁰.

A nivel bibliográfico las obras más importantes son: una edición desconocida del *Lazarillo de Tormes*, “un manuscrito italiano de contenido sexual, un pequeño tratadito de exorcismos, un ejemplar único de la *Oración de la Emparedada* en portugués, una edición latina de la *Lingua* de Erasmo” y un tratado de quiromancia. Una “mínima y selecta biblioteca secreta durante siglos, cuyo denominador común, como ha señalado Elisa Ruiz, es el tratamiento de una temática de signo transgresor”¹⁰⁷¹.

Según Pérez-Serrano, cada uno de los libros encontrados contiene ciertos rasgos que, en conjunto, dibujan un claro <<perfil ideológico>>.

“El primero y más evidente de estos rasgos (que unifica a todo el conjunto bibliográfico, dentro de su acusada heterogeneidad temática) es el de la heterodoxia doctrinal. La presencia del elemento hebraico y del humanismo erasmista, junto a tratados de quiromancia y a un manuscrito de contenido obsceno, explican sobradamente los motivos que indujeron a tan eficaz ocultamiento.

El hecho de que casi toda esa temática se halle incluida en el catálogo de libros prohibidos mandado publicar en agosto de 1559 por el inquisidor general Valdés, nos

¹⁰⁶⁹ Rioyo.

¹⁰⁷⁰ Lama.

¹⁰⁷¹ Lama.

permite suponer que esa “biblioteca” fue apresuradamente abandonada por parte de alguien que no pudo o no quiso recuperarla: quizá un lector ávido de todo género de lecturas heterodoxas que vio abruptamente concluida su existencia, o tal vez un colector de libros prohibidos de procedencia diversa, que creyó poder sustraerlos a las pesquisas que periódicamente giraban los tribunales de la Inquisición y al final terminó llevándose su secreto a la tumba [...] nos encontraríamos ante un sujeto dotado de un don de lenguas considerable (hay textos en italiano, portugués, latín, hebreo, francés, etc.), bien conectado con el exterior y con un amplio espectro de intereses culturales [...] es difícil de imaginar a un lector de semejantes libros aislado en la villa de Barcarrota, sin ninguna clase de comercio intelectual con otros sujetos afines. Todas estas desviaciones doctrinales nos hacen pensar en una minoría desafecta –cuando no hostil– a todos los valores y creencias dominantes, dotada de un grado notable de cultura y de posibilidades económicas, capaz de tejer una red de contactos familiares o comerciales con otros países. Esa minoría muy bien podría ser en este caso la de los judeoconversos. [...] Si pasamos ahora a considerar el ingrediente esotérico de la biblioteca, tampoco es difícil encontrar vinculaciones con un sustrato cultural hebreo. Ciertamente, los dos tratados quirománticos de Mantuano, que figuran en ella pretenden ser de procedencia aristotélica, pero no podemos olvidar la vinculación de estas prácticas y creencia con la cábala judía. Es bien conocida, por otra parte, la propensión de los criptojudíos a precipitarse por todos los vericuetos del esoterismo, tendencia común en las situaciones individuales o colectivas de anomia e indefinición cultural que se explica por una intensa búsqueda de atajos que conduzcan a la verdad, al bien o a la virtud [...] El mundo de los conversos llenos de contradicciones, de inseguridades, propenso al secretismo, y a la soteriología, era una atmósfera propicia en la que prendía y prosperaba lo supersticioso y hechiceril [...] algunos miembros de esta minoría étnico-religiosa sintieron también, con particular efusión, los vértigos del espíritu y de la carne que apuntan, aquí y allá en otros títulos, de esta singular y casi novelesca biblioteca”¹⁰⁷². Como los originales completos de las anteriores citas se encuentran en la red, me he permitido utilizar el cortar y pegar (pido disculpa a los autores) para elaborar una mancha genérica de un hallazgo que, en mi opinión, conecta abiertamente con el propósito subyacente de los dos capítulos de la novela dedicados a la biblioteca de Alonso Quijano, también metafóricamente tapiada por Cervantes en estos dos capítulos en los que solo hemos podido contemplar los títulos permitidos por los censores. En definitiva, si los capítulos dedicados al escrutinio se abrieron con la espectacular imagen del humo de dos enormes hogueras cubriendo de lado a lado los límites de España, ahora podríamos cerrarlos con la mayúscula sorpresa del albañil Antonio Pérez al aspirar, en 1992, la bocanada de aire enrarecido que escapó del hueco abierto en la pared al primer golpe de pico. Entre una y otra imagen pueden ambientarse estos dos capítulos en los que Cervantes pone al descubierto, tras apariencias jocosas y distendidas, la espantosa experiencia de una sociedad amedrentada, estigmatizada y sometida sistemáticamente a torturas, ejecuciones y todo tipo de atropellos extrajudiciales. Una dramática existencia que también podría sintetizarse con otras dos imágenes de la biblioteca de Barcarrota, la del albañil Antonio Pérez realizando su trabajo libre, sosegado y a plena luz del día, y la del anónimo constructor, probablemente el mismo dueño o sus herederos, levantando aterrorizados, y a oscuras, el preciso y disimulado tabique que debía ocultar de por vida el apreciado y comprometido legado.

¹⁰⁷² Pérez-Serrano 1996.

PUERTA-BOCA CERRADA

La idea de la biblioteca tapiada debe entenderse, también, como metáfora de la sentencia contra Loyola en Alcalá donde, aunque no hubo condena, se le prohibió predicar (“no hablasen de cosas de la fe dentro de 4 años que hubiesen más estudiado”), resolución expresada, tanto en el Relato como en la Vida, con el símbolo de la puerta

-Con esta sentencia estuvo un poco dudoso lo que haría, porque parece que le tapaban la puerta para aprovechar a las ánimas(R, 63)

-Mas después que el padre advirtió que con la tercera parte desta sentencia se cerraba la puerta para tratar del aprovechamiento del prójimo, no dejó de poner duda en la ejecución Della.

Igualmente, en Salamanca se le prohíbe predicar y el Relato repite el mismo símbolo

Y hallaba dificultad grande de estar en Salamanca; porque para aprovechar las ánimas le parecía tener cerrada la puerta con esta prohibición de no definir de pecado mortal y de venial . (R, 70)

Además de la puerta cerrada como metáfora de la prohibición, en los tres textos se utilizan verbos sinónimos (tapar, cerrar, murar y tapiar) y con significados represores. Especialmente análogas resultan las frases “para aprovechar las ánimas le parecía **tener cerrada la puerta**” / “Llegaba adonde solía **tener la puerta**”; en ambos casos se transmite una misma idea de frustración, de impotencia ante “la puerta” cerrando el camino de la libertad intelectual

RELATO	VIDA	QUIJOTE
-le <u>tapaban la puerta</u> para aprovechar a las ánimas -parecía tener cerrada la puerta	<i>se cerraba <u>la puerta</u></i>	le <u>murasen y tapiasen el aposento</u> [...] adonde solía tener la puerta

También coinciden los ‘tribunales’ de Loyola y don Quijote en que ninguno explica las verdaderas razones, los fundamentos de derecho de las respectivas sentencias. Al primero se le prohíbe predicar (“no le dando causa ninguna”) y Loyola recoge con precisión en el Relato la irregularidad procesal. Por eso a don Quijote tampoco se le explican las verdaderas razones de la desaparición de su biblioteca, aunque el narrador aporta un irónico aforismo (“quizá quitando la causa cesaría el efeto”) válido para ambos casos, pues los inquisidores también debieron pensar que quitándole a Loyola la posibilidad de predicar, cesarían los problemas generados por su doctrina.

Después de esta segunda retención, metáfora de la segunda prisión de Loyola en Salamanca, don Quijote, que ha permanecido exactamente dos días en cama, se levanta (“De allí a dos días se levantó”). ¿Se alude con la expresión “De allí a dos días” a los veintidós días de prisión (“Y a los 22 días que estaban presos les llamaron a oír la sentencia”) especificados en el Relato?

Al no encontrar la puerta, don Quijote mira y remira “sin decir palabra”, silencio que refleja el miedo de una sociedad temerosa de mostrar interés por sus propios libros y de que su misma familia le delate pues, según añade el narrador, el cura y el barbero han aleccionado al ama y a la sobrina para que respondan adecuadamente según la estrategia urdida (“dijesen que un encantador se los había llevado”), otro gesto simbólico, inspirado en el pacto que, según el Relato, los dominicos hicieron con los jueces (“negociaron, según parece, con los jueces”), instruidos previamente, igual que el ama, para actuar y responder de determinada manera, como se vuelve a confirmar enseguida: “El ama, que ya estaba bien advertida de lo que había de responder”.

Pero ¿qué responde la aleccionada señora a la pregunta (“hacia qué parte estaba el aposento”) del turbado y desconcertado caballero?

-¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

De nuevo los estratos semánticos de la popular respuesta se superponen, porque la primera lectura, la evidente, ya exige un grado de complicidad, una implicación en el engaño que encierra la frase hecha “todo se lo llevó el mismo diablo”, porque sabemos que no es el diablo quien se ha llevado los libros, sino ella y sus compañeros, representantes, en el lenguaje profundo, de la Inquisición que, indirectamente, está siendo sutilmente comparada con “el mismo diablo”. Gracias a la ambivalencia y la magia del lenguaje popular, Cervantes, igual que antes hiciera con el refrán “pagan a las veces justos por pecadores”, logra decir a los inquisidores lo que nadie se atrevería, que ellos son, realmente, “el mismo diablo”.

Como apunta López Landeira, los actores del escrutinio se han ocultado tras la mentira al echarle la culpa de la desaparición de la biblioteca “a un sabio encantador. Irónicamente nos percatamos de que el único encantador que ha obrado aquí es el propio Cura [...] encantador que muchas veces semejará el de un director teatral que todo lo dispone y a todos dirige [...] Al no ser el Cura únicamente el pastor de almas de su aldea, sino asimismo una autoridad social, don Quijote no representa para él solo la oveja descarriada, sino también un rebelde [...] Don Quijote ha movido demasiada guerra en una aldea y sus contornos donde la inactividad ha tenido sede a lo largo de los años. La fama incipiente del Hidalgo todo lo trastoca, desde el anquilosamiento de la aldea hasta el orden natural de la sociedad rural. Ambos dislocamientos son intolerables para el eclesiástico, acostumbrado a gobernar desde su bivalente trono: el púlpito y el confesionario.”¹⁰⁷³

APOSENTOS Y HUMOS

Pero volvamos a escuchar la versión del ama y, acto seguido, la de la sobrina, más acorde con las fantasías caballerescas de su tío

-¿Qué aposento o qué nada busca vuestra merced? Ya no hay aposento ni libros en esta casa, porque todo se lo llevó el mismo diablo.

-No era el diablo -replicó la sobrina-, sino un encantador que vino sobre una nube una noche, después del día que vuestra merced de aquí se partió, y apeándose de una sierpe en que venía caballero, entró en el aposento, y no sé lo que se hizo dentro, que a cabo de poca pieza salió volando por el tejado y dejó la casa llena de humo; y **cuando** acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni **aposento** alguno; solo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y **aposento** dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería. Dijo también que se llamaba el sabio Muñatón.

-Frestón diría -dijo don Quijote.

-No sé -respondió el ama- si se llamaba Frestón o Fritón, solo sé que acabó en tón su nombre”

Como muy agudamente precisa Clemencín, entre “la primera salida de Don Quijote y su vuelta no medió mas que una noche, que fue la de la vela de las armas y batalla con los arrieros en la venta; y así la Sobrina no debió decir *una noche*, como si hubieran pasado muchas, sino *la noche*.”¹⁰⁷⁴ De nuevo otro fallo de precisión, en este caso temporal,

¹⁰⁷³ López Landeira 1973: 118-122.

¹⁰⁷⁴ Clemencín 1833.

permite la asociación simbólica del tiempo de la novela con el mucho tiempo transcurrido entre la salida de Loyola de su casa y el momento del proceso de Salamanca.

Además del sutil dato temporal, la sobrina, que al parecer jamás ha leído libros de caballerías, se inventa una historia que “coincide con situaciones del *Amadís de Gaula*”¹⁰⁷⁵ y del *Belianís*, y que con la serpiente y el humo evoca, según la crítica, señales “de aparición o desaparición demoníaca”¹⁰⁷⁶, fórmula con la que Cervantes vuelve a poner en evidencia “la ingenua fe con la que se creía en monstruos y maravillas.”¹⁰⁷⁷

Sabemos que la fantástica historia vuelve a ser una piadosa mentira ambientada en la salsa caballescaca de la delirante imaginación de don Quijote e inventada por la sobrina con el caritativo propósito de ayudarle. Claro que no es inventada, sino casi copiada de los libros de caballerías donde, como apunta Clemencín, se encuentran abundantes ejemplos¹⁰⁷⁸.

Sin embargo, aparecen en el texto una serie de detalles que conectan muy sutilmente la quimérica y “demoníaca” mentira fraguada por el grupo, con el no menos fantasmagórico milagro del ‘terremoto del aposento’, inventado por Ribadeneyra para engañar, también con mucho apoyo, a sus lectores.

Recordemos, aunque ya se comentó ampliamente en el capítulo primero, lo ocurrido a Iñigo, antes de ser Loyola, encontrándose en su aposento aun convaleciente de las heridas de Pamplona

*Con esta resolución y determinada voluntad se levantó **una noche** de la cama (como muchas veces solía) a hacer oración y ofrecerse al Señor en suave y perpetuo sacrificio, acabadas ya las luchas y dudas congojosas de su corazón. Y estando puesto de rodillas delante de una imagen de Nuestra Señora, y ofreciéndose con humilde y fervorosa confianza, por medio de la gloriosa Madre, al piadoso y amoroso Hijo por soldado y siervo fiel, y prometiéndole de seguir su estandarte real y dar de coces al mundo, se sintió en toda la casa un estallido muy grande, y el aposento en que estaba tembló. Y parece que así como el Señor con el terremoto del lugar donde estaban juntos los sagrados Apóstoles, **cuando** hicieron oración, y con el temblor de la cárcel en que estaban aherrojados san Pablo y Silas, quiso dar a entender la fuerza y poder de sus siervos, y que había oído la oración de ellos; así, con otro semejante estallido del aposento en que estaba su siervo Ignacio, manifestó cuán agradable y acepta le era aquella oración y ofrenda que hacía de sí. O, por ventura, el demonio ya vencido huyó, y dio señales de su enojo y crueldad, como leemos de otros santos.*

Comparemos la esencia del engaño transmitido por la sobrina con la delirante invención de la Vida pues, en las dos narraciones, encontramos varios elementos comunes que avalan la intencionalidad paródica de Cervantes.

En ambos se recogen sucesos ‘paranormales’ ocurridos de noche y en un ‘aposento’ concreto de los domicilios de Iñigo y Quijana. Según la Vida, el fenómeno paranormal-

¹⁰⁷⁵ Cervantes 1998: 19: 90.

¹⁰⁷⁶ Cervantes 1998: 19: 90.

¹⁰⁷⁷ Rabelais 2011: 43.

¹⁰⁷⁸ “Estando Amadís con otros Reyes y Reinas a orilla del mar en la Ínsula firme, *vieron venir un humo por el agua, el más negro y espantable que nunca vieran [...]* En la historia de D. Belianís se cuenta, que deshecho el encanto de la Infanta Gradafilea, que había durado trece años, *vieron salir al león, que no lo vieron más en la cuadra, y en todo el castillo quedó tanto humo y tan espeso, que duró gran pieza; que poco ni mucho con él podían ver*. La maga Cirfea, hermana del Gran Soldán de Babilonia, Reina y señora de la ínsula de Argines, había sido la autora del encanto.” Clemencín 1833.

fantástico fue un estallido muy grande que se sintió en toda la casa, y un inmediato temblor, una especie de estruendoso terremoto focalizado en un punto de la vivienda y sentido en toda la casa. Esta información la asocia inmediatamente Ribadeneyra con dos fenómenos casi idénticos narrados en el Nuevo Testamento, por lo que concluye que, dada la similitud con los estallidos bíblicos, el ocurrido en casa de Iñigo fue una clara muestra de la satisfacción de dios por la oración de Iñigo. Aunque, como coda final, añade otra posible y no menos fantasiosa interpretación del suceso, que pudo ser, en vez de una forma expresiva del júbilo de dios, la manera soberbia y estruendosa del demonio de mostrar, mientras huye dando voces, su cabreo al comprobar cómo se le escapaba otro cliente (“*como leemos de otros santos*”), coda final con la que se vincula el suceso achacado a Iñigo con otros importantes precedentes en la literatura religiosa.

Volvamos de nuevo a la novela. La primera y simplificada versión del ama es que el aposento de los libros “se lo llevó el mismo diablo”, de forma que, empleando una especie de recurso quiasmático, el ama comienza donde la Vida finaliza, haciendo protagonista del extraordinario suceso a Belcebú. Pero a esa opción del ama, después, como en la Vida, se opone la sobrina con otra versión en la que el rapto del aposento se le atribuye, no al diablo, sino a un encantador que vino “sobre una nube” y montado en “una sierpe”, dos elementos asociados tradicionalmente a la iconografía del cristianismo.

La nube como símbolo de lo etéreo, de la espiritualidad reinante en las regiones celestes; la serpiente, como “consecuencia de ser la tentadora en el Paraíso, tiene carácter de animal maligno, muchas veces símbolo del demonio”¹⁰⁷⁹. Ambas, nubes y serpientes, aparecen, por ejemplo, en las representaciones pictóricas de la Inmaculada Concepción, afianzada siempre sobre una nube y aplastando con los pies la cabeza de la serpiente.

Si a eso le unimos el humo de los incensarios, o las luces miríficas de las pinturas al uso, resulta que la descripción del encantador realizada por la sobrina se encuentra tan próxima a la literatura religiosa como a la caballeresca, pues en ambos géneros es también usual que los seres divinos, o maléficos, aparezcan y desaparezcan entrando por los tejados, atravesando paredes y dejando los espacios llenos de humo.

Veamos las sorprendentes similitudes en el cuadro de referentes

VIDA	QUIJOTE
<i>una noche</i>	<i>una noche</i>
<i>se sintió en toda la casa un estallido muy grande</i>	-no hay aposento ni libros en esta casa -dejó la casa llena de humo -dejaba hecho el daño en aquella casa
<i>O, por ventura, <u>el demonio</u> ya vencido huyó</i>	No era <u>el diablo</u> -replicó la sobrina-, sino un encantador
<i>-el aposento</i> en que estaba tembló <i>-estallido del aposento</i>	entró en el aposento
<i>demonio ya vencido huyó</i>	<u>salió volando por el tejado</u>
<i>dio señales de su enojo</i>	<u>dijo en altas voces</u>

¿Acaso no sería normal que tras el gran estallido y temblor del aposento donde se encontraba Iñigo se llenara la casa de polvo o humo? O ¿por dónde, sino por el tejado, debió huir “*el demonio ya vencido*” y dando “*señales*” de mosqueo?

¹⁰⁷⁹ Monreal 2000: 547.

En definitiva, Ribadeneira, según él mismo confirma, realiza una adaptación, o remake, de un suceso parecido, y no por ello más cierto, ocurrido a los “*sagrados Apóstoles*” y a “*san Pablo*”, presentando a Loyola como alguien especialmente escogido por dios, como otro apóstol ‘top ten’ de la santidad.

Cervantes, a imitación de Ribadeneira, realiza, aparentemente, una parodia de la literatura caballeresca, aunque permitiendo siempre la posibilidad de sugerir el episodio de la Vida. Todos aceptamos que el indulgente relato de la sobrina es una caritativa estrategia, un invento urdido por el buen Padre Pedro Pérez para encarrilar al desmadrado hidalgo, pero ¿qué pasa con el relato urdido por nuestro buen Padre Pedro de Ribadeneira? Aquí hay tema hasta para eximios teólogos.

Y por si alguien pone en duda la actitud crítica y laicista de Cervantes, relea, por ejemplo, desde esta nueva perspectiva, el burlesco e irreverente diálogo mantenido entre don Quijote, enjaulado, y Sancho mientras se dirigen a la aldea (QI, 47). Al margen de sutiles y burlescas alusiones a los esperpénticos y diabólicos miedos con que los eclesiásticos aterrorizaban continuamente a la gente, aparece allí un “carro de fuego” que, además de un claro referente a la literatura caballeresca, también puede asociarse con el no menos fantástico episodio bíblico del “carro de fuego con caballos de fuego” (2 Reyes 2:11) en el que el profeta Elías ascendió a los cielos.

TON O FRI

El imaginativo discurso de la sobrina, además de corregir al ama negando la presencia del diablo, encauza de nuevo el asunto, para satisfacer a su tío, por lo caballeresco, prueba de lo cerca que, a nivel popular, se encontraban ambas ramas literarias y de cómo las dos se nutren de la más pura fantasía. Por eso, tras contar la aventura del encantador sobre la serpiente y la desaparición espontánea de los libros y el aposento, añade otros detalles del suceso

y cuando acordamos a mirar lo que dejaba hecho, no vimos libro ni aposento alguno; solo se nos acuerda muy bien a mí y al ama que al tiempo del partirse aquel mal viejo dijo en altas voces que por enemistad secreta que tenía al dueño de aquellos libros y aposento dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería. Dijo también que se llamaba el sabio Muñatón.

-Frestón diría -dijo don Quijote.

-No sé -respondió el ama- si se llamaba Frestón o Fritón, solo sé que acabó en tón su nombre”

El primer nuevo dato es que el encantador, como suele acontecer en los libros de caballerías, era un “mal viejo” que, además, dando “altas voces” manifestó una “enemistad secreta” con el dueño de los libros y el aposento, razón por la cual “dejaba hecho el daño en aquella casa que después se vería”.

Añade también la sobrina que el encantador dejó dicho su nombre, Muñatón, algo con lo que se muestra en desacuerdo don Quijote pues, en su opinión de experto en la materia, debió decir Frestón. Entonces interviene el ama para rematar la discusión, aunque con su respuesta añade otra nueva posibilidad al nombre del encantador, al dudar de una cosa y al estar muy segura de otra: “No sé -respondió el ama- si se llamaba Frestón o Fritón, solo sé que acabó en tón su nombre”.

Con los datos primeros y la breve diatriba en torno al nombre del encantador, ya estamos en condiciones de recomponer otra de las más jocosas inventivas cervantinas sobre la parodia del proceso a Loyola en Salamanca y, más concretamente, sobre la especial animadversión mostrada, según el Relato, por el bachiller Frías. Recordemos que estando preso en Salamanca

El bachiller Frías les vino a examinar a cada uno por sí, y el peregrino le dio todos sus papeles, que eran los Ejercicios, para que los examinasen. Y preguntándolos si tenían compañeros, dijeron que sí y adonde estaban, y luego fueron allí por mandado del bachiller, y trajeron a la cárcel Cáceres y Artiaga, y dejaron a Juanico, el cual después se hizo fraile [...] El bachiller Frías, que en estas cosas se había mostrado siempre más que los otros, le preguntó también un caso de cánones. Y a todo fue obligado a responder. (R, 67-68)

Hay una evidente acusación de enañamiento, o tirria, del bachiller Frías (“más que los otros”) que podría definirse, utilizando la expresión de la sobrina, como “enemistad secreta”, pues Loyola ignoraba, o calló, las razones de este odio personal.

Pero ¿quién era el tal bachiller?

“El bachiller Martín de Frías, a principios de siglo había regentado la cátedra de Sagrada Escritura, y luego fue titular de la <<de vísperas>> de Teología en Salamanca. De sus oposiciones a esta cátedra escribe el P. Getino: <<El Maestro Frías, que tan antipático papel representó en la ida de San Ignacio de Salamanca, fue otro de los Profesores acreditados de la Universidad. Cuando hizo oposición a la cátedra de vísperas, era tan temible por su ciencia, que el Maestro Peñafiel, dominico, antiguo Profesor y de gran fama, presentado ya a la oposición, se retiró de ella, dejándole completamente libre el campo>>”¹⁰⁸⁰.

También sabemos que en 1527, año del proceso a Loyola en Salamanca, Frías ya no enseñaba en la Universidad “por haber alcanzado su jubilación. Muere el 24 de octubre de 1528”¹⁰⁸¹.

Con esos datos puede establecerse una relación simbólica entre el bachiller Frías y el encantador Frestón, o Fritón. En primer lugar los dos son ‘viejos’; Frías, jubilado ya de la cátedra, tendría alrededor de setenta años, y Fritón porque lo dice la sobrina, que le califica, además, de ‘malo’ (‘mal viejo’), es decir, poco bondadoso y con manifiesta enemistad hacia don Quijote, la misma acusación recordada por Loyola en el Relato (“se había mostrado siempre más que los otros”) y cautelosamente omitida en la Vida. Pero, además de ‘mal viejo’, la sobrina presenta al encantador como iracundo, colérico, dando voces (“dijo en altas voces”) y haciendo “daño”, un retrato muy próximo al de ese bachiller Frías que persigue a Loyola con saña y tan “temible por su ciencia” que provoca la retirada de los contrincantes.

Tal vez por eso, y por las cátedras que regentó Frías (“Sagrada Escritura” y, luego, “titular de la <<de vísperas>> de Teología”), la sobrina llama al encantador “el sabio Muñatón”.

A todo ello solo falta añadir el referente anagramático, las sugerentes correcciones realizadas por unos personajes cuyas dudas resultan un divertido juego encaminado a sugerir el nombre del inquisidor que, como a don Quijote, tuvo ojeriza a Loyola, es decir, Frías, de quien se conserva, en contra de lo que dice el ama, no el “tón”, sino el ‘Fri’: **Frías-Fritón**.

Así es -dijo don Quijote-, que ese es un sabio encantador, grande enemigo mío, que me tiene ojeriza, porque sabe por sus artes y letras que tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar, y por esto procura hacerme todos los sinsabores que puede; y mándole yo que mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado.

No sin ironía, don Quijote vuelve a hacer referencia a la ‘sabiduría’ del catedrático acosador de Loyola (“sabio encantador, grande enemigo mío”) empleando una palabra,

¹⁰⁸⁰ Loyola 1947: 13: 293.

¹⁰⁸¹ Bataillon 1979: 6: 242.

“ojeriza”, que remite a otro ya conocido fragmento de la Vida en el que Ribadeneyra, para negar la influencia de Erasmo en la vida y doctrina de Loyola, una de las razones por las que fue acosado por Frías, se inventa una especie de rechazo intuitivo (de “mala voluntad”¹⁰⁸² contra Erasmo) tan absurdo como falso

*Y como echase de ver esto algunas veces, a la fin echó el libro de sí, y cobró con él y con las demás obras deste autor tan **grande ojeriza** y aborrecimiento, que después jamás quiso leerlas él, ni consintió que en nuestra Compañía se leyesen sino con mucho delecto y mucha cautela. (Vida I, XIII)*

Además del hostigamiento, señalado con la gran enemistad y ojeriza en la que ha insistido don Quijote, el trasfondo paródico del bachiller Frías aparece de nuevo reforzado por otro dato de la sobrina (“sabe por sus artes y letras”) con el que no solo se humaniza al supuesto fantástico personaje, sino que se le encuadra definitivamente en una especialización profesional (“artes y letras”) análoga a la de Frías que, como hemos visto, fue catedrático de “Sagrada Escritura” y “Teología”.

Por otro lado, la respuesta de don Quijote vuelve a ser profética, habla de un futuro incierto (“**andando los tiempos**”) en el que se enfrentará contra alguien a quien Frestón, o Frías, favorece: “tengo de venir, andando los tiempos, a pelear en singular batalla con un caballero a quien él favorece y le tengo de vencer sin que él lo pueda estorbar”.

Vuelve a mostrarse con la certeza de quien ha regresado del futuro, de quien está librando una batalla de la que ya conoce el final, el triunfo de Loyola sobre sus adversarios, la confirmación y reconocimiento oficial de la Orden realizada en 1540 por el papa Paulo III y vuelta a confirmar en 1550 por su sucesor Julio III, tal como queda recogido en la Vida

*El dicho Paulo III nuestro antecesor, para que se conservase en estos compañeros, y otros que quisiesen seguir su instituto el vínculo de la caridad, y la unión y paz, les aprobó, confirmó y bendijo su instituto, contenido en cierta forma y manera de vida que ellos hicieron, conforme a la verdad Evangélica, y a las determinaciones de los santos Padres, y recibió debajo de su protección, y amparo de la Sede Apostólica los mismos compañeros, cuyo número no quiso por entonces que pasase de sesenta, y les concedió **por sus letras** apostólicas licencia de hacer Constituciones, y cualesquier estatutos, para la conservación y buen progreso de la Compañía confirmada. Y como después andando el tiempo, favoreciéndolos el Espíritu santo entendiese el dicho nuestro predecesor, que el fruto espiritual de las almas iba creciendo, y que ya muchos que deseaban seguir este instituto, estudiaban en París, y en otras universidades y estudios generales [...] como lo **ordenan** las constituciones de la Compañía” (Vida III, XXI)*

Casi toda la enigmática intervención de don Quijote es una especie de extracto, no de este fragmento, sino de la bula completa traducida por Ribadeneyra e incluida en la Vida para callar, de una vez por todas, a los muchos hostigadores que, sobre todo en España, seguían cuestionando la legalidad de una orden a la que, desde posiciones fundamentalistas, acusaban de haber sido fundada por un hereje. La segunda confirmación supuso, pues, como viene a decir don Quijote, la derrota final de quienes, como Frías y sus seguidores, se opusieron a las intenciones de Loyola.

La profética intervención de don Quijote es, en definitiva, un juego verbal a base de alusiones y referentes a dicha bula. Cuando, por ejemplo, dice que el sabio Frestón “sabe **por sus artes y letras** que tengo de venir”, está ironizando sobre la expresión “*les concedió **por sus letras** apostólicas licencia de hacer constituciones*”, pues Frestón,

¹⁰⁸² Covarrubias 1993.

trasunto de Frías o sus sucesores, no tendría más remedio, al margen de que ya estuviera muerto, que conocer, por sus estudios y ocupaciones, la bula futura del papa con la que, al confirmar a la Compañía, el bachiller queda simbólicamente derrotado en sus persecuciones contra Loyola. Lo mismo ocurre con las restantes coincidencias, todas pertenecientes, como se aprecia en el siguiente cuadro, al mismo texto de la Vida

<i>VIDA</i>	<i>QUIJOTE</i>
<u>por sus letras</u>	<u>por sus artes y letras</u>
después <u>andando el tiempo</u>	<u>andando los tiempos</u>
<u>favoreciéndolos</u>	a quien él <u>favorece</u>
<u>ordenan las constituciones</u>	<u>por el cielo está ordenado</u>

Con el mismo sentido, don Quijote asegura a Frestón que “mal podrá él contradecir ni evitar lo que por el cielo está ordenado”, sutil referencia al poder de las Constituciones de la Compañía (de inspiración divina), a la bula del papa y, al mismo tiempo, a la especial protección, al favor que dios otorgaba permanentemente a Loyola

Salió con determinación de irse a la universidad de París, a donde Dios le guiaba para favorecerle, como le favoreció. (Vida I, XVI)

La seguridad de Loyola en sí mismo y en sus objetivos, también se trasluce en el coloquio entre don Quijote y su sobrina

-¿Quién duda de eso? –dijo la sobrina-. Pero ¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias? ¿No será mejor estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo a buscar pan de trastrigo, sin considerar que muchos van por lana y vuelven tresquilados?

-¡Oh sobrina mía –respondió don Quijote-, y cuán mal que estás en la cuenta! Primero que a mí me tresquilen tendré peladas y quitadas las barbas a cuantos imaginaren tocarme en la punta de un solo cabello.

No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le **encendía la cólera.**

Hay en la advertencia de la sobrina una subversión jerárquica, un quebrantamiento de la costumbre, en cuanto ella, mucho más joven, se comporta como persona madura y sensata advirtiendo y aconsejando a su tío sobre el problema de sacar los pies del plato, de comportarse, a su edad, de manera muy distinta a como los demás lo hacen.

Tanto el reproche (“¿quién le mete a vuestra merced, señor tío, en esas pendencias?”) como el consejo (“estarse pacífico en su casa, y no irse por el mundo”) cuadran a la perfección con la realidad de un Loyola ‘pendenciero’, de una persona civil predicando y comprometiendo con su ejemplo el comportamiento de los eclesiásticos en unos momentos en los que solo hablar de religión suponía un alto riesgo.

Ella ha utilizado un refrán que “alude a la costumbre de raparles la cabeza a los delincuentes como parte de su castigo, lo cual evoca la posibilidad de una eventual intervención del Estado para refrenar la actividad de don Quijote.”¹⁰⁸³ ¿No fue eso lo que le ocurrió a Loyola? ¿No anduvo por el mundo mendigando, buscando pan, y metiéndose en berenjenales, como en Alcalá, Salamanca o París, de los que salió trasquilado?

Tal es el trasfondo, el objetivo de unos coloquiales y enigmáticos reproches que don Quijote comprende perfectamente, según se deduce de su altanera respuesta, de la fe en sí mismo que demuestra, similar a la absoluta confianza de Loyola en la protección divina, en el favor permanente que dios, según Ribadeneyra, le otorga a él y a sus

¹⁰⁸³ Iffland 1999: 189.

seguidores: “*Porque sabía bien el cuidado que Dios tenía dél, y que sin su voluntad no cae un cabello de la cabeza, porque él los tiene todos contados a sus escogidos*”.

Es un recurso hiperbólico y determinista, pura retórica utilizada por Ribadeneira, constantemente y con diversas variantes, para defender la idea de un dios omnisciente y omnipresente en los más mínimos detalles de la vida. Y si dios tasa y controla cada una de las hojas de los árboles y cada uno de nuestros cabellos, ¿cómo no va a dedicar especial atención a los fundadores de órdenes religiosas? De ahí la rotunda seguridad de don Quijote en que nadie puede llegar a tocarle, a dañarle pues, como Loyola, cuenta con permanente protección divina en cada uno de sus actos.

A modo de nota, añade también el narrador una breve observación con la que vuelve a recordarse el temperamento inestable del caballero, capaz de pasar de una apacible charla, a un estado de cólera en cuanto se le contradice (“No quisieron las dos replicarle más, porque vieron que se le encendía la **cólera**”). El dato se basa, como vimos, en quiméricas apreciaciones de Ribadeneira, que también caracteriza a Loyola como colérico

con ser muy cálido de complexión y muy colérico [...] era vicioso de la cólera.
(Vida V, V)

Unamuno y otros, basándose, probablemente, en ese fragmento anterior de la Vida, han apuntado también la coincidencia colérica de Loyola y don Quijote: “por temperamento eran semejantes, ambos eran coléricos”¹⁰⁸⁴.

Tampoco debe pasar desapercibida la utilización por el narrador del verbo ‘replicar’ pues, además del significado común de ‘argüir contra la respuesta o argumento’, en derecho significa ‘presentar el actor en juicio ordinario el escrito de réplica’, otra sutileza con la que se evoca el fin de los problemas judiciales sostenidos en Salamanca entre Loyola y la Iglesia.

Por ahora don Quijote permanecerá en una calculada calma, evocadora del transcurso de los días vividos por Loyola, entre Salamanca y París, hasta que encontró compañeros y volvieron los problemas inquisitoriales.

SOSEGADA ESTANCIA

La sentencia de Salamanca, como la de Alcalá, prohibiéndole definir sobre pecado mortal o venial disgustó mucho a Loyola “pues, sin condenarle en ninguna cosa, le cerraban la boca para que no ayudase a los prójimos en lo que pudiese.” Así que, una vez “sacados de la cárcel” y con la ‘puerta cerrada’ para aprovechar a las ánimas, “se determinó de ir a París a estudiar”

Y así se determinó de ir a París a estudiar.

Cuando el peregrino en Barcelona consultaba si estudiaría y cuánto, toda su cosa era si, después que hubiese estudiado, si entraría en religión, o si andaría así por el mundo. Y cuando le venían pensamientos de entrar en religión, luego le venía deseo de entrar en una estragada y poco reformada, habiendo de entrar en religión, para poder más padecer en ella; y también pensando que quizá Dios les ayudaría a ellos; y dábale Dios una grande confianza que sufriría bien todas las afrentas y injurias que le hiciesen.

Pues como a este tiempo de la prisión de Salamanca a él no le faltasen los mismos deseos que tenía de aprovechar a las ánimas, y para el efecto estudiar primero y ajuntar algunos del mismo propósito, y conservar los que tenía; determinado de ir para París, concertose con ellos que ellos esperasen por allí, y que él iría para poder ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar.

¹⁰⁸⁴ García Mateo: 1999: 131.

Muchas personas principales le hicieron grandes instancias que no se fuese, mas nunca lo pudieron acabar con él; antes **15 o 20 días** después de haber salido de la prisión, se partió solo, llevando algunos libros en un asnillo: y llegado a Barcelona, todos los que le conocían le disuadieron la pasada a Francia por las grandes guerras que había, contándole ejemplos muy particulares, hasta decirle que en asadores metían los españoles; mas nunca tuvo ningún modo de temor. (R, 71,72)

Además de la determinación de salir de España, Loyola evoca las dudas sobre su futuro, todavía no tiene claro si desea entrar en una religión poco reformada o seguir adelante con una idea que, al parecer, le bulle en la cabeza (“y también pensando que quizá Dios les ayudaría a ellos; y dábale Dios una grande confianza que sufriría bien todas las afrentas y injurias que le hiciesen.”). Anda “pensando” en la futura Compañía, en formar una ‘nueva religión’ con los compañeros ya existentes y con los nuevos que esperaba encontrar en la capital francesa. Sabía que era una empresa difícil, pero “dábale Dios una grande confianza”.

Todas esas meditaciones recogidas en el Relato deben situarse, tras la inmediata salida de la cárcel, en Salamanca, donde permaneció “15 o 20 días”, conversando con sus compañeros y ‘muchas personas principales’, antes de tomar el camino hacia París vía Barcelona.

Con esa información y teniendo muy en cuenta los “**15 o 20 días**” que se demora en Salamanca charlando, sosegadamente, con amigos y compañeros, volvamos a escuchar al narrador informando sobre las actividades de don Quijote tras el largo sueño con el que, al parecer, se ha repuesto de los males del apaleamiento

Es, pues, el caso que él estuvo **quince días** en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos; en los cuales días pasó graciosísimos cuentos con sus dos compadres el cura y el barbero, sobre que él decía que la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes y de que en él se resucitase la caballería andantesca. El cura algunas veces le contradecía y otras concedía, porque si no guardaba este **artificio** no había poder averiguarse con él.

Los precisos “quince días” de permanencia en casa actúan como un rotundo referente con el que Cervantes nos sitúa al inicio del fin de la parodia de los sucesos de Salamanca y de todo el capítulo VII del Relato

RELATO	QUIJOTE
15 o 20 días después de haber salido de la prisión, se partió solo	estuvo quince días en casa

Hemos visto a Loyola, durante ese tiempo, planificando una estrategia para el futuro de sus compañeros y, también, conversando con muchas personas principales, de forma que tanto el tiempo exacto transcurrido, como las actividades, coinciden, en lo esencial, con las ocupaciones de don Quijote pues, según el narrador, se dedicó a charlar ‘sosegadamente’ con familiares y amigos (“en casa muy sosegado, sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos”)

De nuevo el narrador vuelve a dar muestras de extraordinaria sutileza en sus apreciaciones pues, tal sosiego, tal tregua a “sus primeros devaneos”, a sus delirios caballerescos, no es otra cosa que la respuesta paródica de Cervantes a la prohibición de predicar, de definir sobre pecado mortal o venial, impuesta a Loyola por la sentencia mientras permaneciera en la jurisdicción de Salamanca.

Pero además del trasfondo, de la razón de ser de ese sosiego que impide a don Quijote volver por sus desatinos caballerescos, en correspondencia con el impedimento que priva a Loyola a volver por los suyos, Cervantes aprovecha otro dato, aportado por Ribadeneyra, para añadir un nuevo detalle al propósito de imitación perfecta: ambos protagonistas aparecen en sus respectivas biografías, primero, según vimos, como coléricos, ahora como muy sosegados

VIDA	QUIJOTE
<i>Pero nuestro Padre no era hombre que se espantaba con voces ni con amenazas; y así sin turbarse punto, se <u>estuvo muy sosegado</u> (Vida V, IV)</i>	Es, pues, el caso que él <u>estuvo quince días en casa muy sosegado</u> , sin dar muestras de querer segundar sus primeros devaneos

En definitiva, durante los 15 días posteriores a la salida de prisión, Loyola, aunque debe mantener a raya sus intenciones doctrinales, conversa con “personas principales” que tratan de impedir su marcha, prácticamente lo mismo que, por mimesis, realiza don Quijote que, ahora, tras los quince días posteriores al profundo sueño que le mantuvo inhabilitado, se dedica a conversar con “el cura y el barbero” sin exhibir, como Loyola, delirios caballerescos.

Pero ¿sobre qué habla con sus amigos? Hablan, según el narrador, de la necesidad de que en el mundo resucite la comprometida “caballería andantesca”, símbolo del deseo de Loyola de entrar en una religión “estragada y poco reformada [...] para poder más padecer en ella”.

Comparemos los dos fragmentos donde se contienen las respectivas ideas

RELATO	QUIJOTE
si entraría en religión, o si andar ía así por el mundo [...] entrar en una estragada y poco reformada [...] para poder más padecer en ella	él decía que <u>la cosa de que más necesidad tenía el mundo era de caballeros andantes</u> y de que en él se resucitase la caballería andantesca

El “mundo” sirve como referente del idealismo utópico y mesiánico que incita a la acción de los caballeros, ambos convencidos de gozar de una especial protección divina: a Loyola “dábale Dios una grande confianza que sufiría bien todas las afrentas y injurias que le hiciesen”, prácticamente lo mismo que, simbólicamente, don Quijote resumió más arriba con la metáfora de los cabellos. Nótese, igualmente, la insistencia del narrador de la novela en repetir vocablos con la misma raíz del verbo ‘andar’ (andantes, andantesca), también presente en el Relato y ligado a la idea del urgente apostolado universal sutilmente propuesto por don Quijote (“la cosa de que más **necesidad** tenía el **mundo** era de caballeros andantes”) en respuesta a otro planteamiento de Ribadeneyra según el cual dios envió a Ignacio al mundo para que, como caballero religioso a lo divino, defendiese y amparase “a su Iglesia” en el momento de mayor necesidad

Pues hemos llegado a este punto y visto la institución y confirmación de la Compañía creo que será acertado que escudriñemos algo del acuerdo e intento que Dios nuestro Señor tuvo en esta fundación y confirmación, y el consejo y particular providencia con que envió al padre Ignacio al mundo para que, como ministro fiel, sirviese a su Iglesia y le diese hijos y soldados que la defendiesen y amparasen. Para entender esto mejor, será razón que consideremos el estado en que ella estaba al tiempo que el padre nació y vivió, porque dél sacaremos la

necesidad que había deste socorro divino y rastreamos algo de los propósitos e intentos del Señor. (Vida II, XVIII)

En la Vida encontramos otros muchos fragmentos en los que se insiste machaconamente en la necesidad del mundo de nuevas religiones como la Compañía, de defensores armados contra la herejía y el acoso permanente en el que vivía la Iglesia católica. Por eso, la idea de la necesidad de la caballería andantesca es un tema abordado una y otra vez por los distintos personajes de la novela.

Finaliza el fragmento del narrador hablándonos sobre la estrategia del cura para “averiguarse”

algunas veces le contradecía y otras concedía, porque si no guardaba este artificio no había poder averiguarse con él.

El cura se comporta de forma muy parecida a como los dominicos de Salamanca hicieron con Loyola, mostrando, cínicamente, una afabilidad con la que solo pretendían sonsacarle

-Y el vicario entonces, poniéndole la mano en el hombro con muestra de alegría, le dijo: << Esta era la causa porque sois aquí venido >>.

-y el superior con buna afabilidad empezó a decir cuán buenas nuevas tenían de su vida y costumbres, que andaban predicando a la postólica; y que holgarían de saber destas cosas más particularmente. (R,64).

El adulador comportamiento del cura, que ya no simboliza al arzobispo Turpín, sino al representante de la Iglesia procurando conocer las intenciones de Loyola para "poder averiguarse", responde a dicha artificiosa intencionalidad.

Con esas triquiñuelas usadas por el cura (único encantador, según Landeira, y director teatral que todo lo dispone y a todos dirige), finaliza la inactividad de don Quijote y la parodia de los procesos seguidos a Loyola en Alcalá y Salamanca, que libre de prisiones pero con la misma prohibición de predicar, decide cambiar de aires y marcharse a París, donde acuerda encontrarse con algunos de los compañeros que ya tenía: “concertóse con ellos que ellos esperasen por allí, y que él iría para poder ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar”

APARICIÓN DE SANCHO

Tras la imposibilidad de afincarse en Jerusalén para vivir permanentemente en los lugares frecuentados por Cristo, Loyola, como sabemos, cambió de planes y comenzó a estudiar en Barcelona, donde residió poco más de dos años y donde, en contra de sus primeras intenciones de vivir siempre solo, “ya tenía algunos compañeros”¹⁰⁸⁵, concretamente, según los historiadores de la Compañía, cuatro: Calixto de Sa, Juan de Arteaga, Lope de Cáceres y el francés Jean Raynald.

Estos cuatro primeros compañeros vuelven a encontrarse con Loyola en Alcalá y Salamanca

Pues como a este tiempo de la prisión de Salamanca a él no le faltasen los mismos deseos que tenía de aprovechar a las ánimas, y para el efecto estudiar primero y ajuntar algunos del mismo propósito, y conservar los que tenía; determinado de ir para París, concertose con ellos que ellos esperasen por allí, y que él iría para poder ver si podría hallar modo para que ellos pudiesen estudiar.

Aunque se separan en Salamanca con el propósito de volver a reunirse en París, eso nunca llegará a ocurrir. Por diversas razones, los cuatro artífices, junto a Loyola, del embrión de la futura Compañía, nunca llegaron a formar parte de ella.

¹⁰⁸⁵ “se partió solo para Alcalá, aunque ya tenía algunos compañeros, según creo” (R, 56)

En el Relato se les cita por sus nombres y se explica, muy brevemente, sus trayectorias y el posterior distanciamiento de Loyola. En la Vida se menciona a uno.

Como de todo ello volverá a hablarse en su momento, solo insistir en que aquellos cuatro primeros compañeros eran prácticamente analfabetos, según reconoce el propio Loyola durante el proceso de Salamanca

<<Entre todos nosotros el que más ha estudiado soy yo >>, y le dio claramente cuenta de lo poco que había estudiado, y con cuán poco fundamento. (R, 64)

Pues bien, como respuesta al acompañamiento que, según las fuentes, comenzó a requerir Loyola y a esos cuatro seguidores, prácticamente analfabetos, a quienes convence y entusiasma con promesas de gloria y con el reino de los cielos, surge en la novela el personaje de Sancho, para poner fin al solipsismo de don Quijote de la misma manera que los discípulos pusieron fin al de Loyola.

Recordemos que, en el capítulo tres, uno de los consejos dados por el ventero a don Quijote fue que, a imitación de los antiguos caballeros andantes, buscara un escudero como compañero y encargado de la intendencia

tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen **proveídos de dineros y de otras cosas necesarias**

Esta primera sugerencia al personaje de Sancho ya contiene un referente que permite una precoz asociación del escudero con los futuros compañeros de Loyola, pues Ribadeneyra, en el capítulo dedicado a la estancia de Loyola en Salamanca, refiriéndose a “*los muchos que le solían oír*”, dice

*El día siguiente, como se divulgó en la ciudad que eran presos, no faltaron hombres devotos (de los muchos que le solían oír) que los **proveyeron abundantemente de cama y comida y de las otras cosas necesarias**. (Vida I, XV).*

El narrador de la novela ha repetido casi literalmente la frase, aunque sustituyendo la “*cama y comida*” por los “*dineros*”

VIDA	QUIJOTE
<i>los <u>proveyeron abundantemente de cama y comida y de las otras cosas necesarias</u> (Vida I, XV)</i>	fuesen <u>proveídos de dineros y de otras cosas necesarias</u>

Incluyendo este significativo referente en el discurso del narrador, Cervantes sugiere, ya en el capítulo tercero, una asociación de ideas entre los primeros compañeros de Loyola y el escudero propuesto por el ventero para don Quijote, algo que será ampliamente desarrollado desde este momento del capítulo séptimo hasta el final de la novela.

Porque si don Quijote representa, simbólicamente, a Loyola, Sancho es la suma paródica de todos los miembros de la Compañía que le secundan hasta la muerte, aunque también podría entenderse, más extensivamente, como símbolo de todos los hombres de bien que entregaron sus vidas a líderes religiosos, o a sus fundaciones.

Para sincronizar el momento de la novela con los acontecimientos vividos por Loyola entre Salamanca y París, Cervantes busca para don Quijote un escudero que ejerza, metafóricamente, las funciones desempeñadas por los compañeros de Loyola y, al mismo tiempo, siguiendo las pautas narrativas de la novela, ponga en práctica los consejos ‘externos’ del ventero y cumpla con los elementos básicos de la tradición andantesca.

Veamos, pues, la primera información ofrecida por el narrador al respecto

En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera. En resolución, **tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió** que el

pobre villano **se determinó de** salirse con él y servirle de escudero. Decíale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese a **ir con él de buena gana**, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase, en **quítame allá esas pajas**, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador della. Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que **así se llamaba** el labrador, dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino.

Contiene este fragmento importante información en torno al personaje de Sancho y varios referentes a las fuentes.

En primer lugar, la expresión “En este tiempo”, referida a los “quince días” de sosegada estancia de don Quijote anteriormente mencionados, cumple, a su vez, la relevante función de conectar el momento de la aparición de Sancho con el fragmento de la Vida en el que, por primera vez, se habla también de los compañeros con un sentido de comunidad

*Tenía **en este tiempo** Ignacio tres compañeros que, movidos de su ejemplo, se le habían allegado como imitadores de su vida, y otro mozo francés también lo seguía y todos andaban vestidos de la misma manera que él andaba y con el mismo hábito, que era una túnica de sayal, y **así los llamaban** en Alcalá, como por burla, los del sayal (Vida I, XIV)*

Aunque Loyola había convivido en Barcelona con los mismos compañeros, no es hasta el verano de 1526, con la llegada a Alcalá (“*en este tiempo*”), cuando, por primera vez, les menciona Ribadeneyra haciendo vida en común y vistiendo “*todos*” un “*mismo hábito*” que les identifica como grupo, como colectivo con un líder indiscutible.

A esa idea general, a la equiparación del momento celular de la futura Compañía, remite la expresión “En este tiempo” con la que Cervantes asocia aquel primer paso, con el ahora dado por don Quijote para agruparse permanentemente con quien va ser su inseparable socio.

VIDA	RELATO
<i>Tenía en este tiempo Ignacio tres compañeros</i>	En este tiempo solicitó don Quijote a un labrador vecino suyo

Además de la imprecisa expresión temporal que al entrar en relación con las fuentes se transforma, simbólicamente, casi en una fecha histórica, el narrador ofrece también otros datos referidos a la persona escogida por don Quijote: “un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se puede dar al que es pobre), pero de muy poca sal en la mollera”

La descripción genérica de Sancho como “hombre de bien”, “pobre” y, sobre todo, “de muy poca sal en la mollera”, no se corresponde, en opinión de casi toda la crítica, con la idea que, capítulo a capítulo, se irán formando los lectores, básicamente porque Cervantes está definiendo, no al personaje concreto, a un único individuo, sino a una idea global de los primeros discípulos de Loyola: personas ingenuas y sencillas, casi todos analfabetos o ‘pobres villanos’ (habitantes de apartadas zonas rurales, sin trato con la gente, “de condición muy rústicos y desapazibles”¹⁰⁸⁶), que prendados de una idea, subyugados por un líder, abandonan sus intrascendentes y anodinas vidas, y le siguen.

Ese es el concepto que, según vimos más arriba, transmite Loyola sobre sus compañeros durante el interrogatorio al que fue sometido por los dominicos de Alcalá (“el que más ha estudiado soy yo [...] y con cuán poco fundamento”).

¹⁰⁸⁶ Covarrubias 1993.

Los pocos estudios de Loyola (entonces, según Ribadeneyra, no sabía más que leer y escribir) carecían de fundamento, por lo que debe deducirse que sus compañeros eran realmente analfabetos, un detalle que Cervantes traduce, jocosamente, como la “muy poca sal en la mollera”¹⁰⁸⁷ atribuida a Sancho por el narrador.

SALIENDO CON ÉL

Los primeros compañeros son, pues, gente ignorante a quienes Loyola seduce, según Ribadeneyra, gracias a su enorme capacidad persuasiva

*Había **persuadido** nuestro B. Padre a muchos de sus condiscípulos que dejasen las malas compañías y las amistades fundadas más en sensuales deleites que en virtuosos ejercicios. (Vida II, III)*

Tras la desaparición de aquellos primeros compañeros, Loyola comienza a captar en París nuevos discípulos para su ya madurada y decisiva idea de fundar una orden religiosa. Pero ¿cómo lo hace?

Igual que antes, hablándoles (“*los muchos que le solían oír*”) ‘persuadiéndoles’, induciéndoles con razones y promesas a hacer lo que él creía conveniente, la misma forma de captación utilizada por don Quijote

tanto le dijo, tanto le **persuadió** y prometió

Además del verbo ‘persuadir’, lo importante es el contexto, la idea de seducción, de captación con promesas utilizada por ambos narradores. Iffland habla incluso de presión, de un “lavado de cerebro constante”¹⁰⁸⁸ con ofertas de don Quijote cada vez más disparatadas e inalcanzables.

Además, la frase “tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió” se inspira claramente en otra de la Vida relacionada con el momento de ‘persuasión’ de los nuevos discípulos y con el de la oposición que va a encontrar Loyola en París, donde enseguida será acusado de ‘seductor’ de los escolares

*Y **tanto les supieron decir** y hacer, que al fin les hicieron **prometer** que acabarían sus estudios primero, y después podrían poner por obra sus deseos (Vida II, II)*

Al margen de los referentes formales, lo significativo vuelve a ser el contexto paralelo, la idea de seducción y captación en base a insistencias machaconas conseguidas en ambos textos con una expresión (tanto le + decir) cargada de ironía, pues Ribadeneyra la utiliza despectivamente contra los profesores y padres que obligaron a los estudiantes a distanciarse del persuasivo Loyola. Cervantes, con mucho sarcasmo, recuerda a Ribadeneyra que también Loyola ‘persuadía’ a los jóvenes con insistentes razonamientos y promesas, por eso emplea para la forma de captación de Sancho la misma expresión con la que, indirectamente, se critica en la Vida a quienes ‘luchaban’ contra las intenciones seductoras de Loyola

VIDA	QUIJOTE
<i>Había persuadido nuestro B. Padre a muchos de sus condiscípulos</i>	tanto le persuadió y prometió
<i>Y tanto les supieron decir y hacer, que al fin les hicieron prometer que acabarían sus estudios</i>	tanto le dijo , tanto le persuadió y prometió que el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero

¹⁰⁸⁷ “alude, sin duda al rito antiguo del bautismo, en el que al niño se le daba un poco de sal diciendo: <<Recibe la sal de la sabiduría, propicia para el logro de la vida eterna>>”. Díaz Ramírez 2009: 48.

¹⁰⁸⁸ Iffland 1999: 211.

El narrador emplea, además, la expresión “**se determinó de** salirse con **él**”, otro claro referente a un fragmento de la Vida próximo a los anteriores y centrado, igualmente, en el proceso de captación de compañeros

*Desde el principio que el B. P **se determinó de** seguir los estudios, tuvo siempre inclinación de **juntar compañeros que tuviesen el mismo deseo que él**, de ayudar a la salvación de las ánimas. (Vida II, IV)*

y, especialmente, como alusión al primer discípulo que decidió seguirle

*fue el primero de los compañeros que **se determinó de** seguirle e imitarle en toda pobreza y perfección. (Vida III, XI)*

VIDA	QUIJOTE
<i>fue el primero de los compañeros que se determinó de seguirle</i>	el pobre villano se determinó de salirse con él y servirle de escudero

ÍNSULAS Y GOBIERNOS

Tanto Loyola como don Quijote convencen a los futuros discípulos con promesas; las del primero son espirituales, de eternidad, las del segundo, aunque mundanas, sabemos que van a ser tan etéreas como las otras

Decíale entre otras cosas don Quijote **que se dispusiese a ir con él de buena gana**, porque tal vez le podía suceder aventura que ganase, en quítame allá esas pajas, alguna ínsula, y le dejase a él por gobernador Della. Con estas promesas y otras tales [...]

La disponibilidad exigida por don Quijote al todavía innominado escudero se basa, aunque disimuladamente, en el concepto de obediencia en las órdenes regulares, en el precepto “que el superior hace observar y guardar al inferior o súbdito”¹⁰⁸⁹, idea sugerida por la frase “**que se dispusiese a ir con él de buena gana**”, inspirada en otra análoga existente en la Vida en el capítulo de Salamanca

*al cual nuestro Ignacio respondió **que iría de buena gana**, cada y cuando que se lo mandase. (Vida I, XV)*

Aunque Loyola no ha profesado en ninguna religión, Ribadeneyra, con intenciones doctrinales, se inventa esa respuesta, inexistente en el Relato, con la que nos lo presenta sumiso e inclinado a acatar las órdenes de cualquier superior, como si desde el principio tuviera una especial propensión a la obediencia.

Cervantes, atento siempre a la manipulación, utiliza una frase casi idéntica con la que sugiere el precepto de obediencia con el que don Quijote ha comprometido a Sancho

VIDA	QUIJOTE
<i>respondió que iría de buena gana, cada y cuando que se lo mandase.</i>	Decíale entre otras cosas don Quijote que se dispusiese a ir con él de buena gana

Pero el religioso se somete a tales preceptos, contrarios a la libertad individual, porque a cambio espera alcanzar beneficios tan formidables como el reino de los cielos, la eternidad o la santidad, promesas tan utópicas y sustanciosas como las ínsulas y gobiernos que, en consonancia, se convierten, desde ahora, en uno de los recursos centrales de la novela.

Además de la ínsula, Sancho ha sido convencido con otras ofertas (“estas promesas y otras tales”) que irán apareciendo en los próximos capítulos a medida que, en el Relato y la Vida, vayan mencionándose otros objetivos espirituales de la Compañía,

¹⁰⁸⁹ R.A.E.

transformados por Cervantes en objetivos materiales de la simbólica codicia del escudero.

Así debe entenderse la burlesca alusión del narrador a la facilidad de alcanzar los premios prometidos por don Quijote, especialmente la frase hecha “quítame allá esas pajas”, con la que se refiere a la rapidez, al instante, en que se ganan las ínsulas, irónica referencia a las no menos ilusorias promesas de reinos y eternidades con que las religiones captan a sus fieles, pues el “grueso de la gente, países cultos o países incultos, necesita una trascendencia, algo que le asegure que no perecerá definitivamente, y que habrá otra vida de la índole que sea, y eso es lo que sostiene la religión.”¹⁰⁹⁰

Son las promesas de reinos las que incitan a la buena gente, como Sancho, a una inversión permanente de vidas y capitales en el gran chollo que ofrecen todas las religiones: la eternidad, el paraíso, otra vida mejor después de esta, sin sacrificios, ni penas, ni enfermedades. Algo que da idea de la capacidad ilusoria del ser humano y de la facilidad con que se deja engatusar cuando le interesa.

Los analfabetos compañeros de Loyola, seducidos por su personalidad y pasado, por sus viajes y visiones, quedaron cautivados, enganchados a él con las promesas de gloria, eternidad, “y otras tales”. ¿No viajaban los misioneros, dirigidos a lugares entonces tan desconocidos como Etiopía, China, Japón o América, ofreciendo semejantes promesas a los nativos y con el convencimiento de que ellos mismos gozarían sin duda del reino de los cielos?

Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer y hijos, y asentó por escudero de su vecino.

La decisión de dejar a “su mujer e hijos” y asentar “por escudero de su vecino”, encierra, según la crítica¹⁰⁹¹, un recuerdo del Evangelio de Mateo: “Y todo el que dejare hermanos o hermanas, o padre o madre, o hijos o campos, por amor de mi nombre, recibirá el céntuplo y heredará la vida eterna”¹⁰⁹², sutil apreciación con la que se incide en la tremenda sensación de vínculo apostólico creada por Cervantes entre dos personajes que, como Loyola y sus discípulos, “con la esperanza del paraíso prometido lo abandonan todo para seguir a Cristo”¹⁰⁹³.

La idea de proselitismo queda tan patente en la novela que gran parte de la crítica otorga a Sancho la función simbólica de acólito, de primer ‘convertido’ a la religión de don Quijote. Es una idea básica, general, en cuanto la trayectoria del escudero resulta, desde este capítulo hasta el final de la obra, un largo proceso de aprendizaje y transformación: “Una característica de don Quijote es su aspiración misionera, que se manifiesta en sus constantes intentos de convencer a otros de la idea de la caballería. Sus discursos recuerdan a menudo a la predicación, y la retórica que utiliza es comparable a la de los sermones. Sancho es el primero en ser <<convertido>>. Ya Unamuno indicó que los ideales de don Quijote van siendo asimilados a lo largo de la obra por Sancho y que él adopta para sí el mundo imaginario de su señor. Algunos ejemplos de ello se pueden encontrar ya al principio. Cuando abandona su lugar de origen, a su mujer y a sus hijos para convertirse en escudero y vivir de la esperanza de la recompensa en forma de gobierno de una ínsula, se asemeja a los apóstoles que con la esperanza del paraíso prometido lo abandonan todo para seguir a Cristo. <<Con estas promesas y otras tales, Sancho Panza, que así se llamaba el labrador, dejó su mujer e hijos y asentó por escudero de su vecino>>”¹⁰⁹⁴.

¹⁰⁹⁰ Vargas Llosa 2012.

¹⁰⁹¹ Quijote 1998: 38. 92.

¹⁰⁹² Mateo XIX, 29.

¹⁰⁹³ Strosetzki 1998: 100.

¹⁰⁹⁴ Strosetzki 1998: 100.

NOMBRE DE SANCHO

Así como Cervantes “jugó con la etimología del nombre Quijote”¹⁰⁹⁵, también lo hizo con el de Sancho, pues este nombre alude “a sus características psicofísicas. Sancho es el resultado de la evolución normal del latín ‘sanctum’. Por consiguiente, Sancho Panza no es otro que San Panza.”¹⁰⁹⁶

La evocación de la santidad, unida a la tradicionalmente hedonista y carnavalesca ‘panza’, nos dan una clara idea del ambiguo sentido, entre apóstol y vividor, del nombre completo, de ahí que, para Molho, Sancho Panza sea “un sancto que celebran los estudiantes en la fiesta de Santantruevo, que le llaman sancto de hartura”¹⁰⁹⁷.

Pero también, siguiendo la línea paródica y anagramática utilizada con el resto de los nombres fundamentales de la novela, puede encontrarse un sutil paralelo entre el nombre del considerado primer seguidor de Loyola¹⁰⁹⁸, Calixto de Sa, el único del que se hace una breve semblanza en el Relato¹⁰⁹⁹.

Calixto aúna de forma especial las dos personalidades desarrolladas por Sancho en la obra pues, además de la primera imagen de ascético y comprometido seguidor de Loyola recogida en la nota anterior, también el Relato nos ofrece otra¹¹⁰⁰, esta vez materialista y mundana, de forma que en la personalidad de Calixto que trasciende del Relato quedan reseñadas las dos caras de la moneda que sugieren el nombre y la personalidad de Sancho.

Ribadeneyra, siempre tan verboso y propenso a todo tipo de relleno innecesario, solo ofrece la siguiente información sobre Calixto

Estaba en este tiempo en Segovia (y aún no bien convalecido de una gran enfermedad pasada) uno de sus compañeros que se llamaba Calixto el cual, luego que supo que nuestro Ignacio estaba preso, se vino a Alcalá y se entró en la misma cárcel con él. (Vida I, XIV)

Esa imprecisa mención es el único dato personal suministrado en la Vida sobre los primeros compañeros, porque, insistimos, Ribadeneyra consideraba perjudicial para la imagen del futuro santo, no solo la espantada de los cuatro primeros discípulos, sino la poca edificante trayectoria que, al menos dos de ellos, siguieron tras la deserción. Ahí parece conducirnos Cervantes con el referente que asocia la nominación de Sancho con dicho fragmento de la Vida

¹⁰⁹⁵ Lamana 1977: 145.

¹⁰⁹⁶ Lamana 1977: 145.

¹⁰⁹⁷ Iffland 1999: 134.

¹⁰⁹⁸ En Barcelona “Se le junta Calixto de Sa.” Loyola 1991: 48.

¹⁰⁹⁹ “Antes desto había demandado por qué venía Calixto así vestido, el cual traía un sayo corto y un grande sombrero en la cabeza, y un bordón en la mano, y unos botines cuasi hasta media pierna; y por ser muy grande, parecía más deforme: El peregrino le contó cómo habían sido presos en Alcalá, y les habían mandado vestir de estudiantes; y aquel su compañero, por los grandes calores, había dado su loba a un pobre clérigo.” (R, 66)

¹¹⁰⁰ “Y para no hablar más de estos su fin fue el que sigue: mientras el peregrino estaba en París les escribía con frecuencia según el acuerdo que habían tomado, mostrándole las pocas facilidades que había para hacerles venir a estudiar en París. A pesar de esto, se ingenió para escribir a D.^a Leonor Mascareñas que ayudase a Calixto con cartas para la corte del rey de Portugal, a fin de que pudiese tener una beca de las que el rey de Portugal daba en París. Doña Leonor dio las cartas a Calixto y una mula para el viaje, y dinero para los gastos. Calixto se fue a la corte de Portugal, pero al fin no fue a París; antes volviendo a España se fue a la India del emperador con una cierta mujer espiritual. Y después, vuelto a España, marchó otra vez a la misma India, y entonces regresó a España rico, e hizo maravillar en Salamanca a todos los que antes le habían conocido.” (R, 80).

VIDA	QUIJOTE
<i>uno de sus compañeros <u>que se llamaba Calixto</u></i>	Sancho Panza, <u>que así se llamaba</u> el labrador

Además de los contextos en que aparecen por primera vez los nombres de los respectivos primeros compañeros, más la oración de relativo casi idéntica, tal vez no sea casual que el nombre de **Sancho** se inicie con las dos mismas letras del apellido de Calixto (**Sa**), ni que ambos nombres contengan, como el resto de los personajes principales, el mismo número de letras

C-A-L-I-X-T-O D-E S-A (11 letras)	S-A-N-C-H-O P-A-N-Z-A (11 letras)
--	--

JUANA-MARI GUTIÉRREZ

El cambio de nombre de la mujer de Sancho es uno de los muchos reproches hechos por Clemencín a Cervantes. Primero le llama Juana Gutiérrez y, acto seguido, en apenas unas líneas, ‘Mari Gutiérrez’. Más adelante le da el nombre de Juana Panza y, en la Segunda Parte, el de Teresa Panza. Para colmo, comenta el indignado crítico, como “si fueran pocas estas inconsecuencias, Cervantes tiene la desfachatez de reconvenir a Avellaneda “porque más consiguiente y acorde en esto que Cervantes, llamó a la mujer de Sancho Mari Gutiérrez, según se la había nombrado en el presente pasaje del texto”¹¹⁰¹.

En opinión de Clemencín, Cervantes debería haber mantenido, como Avellaneda, un único nombre en toda la novela. Es incapaz de admitir que, a pesar de mediar entre el primer y segundo nombre apenas tres líneas, Cervantes lo hiciera a propósito y, como no lo entiende, aunque algo debía barruntar, descarga su furia con acusaciones contra el autor.

Pero, de nuevo, el supuesto error no es otra cosa que un originalísimo e innovador recurso para extender el simbolismo del personaje del escudero a todo cuanto le rodea; si Sancho representa la suma de compañeros que abandonaron sus casas para seguir a Loyola, sus mujeres, los nombres de las representantes de cada una de esas casas abandonadas, también deben ser distintos. Es otra forma de reafirmar, a la inversa, el sentido colectivo y simbólico del personaje de Sancho.

Según el jesuita Cacho, era tal la amistad entre Loyola y algunos de sus primeros compañeros, que llegaron a ser su “*alter ego*”, “un solo hombre”¹¹⁰², como si fuesen la misma persona en diferentes cuerpos y con diferentes familias e historias personales. De donde puede deducirse que toda la Compañía es Sancho, un solo hombre en relación con don Quijote, tal como puede comprobarse en la cena¹¹⁰³ con la que, simbólicamente, se representa el acto de la fundación de la Compañía.

PREPARATIVOS

No obstante, lo más espectacular y significativo del personaje de Sancho, por ahora, es el momento exacto de su presentación, la perfecta sincronía, más locuaz que todos los datos, con los acontecimientos históricos, pues se corresponde, como hemos visto, con el mismo tiempo biográfico en el que Loyola logra reunir al primer grupo de compañeros dispuestos a seguirle.

¹¹⁰¹ Clemencín 1833.

¹¹⁰² Cacho 2003: 48.

¹¹⁰³ Ver comentario a la cena de dQ y Sancho con los cabreros (cap. 11 de 1605) en: donquijoteliberado.com

Comprometido, pues, el “hombre de bien” a trabajar como escudero, don Quijote se centra en ultimar los preparativos para la inminente salida

Dio luego don Quijote orden en buscar dineros, y, vendiendo una cosa y empeñando otra y malbaratándolas todas, llegó una razonable cantidad

Ante la prohibición de predicar, Loyola sale de Salamanca con la intención de reunir dinero para sufragar los gastos de los compañeros con los que acordó reunirse en París. Por el Relato y la Vida sabemos que lo consiguió en Barcelona, donde se detuvo camino de París. Veamos la doble información sobre el dinero

-Por una cédula de Barcelona le dio un mercader, luego que llegó a París, veinte y cinco escudos. (R, 73).

-Habíanle enviado de España cierta suma de dineros en limosna. (Vida II, I).

Esta forma de buscar y acaparar dinero para subvencionar al grupo la practicará Loyola desde su salida de Salamanca, tal vez por eso Cervantes, aunque sabemos por los primeros capítulos que don Quijote había consumido prácticamente toda su hacienda, idea la fórmula de vender posesiones para que su protagonista reciba dinero sin trabajar, para que, simbólicamente, se encuentre en las mismas circunstancias económicas que Loyola.

UN SU AMIGO

Además de provisto de escudero y dineros, don Quijote va a iniciar la segunda salida equipado de un nuevo elemento

Acomodóse asimesmo de una rodela que pidió prestada a un su amigo y, pertrechando su rota celada lo mejor que pudo, avisó a su escudero Sancho del día y la hora que pensaba ponerse en camino, para que él se acomodase de lo que viese que más le era menester.

Recordemos que, en la primera salida, don Quijote llevaba una adarga de la que nunca más se supo y que, ahora, ha sido sustituida por una rodela, un escudo “redondo que cubre el pecho”,¹¹⁰⁴ y que “pidió prestada a un su amigo” del que, curiosamente, y en contra de la práctica usual del narrador, nada volverá a saberse porque se trata de una nueva metáfora extraída de la Vida y cuyo referente es la expresión “ponerse en camino”, asociada a la idea de protección otorgada a Loyola por otro especial amigo

Con esta provisión se puso en camino para España [...] De Ferrara tomó el camino para Génova por Lombardía (la cual ardía toda de cruelísima guerra que entonces había entre los españoles y franceses), y él enderezaba su camino de manera que había de pasar casi por los mismos ejércitos y reales de los unos y de los otros. A esta causa le aconsejaron que se desviase de aquel peligro y echase por otro camino más desembarazado y seguro. Pero él se determinó de seguir su camino derecho, llevando a nuestro Señor por su escudo y su guía. (Vida I, XII)

Así como Loyola cruza temerariamente entre los dos ejércitos porque confía en la protección, en el “escudo” del “Señor”, don Quijote recurre a otro amigo para que le preste una rodela para protegerse permanentemente. El metafórico “escudo” de Loyola se hace realidad en la novela (“rodela”) para cumplir, simbólicamente, la misma función. Es, pues, “nuestro Señor” el supuesto “su amigo” que presta a don Quijote la rodela que le protegerá en adelante. Así parece corroborarlo, además de las afinidades escudo-rodela-escudero, y su guía/su amigo, “la presencia, hasta 3 veces, del posesivo “su”, en correspondencia con las 4 ocasiones en que lo emplea Rivadeneyra en el

¹¹⁰⁴ Covarrubias 1993.

fragmento núcleo, las dos últimas para referirse a << nuestro Señor >> como << su escudo y su guía >>”.¹¹⁰⁵

VIDA	QUIJOTE
<u>se puso en camino para</u>	<u>ponerse en camino, para</u>
<u>su</u> [...] <u>su</u> [...] <u>su escudo</u> y <u>su</u> guía.	una <u>rodela</u> que pidió prestada a un <u>su</u> <u>amigo</u> [...] <u>su</u> [...] <u>su escudero</u>

Recordemos, igualmente, el simbolismo otorgado a la celada en los cuatro primeros capítulos, la idea de precaria formación espiritual sugerida con la escasa protección de la cabeza que ofrece una celada de cartón rota, al parecer, por el mozo de mulas de los mercaderes, alegoría, según vimos, de la endeble espiritualidad de un aspirante a santo que pensó en acuchillar a un hombre solo porque no acataba sus ideas religiosas.

Ahora, en los momentos previos a la llegada a París, Loyola, tras las experiencias de Jerusalén, Barcelona, Alcalá y Salamanca, ya es, espiritualmente hablando, un hombre mucho más fuerte, por eso don Quijote ha pertrechado, reparado y reforzado, la endeble celada. Precisamente es Ribadeneyra quien, como vimos en el capítulo segundo, otorga carácter metafórico a todo este tipo de elementos militares (“*armas, municiones, vituallas y pertrechos*”) con los que anima a combatir a “*los enemigos, que son las maldades, herejías y errores*”.

Don Quijote recomienda a Sancho proveerse de lo necesario (“se acomodase de lo que viese que más le era menester”), especialmente alforjas

Sobre todo, le encargó que llevase alforjas. Él dijo que sí llevaría y que ansimesmo pensaba llevar un asno que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho a andar mucho a pie. En lo del asno reparó un poco don Quijote, imaginando si se le acordaba si algún caballero andante había traído escudero caballero asnalmente, pero nunca le vino alguno a la memoria; mas, con todo esto, determinó que le llevase, con presupuesto de acomodarle de más honrada caballería en habiendo ocasión para ello, quitándole el caballo al primer descortés caballero que topase”

Siendo las alforjas un elemento imprescindible para un ayudante convocado a un largo e impreciso viaje, el hecho de que don Quijote le encargue a Sancho llevarlas parece una puntualización innecesaria, salvo que se entienda, una vez más, como una metáfora de la mendicidad, pues las alforjas (“modo de talega dividida en dos senos, en los cuales se reparte la carga para poderse llevar más cómodamente, o en la bestia o sobre los hombros”¹¹⁰⁶) son, también, un símbolo iconográfico del cristianismo, “propias de los frailes mendicantes, encargados de aprovisionar a su convento con limosnas en especie recogidas en las alforjas”¹¹⁰⁷; el hecho de que don Quijote pormenore sobre las alforjas debe entenderse no solo como una indicación de la vida peregrina y solitaria que les aguarda, sino también de la mendicidad que, subrepticamente, van a practicar.

Como es un asunto ampliamente tratado a lo largo de la novela, volveremos a él en otros momentos, solo recordar la voluntad de Loyola de no llevar dineros en sus primeras peregrinaciones, de confiar en que dios le proveería siempre de lo necesario (“tenía una gran certidumbre en su alma, que Dios le había de dar modo para ir a Jerusalén; y esta le confirmaba tanto, que ningunas razones y miedos que le ponían le podían hacer dudar” R, 42)

¹¹⁰⁵ Apreciación generosamente proporcionada por el siempre avizor Dionisio Martín.

¹¹⁰⁶ Covarrubias 1993.

¹¹⁰⁷ Monreal 2000: 438.

Esa actitud despreocupada cambia desde el momento en que se rodea de compañeros y deciden permanecer fijos en una misma ciudad para estudiar. A partir de ahí necesitan un dinero estable para gastos de alojamiento y manutención que conseguirán ejerciendo diversas formas de mendicidad.

Con las intenciones de Sancho y las dudas de don Quijote sobre la conveniencia de llevar un asno ocurre casi lo mismo que con las alforjas. También el asno aparece como símbolo iconográfico asociado a monjes como san Hilarión de Gaza, a quien se “le representa vestido de monje o desnudo como anacoreta [...] la escena más característica es aquella en que el santo cabalga sobre un asno”¹¹⁰⁸.

Pero, además, en el momento histórico de la parodia, cuando Loyola abandona Salamanca camino de Barcelona y París, sale, según el Relato y la Vida, con un asno

-15 o 20 días después de haber salido de la prisión, se partió solo, **llevando algunos libros en un asnillo**. (R, 72)

-*Tratada, pues, y acordada la jornada con sus compañeros, se partió solo camino de Barcelona a pie, **llevando un asnillo** delante cargado de libros. (Vida I, XVI)*

Aunque Cervantes disfraza el episodio con recursos caballerescos¹¹⁰⁹, lo importante son las coincidencias formales, la utilización, tanto en la Vida como en la novela, de dos expresiones (‘a pie’ y ‘llevando un asno’) existentes en el fragmento núcleo y con las que se certifica la intención paródica

RELATO	VIDA	QUIJOTE
Se partió solo, <u>llevando algunos libros en un asnillo</u>	<i>se partió solo camino de Barcelona <u>a pie, llevando un asnillo</u></i>	pensaba <u>llevar un asno</u> que tenía muy bueno, porque él no estaba duecho a andar mucho <u>a pie</u>

Los restantes consejos del ventero también los cumple don Quijote

Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo, conforme al consejo que el ventero le había dado;

La frase del narrador sobre las provisiones de don Quijote vuelve a inspirarse en los propósitos mendicantes de Loyola, concretamente en un fragmento de la Vida en el que, peregrino en Jerusalén, pide a su confesor solo ayuda espiritual, porque de todo lo “**demás él tendría cargo de proveerse de lo necesario**”¹¹¹⁰. De nuevo el narrador atribuye a don Quijote unas palabras similares a las dirigidas por Loyola a su confesor, de forma que ha vuelto a establecerse una asociación confesor-ventero análoga a la del confesor de Montserrat

¹¹⁰⁸ Monreal 2000: 292.

¹¹⁰⁹ “Habiendo vencido y derribado Florambel de Lucea a un caballero descortés que le había escarnecido, porque su escudero Lelicio iba a pie cargado con un laúd, el vencido le pidió merced de la vida. Florambel se la otorgó, y le dijo: *Señor caballero, otro día tened mejor conocimiento para con los caballeros andantes, que van a buscar sus aventuras de muchas guisas: mas porque ya sobre esta razón no tengáis más con quien haber contienda, habéis de prestar paciencia, porque vuestro caballo quiero para mi escudero. Y mandó a Lelicio que lo tomase.*” (Florambel de Lucea, lib. 4, cap. 1.) Clemencín 1833.

¹¹¹⁰ “*la limosna y caridad que le pedía era solamente que tomase cargo de su conciencia, para regirla y para oír sus pecados y confesarle; que en lo demás él tendría cargo de proveerse de lo necesario, sin darles pesadumbre.*” (Vida I, XI).

VIDA	QUIJOTE
<i>en lo demás él tendría cargo de <u>proveerse de lo necesario, sin darles pesadumbre</u></i>	<u>Proveyóse de camisas y de las demás cosas que él pudo</u>

Una vez perfectamente equipado y acompañado del novedoso escudero, don Quijote y Sancho abandonan sus respectivos hogares y comienzan la segunda salida.

SEGUNDA SALIDA

todo lo cual hecho y cumplido, sin despedirse Panza de sus hijos y mujer, ni don Quijote de su ama y sobrina, una noche se salieron del lugar sin que persona los viese; en la cual caminaron tanto, que al amanecer se tuvieron por **seguros** de que no los hallarían aunque los buscasen.

Don Quijote y Sancho salen “del lugar” con el mismo sigilo (una noche...sin que persona los viese) que el caballero lo hiciera en la primera ocasión: sin avisar ni despedirse de nadie, a oscuras, antes del amanecer.

Se aprecia un claro paralelismo con la primera salida, aunque solo aparente, pues la parodia recae ahora sobre tiempos muy distintos, concretamente, como hemos repetido, sobre el tiempo en que Loyola viaja desde Salamanca a París.

Aunque él viajó solo, llevaba la intención de reunirse allí con los ya consolidados compañeros y con los nuevos que esperaba reclutar, hechos recogidos en el capítulo octavo del Relato y, en correspondencia, parodiados en el octavo de la novela.

Razón por la que este final del capítulo siete contiene ahora una serie de ajustes y avances tendentes, como hemos comentado, a personificar a los compañeros de Loyola en la figura de Sancho.

Pero veamos, ante todo, cómo recoge Ribadeneyra la salida de Loyola de Salamanca a París

*Salió con determinación de irse a la universidad de París, a donde Dios le guiaba para favorecerle, como le favoreció [...] se sentía llevar del favorable viento del Espíritu Santo, y hallaba paz en la guerra, y en los peligros **seguridad** y en los trabajos descanso. (Vida I, XVI)*

En vez de asumir que Loyola sale, casi huyendo, de Salamanca, obligado por la prohibición de predicar, por el temor de haber sido procesado y seguir en el punto de mira de la Inquisición, Ribadeneyra prefiere atribuir tal salida al designio divino que, además de guiar cada uno de sus pasos, le infundía paz y seguridad en sus actos, pura retórica de santoral a la que Cervantes alude incluyendo también en su texto el verbo salir y un deseo de seguridad asociado, no a una abstracción divina, sino a la idea de escapar, de salir sin ser visto

VIDA	QUIJOTE
<i>Salió con determinación de irse a la universidad de París [...] en los peligros seguridad y en los trabajos descanso</i>	una noche se salieron del lugar sin que persona los viese [...] seguros de que no los hallarían aunque los buscasen

Una vez más Cervantes restituye la verdad histórica impregnando la salida de una sensación de huída, de no querer ser hallados por familiares y amigos, símbolo represivo del aparato inquisitorial reunido para el escrutinio-Salamanca y a quienes Ribadeneyra ha evitado mencionar.

PATRIARCA

Iba Sancho Panza sobre su jumento como un **patriarca**, con sus alforjas y su bota, y con mucho deseo de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido.

Si el nombre de Sancho alude en sí a la santidad, esta primera imagen ofrecida por el narrador resulta claramente icónica al presentarlo como “un patriarca”, palabra en cuya etimología se funden “los conceptos de padre y jefe [...] pues equivale a <<fundador y cabeza de una familia o estirpe>> [...] Las figuras de los patriarcas muestran un aspecto solemne, con amplios ropajes y rostro sereno. Cuando se presentan aislados, suelen llevar una filacteria con su nombre”¹¹¹¹. Sancho ha sido prácticamente ‘dibujado’ así por el narrador: con su nombre, sobre un jumento y “como un patriarca” con ‘alforjas y bota’, dos atributos propios del peregrino, pues la bota, aunque sabemos que Sancho la utilizará para vino, actúa en esta descripción iconográfica como símbolo de la “calabaza hueca usada como cantimplora”¹¹¹² por los peregrinos.

Como apunta Clemencín, Sancho, en su primera aparición en la novela, ha sido comparado con un patriarca porque “iba sobre su jumento con mucha comodidad” pero, también, porque su figura representa, simbólicamente, al grupo de compañeros que, junto con Loyola, fundarán la Compañía. Precisamente, en los inicios de la Vida se presenta a Loyola como un patriarca, como capitán, caudillo y “*padre de muchos*”

*Y hábale nuestro Señor escogido para capitán y caudillo de uno de los escuadrones de su Iglesia (que es como las haces bien ordenadas de los reales y puestas a punto de guerra) y para **patriarca y padre de muchos**, que, sin duda, es mayor merced y favor de Dios. (Vida I, VII)*

Cervantes muestra por primera vez a Sancho como un venerable patriarca porque se inspira en esa presentación, en la estampa de ‘*patriarca*’ de una religión, de hombre que, como los primeros compañeros de Loyola, fueron ‘*padre de muchos*’ y, algunos, alcanzaron la santidad, meta a la que hace referencia el primer interesado deseo del principiante escudero “de verse ya gobernador de la ínsula que su amo le había prometido”.

MISMA DERROTA Y CAMINO

Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol no les fatigaban.

Toman, según el narrador, el mismo camino “que él había tomado en su primer viaje” pero, a diferencia de entonces, ahora avanzan más aliviados, “con menos pesadumbre”, porque el sol no les fatigaba, un razonamiento lógico en muchos aspectos, salvo en el contexto de la novela.

Recordemos que la primera salida se produjo un viernes del mes de julio de hace, como mucho, unos veinte días, lo cual quiere decir que esta segunda salida se realiza en el mismo verano y, prácticamente, con las mismas condiciones climatológicas, pues no se informa de lo contrario, de forma que, produciéndose las dos salidas casi a la misma hora de la mañana, la única razón esgrimida por el narrador, como causa de la menor pesadumbre, es que los rayos del sol no les fatigaban por “herirles a soslayo”, es decir, el sol les entraba de costado, tal como, lógicamente, debió dar a don Quijote en la primera salida. El supuesto error de Cervantes lo resalta, como siempre, Clemencín con petulancia de maestrillo: “No tuvo razón Cervantes para decirlo. Iguales motivos de

¹¹¹¹ Clemencín 1833.

¹¹¹² Monreal 2000: 534.

calor y fatiga había en la salida segunda que en la primera: la hora era la misma, porque era muy de mañana; los rayos del sol herían del mismo modo, porque la derrota y dirección acertó a ser igual, y la estación era casi la misma, porque solo mediaron pocos días.”

Clemencín vuelve a acusar a Cervantes de falta de atención o de poca memoria, sin plantearse, como siempre, que actúe de forma deliberada, porque no se trata de un error sino de otra pista estratégica para despertar, no el afán de crítica negativa, sino la investigación, el porqué de una prolija y confusa información cuya respuesta se haya en el discurso profundo, en el trasfondo parisino donde, subrepticamente, van a desarrollarse los siguientes acontecimientos.

En efecto, habiendo salido de Barcelona a principios del año 1528, Loyola invirtió “en el camino todo el mes de enero” y llegó a París el 2 de febrero, según él mismo afirma en la considerada segunda carta de su epistolario, dirigida a la familia de Inés Pascual, una de sus más fieles devotas de Barcelona. En dicha carta queda en evidencia el sentir de un hombre, todavía seglar, pero ya instalado en la más firme y obcecada convicción religiosa: “Considerando la mucha voluntad y amor, que en Dios N.S. siempre me habéis tenido, y en obras me lo habéis mostrado, he pensado escribiros ésta, y por ella haceros saber de mi camino después que de vos me partí. Con próspero tiempo y con entera salud de mi persona, por gracia y bondad de Dios N. S., llegué en esta ciudad de París a dos días de febrero, donde estoy estudiando hasta que el Señor otra cosa de mí ordene... A Juan me encomendad mucho, y decidle que a sus padres siempre sea obediente, guardando las fiestas; que así haciendo, vivirá mucho sobre la tierra, y también sobre el cielo. Encomendadme mucho sí en vuestra vecina; que sus preesas hasta aquí llegaron; y su amor y voluntad, por Dios N. S. de mí no se parte. El Señor del mundo se lo pague, quien por la su bondad infinita en nuestras ánimas sea, porque siempre su voluntad y querer en nosotros se cumpla. De París tres de marzo de 1528 años. De bondad pobre, Iñigo”¹¹¹³.

El embrionario texto resulta una muestra significativa de la nueva y casi definitiva personalidad del estudiante, de 37 años, ya, según sus devotos, con el “pecho incendiado por el ardiente anhelo de la salvación de las almas [...] procurando siempre con todas sus fuerzas la dilatación del reino de Jesucristo en la Tierra, promoviendo en todas partes la causa de su santa Iglesia y haciendo reflorar la piedad y santidad de costumbres dondequiera que hubiese tenido alguna quiebra la pureza del nombre cristiano [...] El buscar a Dios en todas las cosas, o, como se expresa él mismo, <<el buscar la presencia de Nuestro Señor en todas las cosas>>, es una de sus enseñanzas favoritas y una de las notas más características de su espiritualidad. Es su fórmula mágica para convertir el trabajo, el estudio y cualquier ocupación en oración”¹¹¹⁴.

La carta y esas líneas generales trazadas por los discípulos, pueden servir para entender el nuevo espíritu de don Quijote desde el momento en que sale acompañado de Sancho. A partir de ahora, aunque seguirá dando muestras destacadas de un ímpetu visceral, gran parte del tiempo de la novela transcurre entre diálogos aleccionadores y doctrinales (aparentemente caballerescos) que irán sutilmente reflejando el progreso y la cohesión de Loyola con los nuevos y definitivos discípulos que se le ‘allegan’ en París.

Conozcamos, pues, brevemente, el ambiente y circunstancias del lugar donde vivió el futuro fundador de la Compañía durante su estancia en París desde el año 1528 hasta 1535.

¹¹¹³ Loyola 1947: 2: 307.

¹¹¹⁴ Loyola 1991: 701-705.

[ILUSTRACIÓN 9]

ENTRE MONTIEL Y MONTEAGUDO

“París era ya entonces una gran ciudad, aunque de carácter medieval todavía. En su parte sur y a la orilla izquierda del Sena se extendía lo que hoy llamaríamos la antigua ciudad universitaria, y entonces se llamaba el *barrio latino o el de la Universidad*, con multitud de colegios, conventos e iglesias, casas de pensión y librerías, que se arracimaban en la cuesta de la colina de Santa Genoveva. Ese barrio, poblado de sesenta colegios, con sus numerosos maestros y miles de estudiantes universitarios –se calculan en cuatro mil entonces- formaba la *Universidad o Universitas magistrorum et scholarium Parisiensis commorantium* [...] En este medio universitario internacional de París pasará siete años nuestro Santo, dedicado sucesivamente a los estudios humanísticos en el Colegio de Monteagudo, 1528-1529; a los filosóficos en Santa Bárbara, 1529-1533; y a los teológicos en el convento de los Dominicos de Santiago, 1533-1535.

El primer colegio al que dirigió sus pasos para poner una base sólida con las Humanidades a sus estudios universitarios, fue el de Monteagudo [...] Como en los demás colegios de París, los estudiantes se dividían en *becarios (boursiers)*, que disfrutaban de una beca o bolsa de estudios; en *pensionistas (caméristes)*, bien instalados en sus cámaras, con servicio y comida aparte; en *mediobecarios (portionistes)*, que, mediante una módica paga, comían y vivían con los becarios; y en *externos (galoches)*, llamados también *martinets*, que alojándose en alguna casa o pensión, asistían a las clases y repeticiones del colegio.

A estos últimos hubo de sumarse en su pobreza, no disponiendo de una beca o bolsa de estudios, a su llegada el Santo [...] En este marco se comprende mejor la vida heroica del estudiante de treinta y siete años que, alojado en una posada con otros españoles, acudía dos veces al día, muy de madrugada, para las cuatro y media de la mañana, y en seguida después de comer, para no faltar a ninguna de las clases”¹¹¹⁵.

Cuando pronto se le acabó el dinero por haberlo gastado un español a quien se lo confió, Loyola fija su posada en el hospital de Santiago (Saint Jacques), en la margen derecha del Sena, “en el núm. 133 de la actual calle de Saint Denis”¹¹¹⁶, destruido en 1808, y muy alejado del colegio de Monteagudo a donde debía desplazarse a pie cada día. Pero como las clases comenzaban entre cuatro y media y cinco de la mañana y finalizaban, después de comer, sobre las siete y media de la tarde, “por fuerza había de perder bastantes horas de enseñanza el Santo, ya que los estatutos del hospital de Santiago le prohibían salir antes del alba, como volver después del *Angelus* a casa”¹¹¹⁷: “*por cumplir con el orden del hospital y con sus leyes, había de salir a la mañana con sol y volver a la tarde con sol, y con esto venía a perder buena parte de sus lecciones*”.

Con esta información, volvamos al momento en el que narrador sitúa la segunda salida

Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje, que fue por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol no les fatigaban.

Al poco de llegar a París, Loyola, como veremos enseguida, comienza a dar ejercicios espirituales a nuevos discípulos captados entre los estudiantes españoles que empiezan a seguir el mismo camino, la misma senda espiritual tomada por el maestro en su primera salida. Por esa senda, según explica Ribadeneyra en un pedagógico capítulo dedicado al libro de los Ejercicios, entraron los primeros compañeros y fundadores de la Compañía

¹¹¹⁵ Loyola 1947: 4-5: 308-312.

¹¹¹⁶ Loyola 1947: 7: 313.

¹¹¹⁷ Loyola 1947: 9: 313.

En este mismo tiempo, con la suficiencia de letras que habemos dicho que tenía (que era solamente leer y escribir), escribió el libro que llamamos de los Ejercicios espirituales, sacado de la experiencia que alcanzó y del cuidado y atenta consideración con que iba notando todas las cosas que por él pasaron. El cual está tan lleno de documentos y delicadezas en materia de espíritu y con tan admirable orden, que se ve bien la unión del Espíritu santo haberle enseñado, y suplido la falta de estudio y doctrina. Y aunque es cosa muy probada y manifiesta en todo el mundo el fruto que ha traído por todas partes el uso de estos sagrados Ejercicios a la república cristiana, con todo eso, tocaré algunas cosas de las muchas que sé podrían decir de su provecho y utilidad. Primeramente, al uso de los Ejercicios se debe la institución y fundación de nuestra Compañía, pues fue nuestro Señor servido que por ellos casi todos los padres que fueron los primeros compañeros de nuestro B. Padre y los que lo ayudaron a fundar la Compañía, los despertase él y convidase al deseo de la perfección y al menosprecio del mundo. (Vida I, VIII)

Además de esta primera idea, en la que queda patente la importancia de los Ejercicios en los primeros pasos de captación dados por Loyola para la fundación de la Compañía, Ribadeneyra también diserta en el mismo capítulo, con una prosa turbia, desasosegante y petarda, sobre la importante decisión de ‘tomar estado’, de entrar en religión

*Mas, aunque el fruto de estos espirituales Ejercicios se extienda universalmente a todos, pero particularmente se ve y se experimenta más su fuerza en los que tratan de **tomar** estado y desean **acertar** a escogerle conforme al beneplácito y voluntad de Dios. Porque no todos los estados arman a todos, ni son a propósito de cada uno, sino que uno es mejor para uno y otro para otro, y cuál sea el más conveniente para cada uno y más **acertado** y seguro, sólo el Señor lo sabe perfectamente que nos crió a todos y que, sin nosotros merecerlo, nos aparejó y mereció con su sangre tan grande bien como es la comunicación de su gloria y de su bienaventurada presencia. Y así, el escoger estado y **tomar** manera de vida habíase de hacer con mucha oración y consideración y deseo de agradar a Dios y de **acertar** cada uno a **tomar** lo que el Señor quiere que cada uno **tome**, y lo que mejor le está para alcanzar su último fin. Mas, hácese muy al revés y sin tener ojo a lo que más importa, porque muchos, o cebados con su deleite, o ciegos del interés, o convidados del ejemplo de sus padres y compañeros, o atraídos con otros motivos, en tierna y flaca edad, cuando el juicio aún no tiene su vigor y fuerza, con poca consideración y miramiento de lo que hacen, se arrojan **a tomar** estado con tanta temeridad, que tienen después que llorar para todos los días de su vida. Y con razón, pues queriendo todos sus negocios tan examinados y cernidos, y que haya vista y revista para ellos, solo el de sí mismos, que es el que más les importa y que con mayor acuerdo se debe tratar, le tratan con descuido, escogiendo a caso el **camino** que han de seguir, y pagando esta culpa con la pena y descontento de toda la vida (como habemos dicho). Lo cual no les sucedería si **tomasen** por ley de su elección la voluntad de nuestro Señor, y por la regla de toda su vida el fin para que Dios los crió, teniendo por fin el verdadero fin y usando de los medios como medios y no al contrario, pervirtiendo las cosas y usando del fin para los medios y de los medios haciendo fin.*

En base a tanta paparruchada teológica construye Cervantes la primera parte del último fragmento del narrador, la idea de los Ejercicios como cinta de transmisión del espíritu de Loyola a sus nuevos compañeros, pues también Sancho, siguiendo el mismo camino

iniciático de don Quijote, va a entrar ahora por la senda de los Ejercicios, “la misma derrota y camino” de su amo.

Además del paralelismo semántico que enseguida veremos, la voluntad paródica aparece formalmente ratificada por los indiscutibles referentes existentes en los respectivos fragmentos

VIDA	QUIJOTE
<i>deseo de agradar a Dios y de <u>acertar</u> cada uno <u>a tomar</u> lo <u>que el Señor quiere</u> <u>que</u> cada uno <u>tome</u></i>	Acertó don Quijote a tomar la misma derrota y camino que el que él había tomado en su primer viaje

Se repite en ambos textos la expresión ‘acertar a tomar’, incluso la torpe y burlesca construcción sintáctica que hizo exclamar a un Clemencín sulfurado: “¡Cuánto mas desembarazado hubiera quedado el lenguaje, suprimiéndose los tres monosílabos y diciéndose: *la misma derrota y camino que había tomado en su primer viaje!*”

El narrador, aunque don Quijote va acompañado de Sancho, está hablando, por ahora, en singular, evocando la primera salida, “que fue por el campo de Montiel, por el cual caminaba con menos pesadumbre que la vez pasada”, otra sutilísima referencia al estado de tribulación y desconsuelo en el que, tanto según el Relato (“se hallaba muy atribulado”) como la Vida (“*lleno siempre de congoja y quebranto*”), se encontraba Loyola (durante su primera salida y estancia en Manresa) a causa de los remordimientos y escrúpulos de su vida pasada. Ribadeneira se refiere a dichos escrúpulos poniendo en boca del mismo Loyola, y en estilo directo, una de sus muchas melodramáticas invenciones, en la que incluye el vocablo pesadumbre

*Pero algunas veces, cuando quería llegar la boca para tomar el pan de vida, tornaban súbitamente las olas de los escrúpulos con más fuerza, y poderosamente le arrebataban y desviaban de delante del altar donde estaba puesto de rodillas, y entregado del todo a los dolorosos gemidos, soltaba las riendas a las lágrimas copiosas que le venían. Daba voces a Dios y decía: - Señor gran fuerza padezco; responded Vos por mí, que yo no puedo mas -. Y otras veces con el apóstol decía: - Triste de mí y desventurado ¿quién me librará de este cuerpo y de la **pesadumbre** de esta más muerte que vida que con él traigo? (Vida I, VI)*

A estas alturas, camino de París, tras el viaje a Jerusalén y los estudios en Barcelona, Alcalá y Salamanca, Loyola ya no es el mismo que el de Manresa. Ahora, como hemos señalado, es un hombre espiritualmente fuerte y mucho más ligero, más seguro, empieza a entrever un esperanzador futuro junto a los compañeros. A nivel personal camina sin la pesadumbre de la primera salida, aunque su objetivo sigue siendo el mismo, la búsqueda incesante de la santidad.

Por eso don Quijote ha tomado “la misma derrota y camino” que en su primer viaje, “el campo de **Montiel**”, que en la primera ocasión fue símbolo del monasterio de **Montserrat** y ahora, en consonancia con los objetivos de Loyola en París, es símbolo del colegio de **Monteagudo**, nuevo trasfondo encubierto de los próximos acontecimientos

Y así se partió para París solo y a pie, y llegó a París por el mes de Febrero, poco más o menos; y según me cuenta, esto fue el año de 1528 o de 27. Púsose en una casa con algunos españoles, y iba a estudiar humanidad a **Monteagudo**.

El acierto de don Quijote al tomar “la misma derrota y camino” de su primer viaje resulta, en definitiva, una forma simbólica de referirse a la igualdad del principal

objetivo de Loyola tanto en la primera salida desde su casa como en esta hacia París, en ambas toma el camino hacia la santidad.

En el primero salió con la pesadumbre de los escrúpulos pasados que le acosaron durante tanto tiempo en Manresa, en el segundo sale, como don Quijote, “con menos pesadumbre que la vez pasada, porque por ser la hora de la mañana y herirles a soslayo los rayos del sol no les fatigaban”.

Vimos cómo a Clemencín le indignaba este absurdo ‘error’ de Cervantes, la incomprensible justificación del ‘sol de soslayo’ con la que libera de ‘pesadumbre’ climática a los dos caminantes pues, según la lógica narrativa, el sol y su situación deberían ser el mismo porque, aparentemente, nada ha cambiado.

Pero solo aparentemente, porque debemos orientarnos, no por la coherencia novelística, sino por el discurso ignaciano de fondo: en la primera salida, desde Azpeitia, Loyola viaja de frente, hacia Montserrat, en dirección Este y, por tanto, el sol del amanecer le da de frente. Ahora, ya sea desde Salamanca o Barcelona, camino de París, en dirección Norte, el despuntar del sol le entra de costado.

¿Puede imaginarse, literariamente, algo más ingenioso? Pronto comprobaremos que sí, pues este hermoso ejemplo de cómo la novela tuerce o quiebra su lógico discurso para dar sutilmente entrada al asunto de fondo, forma parte esencial de la metodología cervantina que ya hemos analizado y de la que quedan todavía maravillosos ejemplos por revelar.

En definitiva, la lógica de la novela se rompe porque Cervantes ha exteriorizado la lógica del discurso profundo; aunque sitúa a los personajes ficticios en un punto geográfico concreto, el campo de Montiel, debemos imaginarlos, subrepticamente, en Monteagudo. Se trata de una ‘composición de lugar’ en la que debemos “ver con la vista de la imaginación” el encuentro de Loyola con sus definitivos compañeros por la orilla izquierda del Sena, por el barrio latino o de la Universidad, en Monteagudo.

Igual que Montserrat, Monteagudo y su entorno son el gran espacio, disfrazado de llanura manchega, por el que casi virtualmente deambulan los personajes.

Lo cual no quiere decir que Montiel desaparezca de la iconografía del Quijote, que cambie su fisonomía manchega, sino que en la sombra profunda de la novela, el campo de Montiel dibuja ahora una ondulante imagen de aquel París de principios del siglo XVI al que llegó Loyola, el peregrino.

ÍNSULAS Y REINOS

Tras la anterior intervención del narrador se escucha hablar, por primera vez, a Sancho

-Mire vuestra merced, señor caballero andante, que no se le olvide lo que de la ínsula me tiene prometido, que yo la sabré gobernar, por grande que sea.

Hay un evidente interés en volver a resaltar el sentido mercantilista del acompañamiento, en relacionar la salida con la promesa, con el “tanto le dijo, tanto le persuadió y prometió” pues, aparentemente, el escudero, padre de familia que abandona su hogar, no sale en busca de aventura, sino por un puro interés materialista que, como comentamos, actúa como metáfora de la trayectoria seguida por el grupo de compañeros que, seducidos por la promesa de alcanzar el reino de dios, seguirán una senda espiritual paralela a la de Loyola. Desde ese prisma debe entenderse la respuesta de don Quijote

-Has de saber, amigo Sancho Panza, que **fue costumbre muy usada de los caballeros andantes antiguos** hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que **ganaban**, y yo tengo determinado de que por mí no falte **tan agradecida usanza**, antes pienso aventajarme en ella: porque ellos algunas veces, y quizás las más, esperaban a que sus escuderos fuesen viejos, y ya después de hartos de servir y de llevar malos días y peores noches, les daban algún título de

conde, o por lo mucho de marqués, de algún valle o **provincia** de poco más a menos; pero si tú vives y yo vivo bien podría ser que antes de seis días **ganase** yo tal **reino**, que tuviese otros a él adherentes que viniesen de molde para **coronarte por rey** de uno dellos. Y no lo tengas a mucho, que **cosas y casos acontecen** a los **tales** caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aun más de lo que te prometo”

Según Malcolm Gaylord, “En 1605, la alusión a <<reinos y provincias nuevamente conquistados>>, por muy vago que fuese, no podía dejar de crear reminiscencias de las conquistas y territorios que marcan la expansión mundial de <<las Españas>> [...] la sombra de una conquista, basada por una parte en el amor cristiano, llevada a cabo casi siempre a fuerza de armas”¹¹¹⁸. Precisamente don Quijote utiliza dos vocablos –reinos y provincias-, asociados, doblemente, a la identidad expansionista de la Compañía, cuyos miembros fueron seducidos con el galardón de un reino, el de los cielos, que se conquistaba convirtiendo al cristianismo a los habitantes de los nuevos territorios descubiertos, lugares donde, al asentarse la orden, se convertían en nuevas ‘provincias’, en nuevos territorios donde la Compañía establecía, con fines espirituales, determinado número de casas y colegios.

La intención de don Quijote es renovar las antiguas costumbres de los caballeros andantes, actuar, según ilustra Clemencín, como en los libros de caballerías, donde encontramos múltiples ejemplos en los que los caballeros gratifican a sus escuderos con importantes beneficios “de las ínsulas o reinos que ganaban”.

Pero esa forma de proceder no era exclusiva de los libros de caballerías, pues también los religiosos obtienen beneficios de las ‘conquistas’. Precisamente, las palabras de don Quijote invocan, según los referentes, un fragmento de la Vida donde Ribadeneyra expone el ‘gran fruto’ recogido por los primeros compañeros de Loyola, ya un poco organizados, predicando, por diversas diócesis de Italia, una nueva doctrina basada en la vuelta a la práctica asidua de los sacramentos

Fue grande el fruto que se cogió destos sermones, porque por ellos se movió la gente a recibir con devoción los santos sacramentos de la Confesión y Comunion algunas veces entre año. Y desde entonces se vino a refrescar y a renovar aquella tan saludable costumbre de los antiguos tiempos de la Iglesia primitiva, de hacerlo más a menudo, la cual tantos años atrás estaba puesta en olvido, con menoscabo de la religión cristiana y grave detrimento de las ánimas. (Vida II, XIII)

Tanto don Quijote como Ribadeneyra evocan, con expresiones muy similares, tiempos mejores y grandes ganancias. El cuadro sinóptico refleja la analogía formal y semántica

VIDA	QUIJOTE
<i><u>Fue [...] tan saludable costumbre</u></i>	fue <u>costumbre</u> muy usada
<i><u>de los antiguos</u> tiempos de la <u>Iglesia primitiva</u></i>	<u>de los</u> caballeros andantes <u>antiguos</u>
<i>Fue grande el <u>fruto</u> que se cogió destos sermones</i>	hacer gobernadores a sus escuderos de las <u>ínsulas o reinos que ganaban</u>
<u>tan saludable costumbre</u>	<u>tan</u> agradecida usanza

Además del evidente paralelismo entre el deseo de regeneración del presente basándose en antiguas costumbres del pasado, también en ambos textos aparece la idea del gran “fruto” o ganancia (“ínsulas o reinos”) que aquellas prácticas deparaban. Costumbre o

¹¹¹⁸ Malcolm 2007: 64-65.

usanza, se concluye doblemente, que era buena y beneficiosa, según matizan los respectivos epítetos.

Don Quijote promete incluso beneficios inmediatos (“si tú vives y yo vivo bien podría ser”), un generoso reparto semejante al obtenido por el maestro Claudio Yayo y otros de los primeros compañeros de Loyola, “los cuales cogieron maravillosos frutos de sus trabajos en aquellas ciudades y ganaron para la Compañía un buen número de personas de diversas edades”.

Precisamente, el concepto ‘ganancia’, derivado del provecho obtenido de cualquier tipo de ganado apacentado en el campo, se encuentra muy presente en la Vida asociado a los beneficios espirituales, a la expansión misionera característica de la época.

VIDA	QUIJOTE
<u>cogieron maravillosos frutos de sus trabajos en aquellas ciudades y ganaron para la Compañía un buen número de personas de diversas edades</u>	-hacer gobernadores a sus escuderos de las ínsulas o reinos que ganaban -bien podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino

Son triunfos reseñados en los mismos capítulos de la Vida que ahora, eventualmente, están sirviendo de trasfondo paródico, capítulos en los que, por diversos motivos, Ribadeneyra ofrece su lado más interesado, fundamentalista y maniqueo. Especialmente beligerante y radical se muestra con el luteranismo o cualquier atisbo de herejía. Ahí despliega sus persuasivas artes de meter miedo a base de recopilaciones de los más terroríficos escenarios creados por la Iglesia a lo largo de siglos y siglos de cultura del horror. Hay en toda la conversación entre amo y escudero una enorme ironía, derivada de las asociaciones entre determinadas palabras del diálogo con fragmentos de la Vida pertenecientes, ahora, al capítulo XVIII del libro segundo, un auténtico prototipo de panfleto antiherético.

La expresión, por ejemplo, “**coronarte por rey** de uno dellos”, con la que don Quijote trata de convencer a Sancho de la facilidad con que puede pasarse de un estado a otro, parece una clara alusión a la forma en que Ribadeneyra cuenta cómo los herejes trastocan el orden establecido en un abrir y cerrar de ojos

*Y pasó tan adelante la desvergüenza y rebelión, que los hugonotes **coronaron por rey** a Ludovico Borbón [...] No quiero hablar de las otras **provincias que están perdidas y assoladas con esta plaga y langosta roedora e infernal que ha consumido y atalado la hermosura de los campos y la fruta de los árboles y la devoción y fe que había en los reinos de Hungría, de Bohemia, de Polonia, de Dania, Suecia, Noruegia, Transilvania, Hibernia y otras regiones y tierras setentrionales, porque sería nunca acabar; solo quiero añadir aquí (para que lo que en general hemos dicho mejor se entienda) una cosa particular. En la ciudad de Monesterio, cabeza y metrópoli de la provincia de Wesfalia, después que los herejes echaron de la ciudad a los clérigos y religiosos y caballeros y toda la gente honrada y cuerda que los contradecía, y saqueádoles sus casas y robádoles sus haciendas, coronaron a un sastre por rey, con todo el aparato y ceremonias que se suelen usar en las coronaciones de los verdaderos reyes. Este se llamó: « Rex iutitiae super terram », Rey de la justicia sobre la tierra; el cual se casó con muchas mujeres y tomó por mujer principal y por reina a la que más era a su gusto. (Vida II, XVIII)***

En su afán de amedrentar a sus pudientes lectores, Ribadeneyra asocia la herejía con una brutal desestabilización del sistema, con un mundo al revés en el que las clases favorecidas saldrían muy mal paradas, por eso don Quijote, sin nada que perder y

embarcado en un proyecto con perspectivas de futuro, ve posible ganar un reino con algún ‘adherente’ para su escudero, tal como sucedió “en los **reinos de Hungría, de Bohemia, de Polonia, de Dania, Suecia, Noruegia, Transilvania, Hibernia y otras regiones y tierras setentrionales**”. ¿No habrá, entre tantos reinos ‘perdidos’, alguno para Sancho?

Los referentes subrayan la imitación paródica

VIDA	QUIJOTE
-los hugonotes coronaron por rey -en los reinos de Hungría...coronaron a un sastre por rey	podría ser que antes de seis días ganase yo tal reino , que tuviese otros a él adherentes que viniesen de molde para coronarte por rey de uno dellos

Para corroborar la relación del diálogo entre caballero y escudero con el capítulo XVIII de la Vida, don Quijote finaliza la intervención insistiendo en la posibilidad de sus promesas

Y no lo tengas a mucho, que **cosas y casos** acontecen a los tales caballeros por modos tan nunca vistos ni pensados, que con facilidad te podría dar aun más de lo que te prometo”

La expresión “cosas y casos”, que Clemencín califica de agudeza “fundada en que cosas es anagrama de casos”, cumple el objetivo burlesco de remedar las agudezas lingüísticas de Ribadeneira y, al mismo tiempo, ratificar que la fuente paródica de la conversación sigue siendo la misma (“No hace este gran Rey y señor **cosa a caso**”), el capítulo de la Vida al que pertenece el sugerente dato sobre el ‘sastre rey’ que “se casó con muchas mujeres y tomó por mujer principal y por **reina** a la que más era a ‘su gusto”. Esta información no solo hace posible que Sancho, de buenas a primeras, pueda ser coronado rey, sino que propicia su graciosa respuesta y el resto del diálogo

-De esa manera –respondió Sancho Panza-, si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice, por lo menos Juana Gutiérrez, mi oísló, **vendría a ser reina**, y mis hijos infantiles.

-Pues ¿quién lo duda? –respondió don Quijote.

-Yo lo dudo –replicó Sancho-, porque tengo para mí que, aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez. Sepa, señor, que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aun Dios y ayuda.

-Encomiéndalo tú a Dios, Sancho –respondió don Quijote-, que Él dará lo que más le convenga; pero no apoques tu ánimo tanto, que te vengas a contentar con menos que con ser adelantado.

-No haré, señor mío –respondió Sancho-, y más teniendo tan principal **amo** en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar.

Si don Quijote ofrece dar “aun más de lo que te prometo”, y lo que acaba de ofrendar es un reino ¿qué más puede proponer?

Solo maravillas milagrosas porque, más allá de un reino en la tierra, ¿qué podía concebir un rústico como Sancho?

Por eso, porque ha comprendido el trasfondo del diálogo, Sancho incluye en su respuesta el vocablo ‘milagro’ (“si yo fuese rey por algún milagro de los que vuestra merced dice”) sin que don Quijote lo haya pronunciado.

Sancho es consciente de que solo milagrosamente, por modos “nunca vistos ni pensados”, él podría alcanzar un reino. Porque esas cosas solo ocurren en los libros de

caballerías, pero también en los religiosos, donde se cuenta que los herejes, tras echar “de la ciudad a los clérigos y religiosos y caballeros y toda la gente honrada y cuerda que los contradecía, y saqueádoles sus casas y robádoles sus haciendas, coronaron a un sastre por rey [...] el cual se casó con muchas mujeres y tomó por mujer principal y por reina a la que más era a su gusto”.

Para Sancho resulta inconcebible que eso pueda sucederle, ¿quién podría imaginar semejante ‘milagrosa revolución’ en la España de Cervantes? ¿Cómo soñar con un vuelco social en el que cualquier mujer, Juana, Mari o Teresa Panza, pudiese ser coronada reina?

Sancho, dispuesto a creer en todos los milagros, por ese no traga, no hay dios capaz de semejante hazaña, lo afirma rotundamente: “aunque lloviese Dios reinos sobre la tierra, ninguno asentaría bien sobre la cabeza de Mari Gutiérrez”.

Aparentemente, Cervantes despliega con Sancho la perspectiva hedonista, graciosa y despreocupada de la vida, “convirtiendo en motivo de chanza hasta las situaciones más dramáticas. La capacidad de encontrar elementos de humor genuino en situaciones angustiosas es un recurso inestimable que no poseen muchas personas, pero que puede propagarse y se contagia, con efectos muy saludables.”¹¹¹⁹

Pero por muy joviales que parezcan sus palabras, resultan también muy ácidas, muy críticas, muy desesperanzadas pues, bajo la asunción de incapacidad del marginado social, del hombre sin recursos ni posibilidades de sacar a su familia adelante, también se escucha la falta de esperanza en que algún día pueda producirse un relevo que beneficie a los históricamente siempre perjudicados. Ni siquiera a niveles religiosos tendrían, Juana o Mari Gutiérrez, posibilidades de alcanzar la santidad con la ‘facilidad’ de otras, y otros, socialmente bien situados. Porque ¿qué otro futuro sino la hoguera podría esperar entonces cualquier persona pobre que afirmara ver a la virgen?

Sancho tiene los pies sobre la tierra, sabe dónde vive pues, tras el gracioso y cáustico tira y afloja con su señor, llega a la humilde conclusión de que hará siempre lo que se le aconseje: “No haré, señor mío respondió Sancho-, y más teniendo tan principal amo en vuestra merced, que me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar”.

Frente a las utópicas veleidades de reinos, condados y adelantados, Sancho acata sumiso la realidad y admite su baja condición con palabras explícitas de inferioridad social (señor mío, principal amo, vuestra merced), absoluto acatamiento (“me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar”) y obediencia, prácticamente lo mismo exigido por la Compañía a quienes profesan en ella: “*Mas como el fin de la Compañía sea excelentísimo, y lleno de muchas y gravísimas dificultades, es menester que los que viven en ella sean hombres de muy conocida y probada virtud, y muy ejercitados en las cosas espirituales, si le quieren alcanzar. Y por esta causa ha juzgado que no conviene admitir a profesión a ninguno, cuya virtud y doctrina no sea muy conocida y experimentada, porque sus hijos no tomen sobre sí más carga de la que pueden llevar*” (Vida III, XXII)

Como criado obediente, sumiso a las reglas de una sociedad clasista, Sancho acata, ¡por su bien!, el mismo voto de obediencia que los religiosos, es su respuesta a la proposición de don Quijote de acompañarle “de buena gana”

VIDA	QUIJOTE
<u>no tomen sobre sí más carga de la que pueden llevar</u>	<u>me sabrá dar todo aquello que me esté bien y yo pueda llevar</u>

¹¹¹⁹ Avia-Vázquez 2011: 299.

No olvidar que estos primeros pasos de la andadura escuderial de Sancho no son otra cosa que una recreación paródica en los primeros tanteos que Loyola debía realizar con sus nuevos discípulos, tal como corrobora el ambiguo trasfondo de un diálogo cargado de alusiones específicas a la religión: “milagro”, “lloviese Dios”, “aun Dios”, “Encomiéndalo tú a Dios” o “Él”.

Más que entre amo y escudero, da la sensación de que asistimos a una conversación entre dos religiosos, entre un director espiritual y su acólito. No es casual que la expresión de don Quijote “Encomiéndalo tú a Dios”, aparezca, atribuida específicamente a Loyola, en el mismo capítulo del Relato donde se narra la llegada a París

RELATO	QUIJOTE
un fraile español le dijo un día que sería mejor irse cada año a Flandes, y perder dos meses, y aun menos, para traer con qué pudiese estudiar todo el año; y este medio, después de encomendarle a Dios , le pareció bueno	Encomiéndalo tú a Dios , Sancho – respondió don Quijote-, que Él dará lo que más le convenga

Igual que Loyola acostumbra a encomendarse a dios en todas sus acciones presentes y futuras, don Quijote recomienda lo mismo a Sancho, su flamante novicio.

En definitiva, en la primera conversación mantenida entre don Quijote y Sancho afloran los temas esenciales que debieron aparecer en los primeros tanteos de Loyola con sus nuevos y definitivos compañeros: la expansión y conquista del reino de dios, las ganancias espirituales que tal entrega reporta y el voto de obediencia implícito en la aceptación del compromiso. Tal vez por eso, en opinión de Coleridge, don Quijote y Sancho actúan, alternativa y recíprocamente, como “el engañador y el engañado”¹¹²⁰.

EN TORNO A SANCHO

La aparición de Sancho, sugerida por el ventero en el capítulo tercero, fue concebida por Cervantes para este capítulo porque en el séptimo del Relato se parodian los sucesos relacionados con el asentamiento de los primeros compañeros de Loyola. Así que nada de protoquijotes ni proyecto descontrolado de novela ejemplar. Por mucho que nos impresione, Cervantes tenía perfectamente diseñado y estructurado el plan de su obra, la división en dos grandes bloques, o partes, la idea del nacimiento y muerte del protagonista, las tres salidas, la simbología de cada uno de los personajes centrales, el alfabeto críptico, etc.

Sancho se desarrolla a la sombra de don Quijote de la misma manera que los compañeros de Loyola crecen a la suya. Uno y otros se unen a sus líderes seducidos por sus respectivos carismas y por sustanciosas promesas y, desde ese momento, les toman como dechado, orientador, padre, director e incluso como protector.

Resulta muy clarificador, a niveles metodológicos, comprobar cómo Cervantes se vale de la información sobre los orígenes de la Compañía para transformar esos datos, generales y despersonalizados, en la figura humanísima y graciosa de Sancho Panza, que a lo largo de la obra irá creciendo, evolucionando y adaptándose a los diferentes personajes a quienes representa: desde los primeros humildes y analfabetos compañeros de Alcalá hasta los más famosos de Roma.

¹¹²⁰ Coleridge 1986: 9.

Lógicamente, en los primeros años, entre el ascético Ignacio y los ‘rudos’ primeros compañeros de Alcalá y Salamanca, debió producirse la fuerte contraposición de rasgos y objetivos que, también desde el principio, establece Cervantes entre los dos personajes, claramente diferenciados por la apabullante cantidad de peculiaridades antagónicas y simbólicas que Alonso-Fernández recoge en su “Catálogo de rasgos psicológicos de contraste entre el flaco y el gordo, recopilados en el Quijote”¹¹²¹: austero/gloton, cortés/rudo, fantástico/realista, glorioso/sencillo, irritable/sosegado, insomne/dormilón, pródigo/ahorrador, valiente/miedoso, etc.

A lo largo de la obra Cervantes fue perfilando nítidamente esos dos prototipos con el objetivo subyacente de marcar las diferencias entre los dos modelos de clérigos a quienes, simbólicamente, representan: al Loyola ascético y místico que encarna don Quijote y al resto de los compañeros que, bajo el signo tradicional del hedonismo frailuno, personifica Sancho: “Don Quijote y Sancho Panza poseen una innegable dimensión arquetípica; y ésta es una de las causas de la vigencia actual del *Quijote*. En cierto sentido, se podría decir que ambos representan dos modos de ser de cada uno de nosotros; sin necesidad de recurrir a Freud para llegar a decir que el caballero encarna el *Superego* y Sancho el *es*, podríamos convenir que en el hidalgo idealista e iluso, y en el escudero cándido y materialista reconocemos dos prototipos del comportamiento humano”¹¹²².

No obstante, como señala Molho, y como queda patente en el acoso social vivido tanto por Loyola como por sus compañeros, “<<Lo que equipara al hidalgo con el rústico, a pesar de las diferencias que los separan, es su misma locura, no por lo que tiene de común con la simpleza, sino por la desconsideración que le vale>>. Es decir, los dos son marginados, rechazados por la sociedad de los ‘normales’. Se forma una solidaridad muy natural entre los dos a consecuencia del estatuto que comparten.”¹¹²³

Pero “¿cómo era, en verdad, Sancho? Desde luego, ni tonto, ni bobo, ni necio, ni bellaco, ni bufón, ni pícaro, ni delirante. Su personalidad, vista desde el ángulo transversal o sincrónico, era bastante complicada: una especie de mosaico de bonhomía, lealtad entrañable, pacifismo, medrosidad, ambición y socarronería, conjunto instalado en torno a una identidad del yo consistente y estable”¹¹²⁴.

El análisis psicológico del especialista nos devuelve la imagen arquetípica y carnavalesca del hombre bonachón y pacífico a quien solo preocupa “la sensación de bienestar que le produce el consumo abundante de vino y de comida”¹¹²⁵. Porque Sancho, frente a don Quijote, evoca “la perenne conflictividad que existe entre don Carnal y doña Cuaresma”¹¹²⁶ o, como apunta Molho, “la voracidad grotesca, el elemental biologismo de un personaje tripudo, todo barriga, reducido a la rotundidad de su aparato ingestivo, y que una tradición probablemente más culta que popular ha acabado identificando con la gordinflona figura de un aldeano abobado y ridículo.”¹¹²⁷ “Obviamente, el aspecto ‘Panza’ está en abierto contraste con ese ‘Sancho’ que evoca lo santo y lo sagaz, cualidades que entran en tensión al yuxtaponerse con la glotonería desbocada. Así, pues, en su mismo nombre tenemos fuertes indicios de cómo va a funcionar nuestro personaje (especialmente si tomamos en consideración esa creencia en la influencia del nombre sobre la persona que lo lleva.)”¹¹²⁸

¹¹²¹ Alonso-Fernández 2005: 151.

¹¹²² Martín Morán 2009: 219

¹¹²³ Iffland 1999: 144.

¹¹²⁴ Alonso-Fernández 2005: 171.

¹¹²⁵ Iffland 1999: 124.

¹¹²⁶ Iffland 1999: 80.

¹¹²⁷ Iffland 1999: 134.

¹¹²⁸ Iffland 1999: 134.

Según Martín Morán, puede decirse que don Quijote y Sancho “pertenecen a dos culturas del comer contrapuestas: para Sancho la satisfacción del hambre es uno de sus objetivos de vida; para don Quijote lo es justamente lo contrario: la continencia, si no incluso la abstinencia, en el comer. Pero para ambos la comida juega, o por exceso o por defecto, un papel central en la construcción de su identidad. No tanto porque su figura, y en consecuencia la dimensión emblemática de su apariencia, haya de ser puesta en relación con los hábitos alimentarios, como porque en la base de su caracterización, en sus atributos fundantes, hallamos la actitud hacia la comida.”¹¹²⁹

Tanto Loyola como don Quijote ‘mantienen’ a sus compañeros, se preocupan de su sustento y de su formación, están muy interesados en la asociación pues saben, como sugirió el confesor-ventero, que son imprescindibles para los caballeros, sin ellos difícilmente lograrán el objetivo de grandes e imperecederas hazañas propuestas por cada uno.

Reflexionando sobre la supuesta relación laboral existente entre don Quijote y Sancho, Gianni Loy coincide con Martín Morán en que existe “un doble vínculo. Don Quijote utilizaría <<el señuelo de la relación simétrica en la dimensión pragmática para conseguir que Sancho Panza quede prisionero del doble vínculo de la relación complementaria en la dimensión semántica>>. La relación con Sancho Panza, según Martín Morán, contiene una evidente paradoja. En efecto, Don Quijote, debe elevar a Sancho a su propio nivel para poder llevar a la práctica el programa caballeresco, pero, al mismo tiempo, debe mantenerlo en una posición de sumisión <<en cuanto criado suyo para poder ser efectivamente caballero>>”¹¹³⁰. Los sutiles juristas aprecian un doble vínculo (libre-prisionero) semejante al que sustenta la relación entre religiosos, también sostenida sobre esos dos niveles (igualdad-sumisión) tan exquisitamente revelados por Cervantes a lo largo de la obra.

En definitiva, Sancho va a cumplir las funciones señaladas por Loyola como propias de los compañeros

Y así un día a unos que le mucho instaban, porque no sabía lengua italiana ni latina, para que tomase una compañía, diciéndole cuánto le ayudaría, y loádosela mucho, él dijo que, aunque fuese hijo o hermano del duque de Cardona, no iría en su compañía; porque él deseaba tener tres virtudes; caridad y fe y esperanza; y llevando un compañero, cuando tuviese hambre esperarí ayuda dél; y cuando cayese, que le ayudaría a levantar; y así también se confiara dél y le tendría afición por estos respectos; y que esta confianza y afición y esperanza la quería tener en solo Dios. (R,35).

Además de acompañar a don Quijote, Sancho le ayudará a levantarse cuando caiga y se convertirá en la única persona en la que deposite su afectividad y confianza. También la intención de Loyola de que sus compañeros estudien es objeto de parodia, pues Sancho, durante toda la Primera parte de 1605, es a fin de cuentas un estudiante, o principiante, de la nueva orden de caballerías que su amo profesa.

El escudero surge, pues, como ejemplo del hombre analfabeto (“con poca sal en la mollera”) que, movido por nuevos intereses, abandona la vida cotidiana para echarse al mundo siguiendo a alguien (a quien todos, menos él, consideran un loco) que le ha entusiasmado con un proyecto de futuro.

Esquema muy afín al de los primeros seguidores de Loyola, también gente sencilla y semianalfabeta seducida por la historia del militar rico que, tras ‘ver’ a la virgen, abandona su hacienda y emprende un quimérico viaje de trotamundo indigente

¹¹²⁹ Martín Morán 2009: 220.

¹¹³⁰ Loy 2009: 54-55.

alimentado por constantes visiones de Cristo, el gran mito a quien Loyola se propuso regenerar con la imitación absoluta de su vida y leyenda transmitida a través de los libros.

De ese modelo de perfección, de santidad íntegra al que aspira Loyola rodeado de humildes apóstoles a los que labrar y convertir para la causa eterna, emerge la figura de Sancho, cuya trayectoria apostólica la explica muy bien Teresa Panza cuando, antes de la tercera salida, le reprocha que, desde que anda con caballeros andantes, habla tan remilgado que no hay quien le entienda. Pero Sancho no aprende de los libros, se impregna de ellos a través de su señor, igual que los primeros discípulos de Loyola.

Sancho es un rudo analfabeto en la misma medida en que lo fueron Calixto y los otros primeros compañeros, gente ignorante, pero con sueños de aventura, capaces de ilusionarse con proyectos que les alejen de las escasas perspectivas que les ofrecía la vida rural. Bataillon lo tiene tan claro que llama a esos jesuitas apóstoles “quijotescos”¹¹³¹ y Hazlitt parece corresponderle denominando a Sancho “lego de la orden”¹¹³², porque todos, los verdaderos y el simbólico, se autorrealizan a la sombra del líder, refuerzan y acreditan, dice J. Fernández, los sueños y el liderazgo de éste, la búsqueda de su “propio ascenso”¹¹³³: “La elección de un campesino iletrado como escudero significaba algo más que un ingrediente imprescindible para hacer realidad su sueño de convertirse en un auténtico caballero andante al modo de los que se describían en los libros de caballerías. No se trataba solo de una exigencia del guión, sino también de la necesidad de encontrar otra persona que, con independencia de criterio, corroborase su decisión, sin importarle mucho su grado de lucidez, inteligencia, conocimiento o experiencia, con tal que se adhiriera a la causa sinceramente, aún más, apasionadamente, como requería el evangelio de la caballería. Don Quijote halló en el escudero a ese <<otro>> que necesitaba para justificar su identidad ante sí mismo [...] De no haber sido por la fidelidad de éste –comprada con el incierto precio de una promesa en la que ni él mismo hubiera creído si no fuera porque Sancho creía en ella-, quizá Don Quijote habría sucumbido a las presiones del exterior, y se hubiera visto forzado a reconocer su locura y plegarse a quienes no le creían o se burlaban de él”¹¹³⁴. Desde que Sancho se incorpora, don Quijote “no volverá a sufrir desdoblamiento alguno”¹¹³⁵, lo mismo que le ocurrió a Loyola. Los compañeros reforzaron su personalidad y responsabilidad, dieron sentido colectivo a un proyecto individual ahora con posibilidades de futuro.

¹¹³¹ “aquel primer apostolado de un impulso tan espontáneo y tan quijotesco, tan poco precavido y tan ingenuo en su celo por la salvación de las almas.” Bataillon 2010: 92.

¹¹³² “El personaje de Sancho es tan admirable en sí mismo como lo es en contraste y relieve al del hidalgo. El contraste es tan pintoresco y sorprendente como el que se advierte en las figuras de Rocinante y el rucio. Jamás hubo tan perfecta *partie carrée*: el uno responde al otro cabalmente. Nada puede superar en verdad de fisonomía la descripción del amo y del criado, tanto en cuerpo como en espíritu: el uno flaco y alto, el otro bajo y rechoncho; el uno heroico y cortés, el otro egoísta y servil; el uno lleno de altas fantasías, el otro un costal de proverbios; el uno siempre dispuesto a partir para la más hazañosa empresa, el otro tratando siempre de acogerse al seguro de la costumbre y la tradición. El ascendiente gradual que va, sin embargo, obteniendo Don Quijote sobre Sancho es tan característico como bien llevado. La credulidad y la afición a lo maravilloso son tan natural a la ignorancia como el egoísmo y la marrullería. Sancho se va convirtiendo poco a poco en una especie de lego de la orden, y se va aficionando a las aventuras a su modo. Al final, su pesadumbre por tener que renunciar al ejercicio de la andante caballería iguala casi a la de su amo, y acepta con entusiasmo la propuesta de Don Quijote de hacerse pastores, aunque desde luego acomodándola también a su manera”. Hazlitt 1986: 20.

¹¹³³ Iffland 1999: 210.

¹¹³⁴ Fernández Martín 177-178.

¹¹³⁵ Fernández Martín 178.

La percepción de comunidad, de congregación, es tan evidente en la novela que, tanto en la Primera Parte (“quiero [...] que seas una misma cosa conmigo) como en la Segunda (‘cuando la cabeza duele, todos los miembros duelen; y así, siendo yo tu amo y señor, soy tu cabeza, y tú mi parte, pues eres mi criado; y, por esta razón, el mal que a mí me toca, a ti te ha de doler, y a mí el tuyo’) queda expresamente recogida.

De hecho, Loyola no concibe la idea de fundar una orden hasta que, casi sin habérselo propuesto, se encuentra con un grupo de seguidores que, como Sancho, fue absorbiendo su ideología y su espíritu, de la misma manera que un discípulo se impregna del maestro. Razón por la que el Quijote de 1615 aparece lleno de pruebas de cómo Sancho se quijotiza, de cómo su analfabetismo se orienta en la misma línea de inmaterialidad y espiritualidad de su amo. El Quijote es también el ejemplo de cómo una persona puede arrastrar en su locura, o en su ideal, a una inocente y dócil comunidad.

En conjunto, Cervantes crea un escudero similar al de los libros de caballerías, inspirado en la literatura y el folklore, pero otorgándole permanentemente funciones ambivalentes de escudero y acólito, de hecho don Quijote, aunque en este capítulo siete le llama amigo, ya en el siguiente, y en función de la parodia, se dirige a él como "hermano Sancho Panza", prueba evidente de la imitación milimétrica realizada por Cervantes.

Por eso en la Primera Parte, correspondiendo con la consagración de Loyola a su carrera personal, Sancho avanza siempre a la sombra de don Quijote, pero en la Segunda, con la Compañía ya confirmada y actuando por el mundo, el papel de Sancho, igual que el de los compañeros más unidos a Loyola, se acrecienta e independiza, aunque siempre bajo la tutela del mentor. De ahí que en la Segunda Parte, cuando “se sienta agasajado como escudero de un amo tan importante y más tarde se haga cargo del gobierno de la ínsula Barataria, creará sin fisuras en su nueva función, incurriendo así en una locura análoga a la de Don Quijote, aunque de naturaleza diferente. Mientras éste cree en su identidad guiado por la insensata fe en los libros de caballerías, Sancho cree por pura credulidad en su función”¹¹³⁶.

El sinfín de paralelismos entre el desarrollo novelístico de don Quijote y Sancho ya ha sido comentados ampliamente por la crítica. Madariaga, por ejemplo, opina que "Sancho es, en cierto modo, una transposición de Don Quijote en una clave distinta [...] Y así, como Don Quijote tiene que creer en Dulcinea, a fin de creer en sí mismo, Sancho tiene que creer en Don Quijote para creer en la ínsula. De este modo la fe del caballero va a nutrir el espíritu del criado después de haber sostenido el espíritu propio”¹¹³⁷.

Entre los admiradores de don Quijote, Sancho es quien mejor le conoce por estar junto a él y aproximarse continuamente a su perfección, por eso, en conjunto, representa la suma de virtudes y defectos de todos los compañeros imantados y transmutados por el ejemplo y las enseñanzas de Loyola.

También el personaje de Sancho se nutre, como su amo, de la riquísima tradición religiosa presente en la novela y precedente, en la mayoría de los casos, de la obra de Ribadeneyra, cuya incontinencia verbal se asemejará mucho a la de Sancho cuando comience a engarzar refranes a troche y moche

Porque para que prenda y eche raíces el árbol que se planta ha de ser tierno. Y un sabio aunque Gentil dijo, tanto va en el acostumbrarse a una cosa desde niño. Y otro que el vaso sabe a la pega, y toma siempre el sabor del primer licor, que se echó en él. Y Aristóteles dijo no va poco, sino mucho en acostumbrarse de una manera, o de otra, desde la mocedad. Pero mucho mejor

¹¹³⁶ Fernández Martín 2009: 36-37.

¹¹³⁷ Madariaga 1967: 112 y 125.

lo dijo el Espíritu Santo por Salomón, en aquellas palabras. Proverbium est adolescens iuxta viam suam ambulans, etiam cum senverit, non recedet ab ea. Que es Proverbio ya y común dicho de todos, que el mozo acostumbrado a andar por un camino, aunque se haga viejo no le dejará. (Vida III, XXIV)

Cervantes transformará ese desenfreno verbal en uno de los rasgos más universales de la personalidad de Sancho, cuyas ocurrencias van a ser siempre el lado más divertido de la sátira cervantina contra la fatua y soberbia sapiencia del autor de la Vida.

En definitiva, como apunta Torrente Ballester, “la mente de Sancho no es en modo alguno obtusa, sino, por el contrario, espabilada, [...] pues lo que a Sancho le sobra es precisamente sal. Por lo pronto y desde los primeros diálogos, manifiesta una capacidad de respuesta que implica una correlativa capacidad de asimilación. Es, a su modo, un intelectual, aunque en estado latente”¹¹³⁸.

CONCLUSIÓN SIETE

La inactividad de don Quijote, su convalecencia, ha servido a Cervantes para parodiar las prisiones de Loyola, su inmovilidad. Desde que el labrador Pedro Alonso lo llevara a casa, solo se ha levantado de la cama en los breves momentos que, entre sueño y sueño, mientras escudriñan su biblioteca, ha podido expresar, en clave, el acoso de Loyola en Alcalá y Salamanca y, por extensión, la represión ideológica y social en toda España.

De esa forma, ambos capítulos se constituyen en una especie de innovador compendio de derechos humanos sistemáticamente violados por la oligarquía monárquico-eclesiástica, perfectamente retratada en el grupo de personajes que ha cumplido, desde el final del capítulo cinco, las mismas funciones represivas de un tribunal inquisitorial. Tareas oscilantes que se han ido amoldando a las circunstancias de los fragmentos parodiados, pues ama y sobrina, además de familiares, actúan como ‘brazo seglar’, el cura como director omnipresente del escrutinio-Auto de fe, o como supuesto arzobispo Turpín cumpliendo las funciones del arzobispo de Toledo, etc.

Los procesos a Loyola en Alcalá y Salamanca se entrelazan y forman un todo represivo distribuido funcionalmente, y sin demasiado rigor cronológico, en la creación de los capítulo 6 y 7 que, de esa manera, aparecen como la versión burlesca, en positivo, de los desconsoladores capítulos del Relato que Ribadeneira, con tanto ahínco, se encarga de dulcificar.

Por otra parte, ambos capítulos, a niveles de exégesis, dejan una sensación de frustración mayor que los restantes. La abundante presencia de autores y títulos amplía casi infinitamente los puntos de interconexión entre la novela y las fuentes, multiplicando y oscureciendo las intenciones de Cervantes, así como las razones que le indujeron a citar a unos y no a otros.

Dejamos, pues, a Loyola en Monteagudo esperando a los antiguos compañeros y captando a los que, definitivamente, constituirán los cimientos de la futura Compañía, y a don Quijote y Sancho caminando, sin pesadumbre, “por el campo de Montiel”.

¹¹³⁸ Torrente 2004: 89.